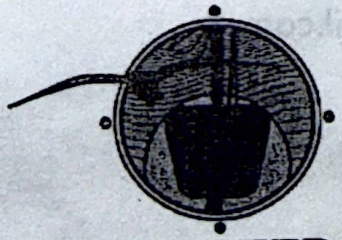

Cuentos
y
poemas
Sombras
de
almendro
Guillermo José Cardona Moreno



Guillermo José Cardona Moreno nació en el municipio de Necoclí en el año 1962. Realizó estudios superiores de Historia y Filosofía en la Universidad Autónoma Latinoamericana y Especialización en Pedagogía Social de la Universidad Luis Amigó, de Medellín. Ejerció el cargo de docente durante ocho años; luego fue coordinador dos años y rector veinte años en la Institución Educativa Eduardo Espitia Romero, del municipio de Necoclí. Fue Secretario de Educación del mismo municipio y ha sido galardonado por la Secretaría de Educación Departamental de Antioquia con el premio *Antioquia la más Educada*, en la categoría Maestro de Calidad, en el año 2012. Ha tenido reconocimiento especial como docente por la Policía de Urabá en el año 2013; también ha tenido reconocimientos oficiales como personaje ilustre en tres administraciones municipales de Necoclí y docente universitario. Ha publicado las obras: *Municipio de Necoclí, paraíso en el Caribe colombiano* (2013) y *Cátedra de historia local* (2013).

Sombras de almendro

Guillermo José Cardona Moreno



EL GAVIERO

Sombras de almendro

©Guillermo José Carmona Moreno, 2019

ISBN: 978-958-48-7427-6

EL Gaviero, 2019

Necoclí, Colombia, 2019

Diseño de portada
Pedro Carvajal
Técnica Collage.

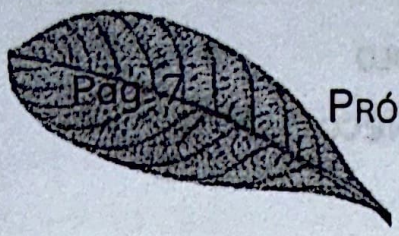
Diseño y diagramación
Wber Rúa

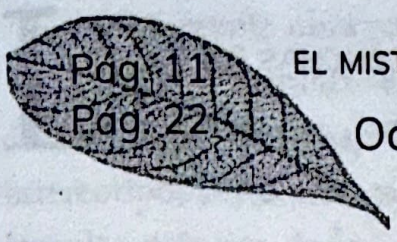
Impresión
Todográficas Ltda.

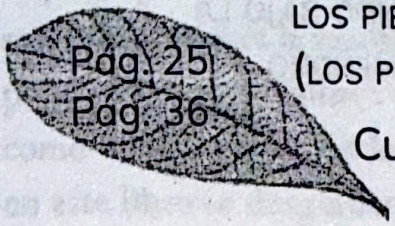
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, según lo establecido en la ley, sin la autorización de los titulares del *copyright*.

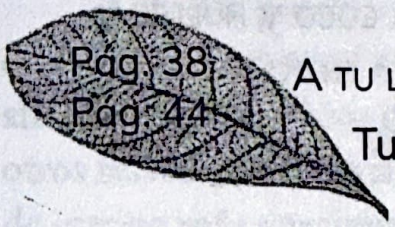
guijocamo45@gmail.com

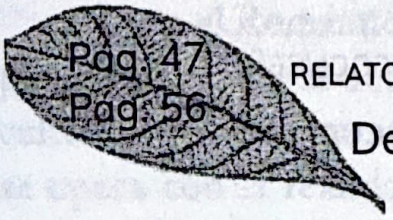
Contenido

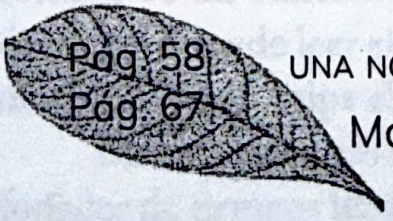

Pág. 7 PRÓLOGO

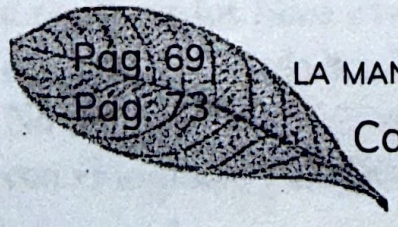

Pág. 11 EL MISTERIO DE LOS TRES ESPANTOS
Pág. 22 Ocaso caribe

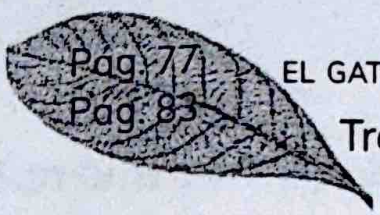

Pág. 25 LOS PIES DETRÁS DE LA PUERTA (LOS PIES DE LA CHANCLETICA)
Pág. 36 Cuando llueve


Pág. 38 A TU LADO APRENDO, PRINCESA
Pág. 44 Tu huella


Pág. 47 RELATO DE UNA DESPEDIDA
Pág. 56 Desilusión


Pág. 58 UNA NOCHE MÁS
Pág. 67 Malecón de las Américas

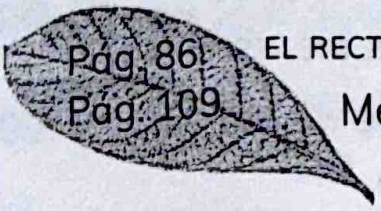

Pág. 69 LA MANDA
Pág. 73 Canto a la tristeza ebria



Pág. 77
Pág. 83

EL GATO ARAÑA CULO

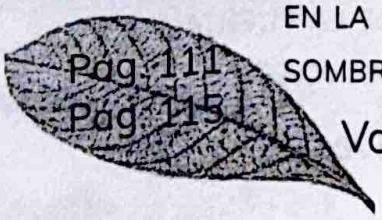
Tramo vial Necoclí-Totumo



Pág. 86
Pág. 109

EL RECTOR DE LAS CONCHAS DE COCO

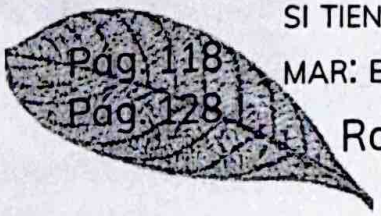
Megamadre



Pág. 111
Pág. 115

EN LA PLAYA, LEYENDO BAJO LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

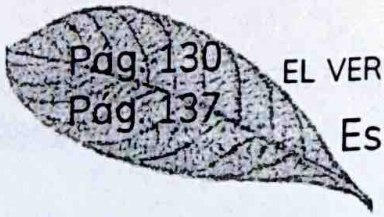
Volver



Pág. 118
Pág. 128

SI TIENES SABOR A COCO y HUELES y MAR: ERES PROFETA EN TU TIERRA

Rosa Moreno



Pág. 130
Pág. 137

EL VERDADERO NECOCLISEÑO

Esencias necocliseñas

Prólogo

La presente obra podría no seguir un marco teórico habitual para presentarse en un mismo tratado. Lo cierto es que, sus relatos, poesías, vivencias y la manera de explorar y analizar estereotipos culturales, combina vivencias y costumbres a partir del impulso psíquico de lo imaginario e irracional. El predominio del sentimiento sobre la razón, la originalidad, la fantasía y la admiración por la naturaleza nunca mueren dentro de las tradiciones orales como un fiel reflejo de la idiosincrasia de los pueblos del caribe, y en este libro se desgranan para la simplicidad.

Aquí las poesías cobran vida mediante la cotidianidad de ese existir perenne que se le arrebata al olvido. El contexto aflora entre escombros del pasado y se rediseña para conformar otros relatos; cada final es el comienzo de una nueva historia de intriga más apasionante.

Junto al Romanticismo, una nueva faceta apela al ensayo para comprender al necocliseño en su dimensión histórica y cultural; sin embargo, en los momentos en que el Surrealismo se opaca con la realidad intrínseca y escueta de la vida, la sombra de un almendro abre sus hojas como el pergamino donde uno puede leer el paisaje provinciano que llena el vacío de la soledad y disipa el sopor de la canícula.

En cada vericueto del destino hay un poeta, un escritor, un forjador de tiempos idos y hasta un lector, quizás. Todos llegan a conducir los hilos narrativos del texto hacia un mundo de deidades amoldado por la arcilla y el capricho de las vicisitudes. No obstante, es loable ver cómo encuentran la paz y el sosiego con el impulso guardado de la felicidad en sus ADN.

Resulta evidente el rol del autor cuando adopta ser personaje, ya que su esencia lo lleva a la cúspide de sus ancestros para mirar con sus mismos ojos toda una tierra rica en imaginación. Los personajes comparten el privilegio, también, como autores de sus propios relatos y es la forma como a su vez participan y escriben en una mezcla de misticismo los distintos escenarios de la cotidianeidad.

Como el tiempo, aquí, vino y se detuvo, nos condujo a una especie de retorno para asistir al Necoclí de antaño, allí donde la orientación y valor de los temores, frustraciones y alegrías conspiran para darle un nuevo sentido a esa imaginación, con la posibilidad de comprender la nobleza de su gente.

La diversidad de estas líneas no se limita solo a cuestiones culturales o históricas. Incluye juegos de palabras y pensamientos filosóficos de otros autores inmersos en un mismo contexto social, y llevados a interactuar en la obra con la sencillez hacia su pensamiento.

El orden en el cual se ha estructurado el libro sigue un simple esquema de mezclar la prosa y el verso, a fin de sustraer algunos pasajes del génesis de Necoclí para encontrar prevalecida la cultura en medio de su influencia cosmopolita. Paso a paso vemos reconstruirse el fenotipo del hombre caribe y esa esencia del nativo que Guillermo José Cardona Moreno traduce y plasma en unas cuantas líneas para la posteridad.

Ideología, filosofía y sociedad llenan con su presencia cada relato y poesía, suscitados bajo *Sombras de almendros* que engalanan las calles del trópico desde tiempos inmemoriales.

Larry Franco.

A Rosa Moreno
Nereyda Pájaro
Vladimir Cardona
Neguill Cardona
Guillen Cardona
y Guiner Cardona, por supuesto.

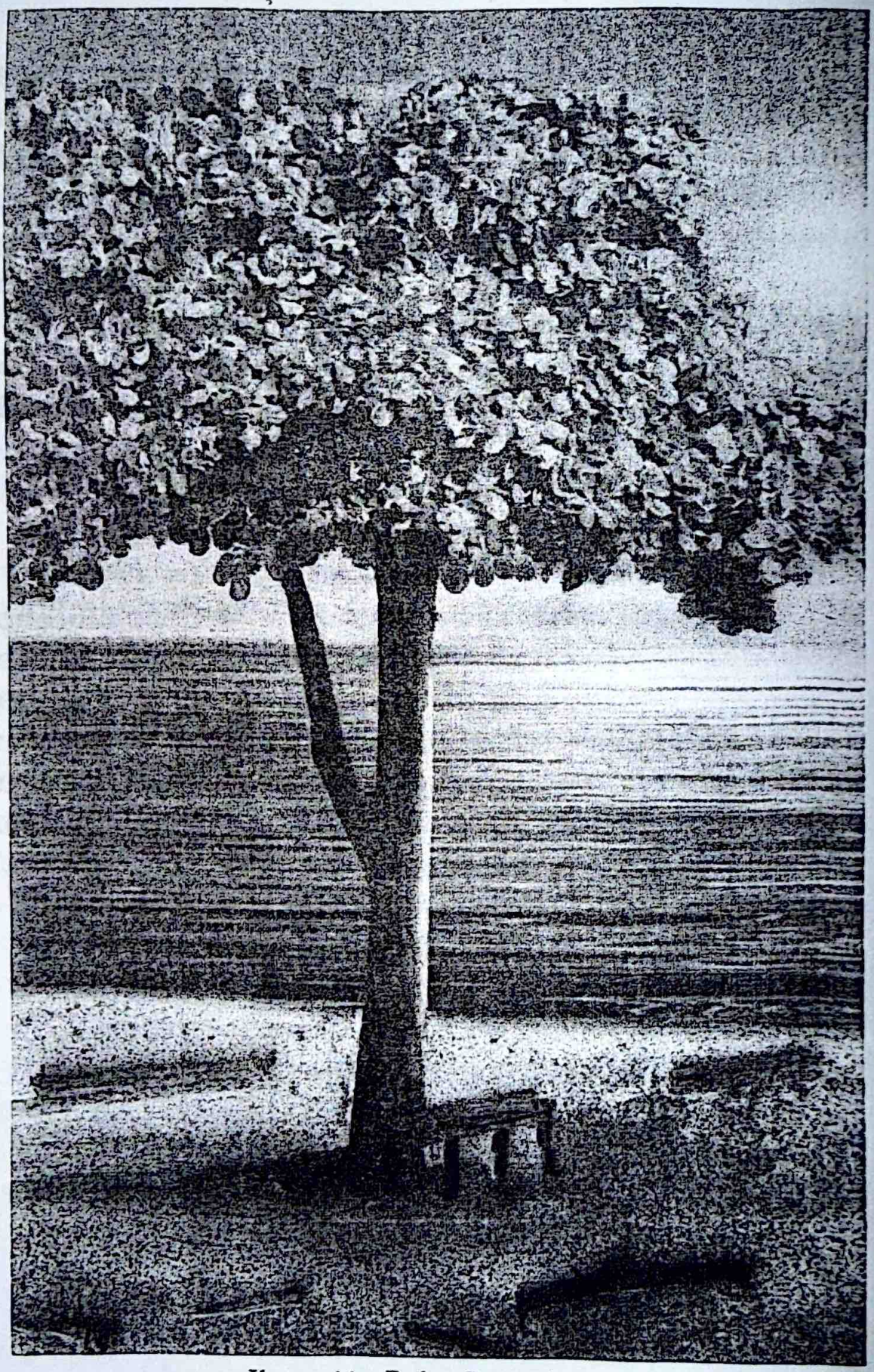


Ilustración: Pedro Carvajal
Técnica *Collage.*

EL MISTERIO DE LOS TRES ESPANTOS

A Teresa Ramos y su abuela Anita Salem, puro sentimiento necocliseño e identidad con un pueblo.

No sé qué pasó, pero algo instintivamente me dijo que las guacamayas estaban domesticadas por un ser humano o por un ser divino. Las vi volar por primera vez en el mes de agosto sobre el cielo de Necoclí, especialmente sobre la Loma de la Virgen. Eran tres y los círculos que describían en el aire parecían las aureolas que están sobre la cabeza de la Virgen del Carmen y también parecían la antena parabólica que está ubicada sobre la loma. Me supuse que algo no encajaba en la realidad.

¡Cruaaaaaa, cruaaaaa, cruaaaaa!

Fue el sonido que despertó la admiración

«¿Guacamayas en mi pueblo?», me pregunté.

Sí. Así era. Tres guacamayas volaban sobre la Loma de la Virgen, describiendo vueltas y vueltas en espiral. Pensé que se habían escapado del aviario de Dios y se vinieron a acompañar a la Virgen, como tanto tiempo yo la acompañé en mi infancia en la misma loma.

La Calle de la Punta, donde se encuentra la Loma de la Virgen, tiene tres misterios ubicados en: el callejón de la chancletica, la cueva de los mohanes y el espanto de la aduanita. Por eso, cuando el cura suizo, Kasimiro Kocher, el primero venido a Necoclí, regó con agua bendita los tres pedestales sobre los que descansa la escultura de la Virgen, en santas palabras y en un latín que se entendió perfectamente, habló

sobre el misterio de las tres divinas personas y un solo Dios verdadero, exorcizando cada uno de los pedestales a manera de conjuro para espantar los espantos de la Calle de la Punta.

Quien descubrió el espanto de la chancletica fue el viejo Cristóbal Caicedo y por eso se pasó a vivir a la calle Miramar. A los mohanes los reprendió Jacinto Zúñiga, quien los vio por primera vez en las cuevas de la punta; y el espanto de la aduanita, que era el fantasma del italiano que ahí habitó, lo reprendió, en nombre de Dios, el viejo Arenas.

Al día siguiente de ver las guacamayas, a la misma hora de la mañana con un cielo totalmente despejado como el del día anterior, pasaron sobre la Loma de la Virgen tres alcatraces, luego tres tijeretas, luego tres garzas y después tres goleros con una diferencia en tiempo de tres minutos y cada uno en perfecta formación militar. Todos iban hacia el sur.

Quedé estupefacto... Sorprendido me pregunté, ¿qué sucede?

Seguí preguntándome: «¿Será un aviso premonitorio?

¿Por qué de a tres?».

Y llegué más allá: «¿Será que me quieren dar el número del chance o de la lotería?».

Algo anda moviéndose bajo el canto de la cabuya, seguía pensando y pensando, cuando una voz me dijo:

—¡Las tres guacamayas vinieron a descifrar el misterio de los tres espantos!

—¿Cómo? —pregunté encrispado, sórdido y titubeante.

—Si... Así es... Pásate en las horas de la tarde por donde el viejo Arenas y te darás cuenta.

Estuve meditando largo tiempo, y a eso de las tres de la tarde me fui para la Calle de la Punta y, precisamente, en el pretil de Sara Gutiérrez estaban jugando cartas Cristóbal Caicedo, Jacinto Zúñiga y el viejo Arenas.

Me acerqué como buen paisano y en el ambiente podía percibir el olor de aceite y gasolina que expelía del viejo Arenas. El olor de la floración del arroz y del maíz que soltaba Jacinto Zúñiga, quien acababa de llegar de su parcela, la Rosita, y el tabaco puro que aún humeaba en la boca de Cristóbal Caicedo.

La tarde era hermosa. En el poniente, el sol se reflejaba a plenitud sobre las aguas del mar, parecía un camino bañado en oro, para llegar a las montañas chocoanas al otro lado.

—¡Cómo les parece, compadres! —dijo Cristóbal Caicedo, soltando en la mesa un tres de corazones—, a eso de las tres de la mañana, que venía de revisar el trasmallo, me salió la chancletica en el callejón de los Espitias, me entregó una maleta que brillaba intensamente. Me llamaba y me llamaba. Era una voz de ultratumba, como de otro mundo y pegué tremenda carrera que llegué a la casa y me metí bajo la cama. A las siete de la mañana no salía de tremendo susto. Mi mujer me preguntaba y me preguntaba, pero yo, con la lengua entrelapada, no sabía qué hablaba, que le contestaba... Temblaba y temblaba y con un escalofrío en todo el cuerpo tuvieron que traer al padre Kocher para que rezara y se fuera el espanto.

—¡Compadre! —dijo el viejo Arenas—, eso no fue nada para lo que me paso a mí. Anoche mismo en la Aduanita, y a la misma hora suya, iba para la punta a tirar mi curricán al agua, cuando vi al italiano que ahí habitaba, debió haber sido su espíritu, pero venía con un talismán en la mano. Era una especie de mate de esos que los indígenas cunas envuelven con chaquira y vienen rezados, y grite: ¡Ave María purísima! Corrí desenfrenado y la figura larga, larga del italiano me alcanzaba golpeándome con el mate. Caí petrificado por los lados de la planta del estadero el pescador. No supe de mí. De ahí me levantó mi mujer, revolcado y con babaza mal oliente por toda la cara.

—¿Qué será lo que pasa? —dijo, entonces, Jacinto Zúñiga, recogiendo y revolviendo las cartas—. Esto por aquí esta empautado. Lo mío fue peor. El mohán anoche se vino de su cueva en la punta y lo vi en mi casa cuando salí a orinar al patio a las tres de la mañana. En mi casa, en el patio, detrás del callo de cocli que tengo ahí en el patio. ¡Ese fue mucho susto, compadre! Parecía una agua mala o un pulpo con cabeza de gente, sin pelo y ofreciéndome la sal del amor.

—¿La sal del amor? —preguntó Cristóbal Caicedo.

—Sí, señor —contestó el viejo Jazo—, así es, mi compa, esos pelaos que se murieron sin bautizarse, se convierten en mohán y comen sin sal.

—Vea, pues —dijo el viejo Arenas.

—No puede orinar. No sé si fue por el susto, pero no encontré con qué orinar —dijo Jacinto Zúñiga.

Yo interpretaba los acontecimientos que narraban los jugadores de carta y la misma voz que me hizo venir acá, me decía a través de una canción que sonaba en la radio: «Tres cosas hay en la vida: salud, dinero y amor. El que tenga esas tres cosas que le dé gracias a Dios».

Entendí que el talismán era salud; la maleta, dinero y la sal era amor.

—¡Teresa! —gritó Anita Salem, llamando a su nieta que jugueteaba cerca de la casa de Sara Gutiérrez—, ¡venga a hacer un mandado! —Le dijo.

La niña encontró por la calle un envoltorio, y corriendo tiraba el envoltorio hacia el aire y lo paraba, lo tiraba y lo paraba. Cuando llegó a la casa, la abuela le preguntó:

—¿Qué es eso?

La niña Teresa, asustada por el regaño de la abuela, tiró con fuerza el envoltorio y cayó en el centro de la mesa de los jugadores de cartas.

El viejo Cristóbal Caicedo, que votaba bocanadas de humo de un tabaco puro, dejó caer un salibón al piso y refunfuño con el tabaco en la boca.

—¡No toquen esa cosa! Debe ser de esos entierros del mago de Panamá, el sobrino de Rosana Perea, la Chocoana, y debe estar embrujada.

Tras la sorpresa de los jugadores de carta, cogí el envoltorio y lo empecé a abrir con sumo cuidado. Era una pata disecada de guacamaya con tres dedos y en cada dedo tenía una inscripción.

En alguna parte de mi niñez, mi madre, Rosa Moreno, me había hablado de su primo el mago de Panamá que venía a Necoclí de tiempo en tiempo, realizando hechizos, conjuros, exorcismo, limpiezas, brujerías y hasta magia. Me contaba mi madre que el mago de Panamá podía convertir un papel de cigarrillo en un billete de a peso. En ese entonces era el de más alto valor. Solamente le decía a la concurrencia, después de mostrar el papel de cigarrillo lo envolvía y frotándolo entre sus manos:

—¡Sople aquí!

A otro concurrente:

—¡Sople aquí!

Y empezaba, como por arte magia, a salir el billete.

Estoy seguro de que esa voz que me tiene narrando estos hechos es la voz del mago de Panamá.

—Ahí viene —dijo el viejo Arenas al oír el golpe de la puerta y unos pasos que se acercaban, es Anita Salen, ella debe saber de qué se trata ese envoltorio. ¿Qué fue, Anita, lo que usted empezó a contarme los otros días, de una pata de guacamaya disecada o algo por el estilo?

—Nada —contestó Anita—, nada que valga la pena oír.

—¿Una pata de guacamaya? —preguntó Jacinto Zúñiga.

—Bueno, es lo que se llama magia —dijo Anita.

Los tres jugadores la miraron fijamente mientras ella, distraídamente, miraba a su nieta Teresa, que venía de hacer el mandado de la tienda de Alfonso Villegas.

—Es una pata disecada que pareciera que no tiene nada en particular, pero el mago de Panamá le dio poderes mágicos... Quería demostrar que el destino gobierna la vida de los hombres y que nadie puede oponérsele así porque así. Le dio poder y tres hombres pueden pedirle tres deseos.

Anita sentencio tan segura sus palabras que se hizo un silencio profundo entre los concurrentes.

—Entonces, ¿es la misma vaina que tiene ese muchacho en ese envoltorio? —dijo Jacinto Zúñiga, y exclamó—: ¡Ave María Purísima! —Persignándose tres veces.

—¡No la toquen! —dijo Anita Salem—, si la frotan, cobra vida y se cumplen los tres deseos.

Incrédulo y terco, el viejo Arenas, de un zarpazo me quitó el envoltorio y le preguntó a Anita:

—Y usted, ¿por qué no pide las tres cosas?

Anita lo miró fijamente.

—Las he pedido, una vez que vino el mago de Panamá.

—¿Se cumplieron? —dijo Arenas.

—Sí, para mi felicidad —contestó Anita y siguió—. Lo que sí les digo a ustedes es que tengan mucho cuidado porque puede tener una contraparte y después no me echen la culpa a mí. Dicen que da salud, dinero y amor y a veces lo contrario.

—Ja, ja, ja, ja, ja —se rio burlonamente el viejo Arenas.

—Parece de esos cuentos de hadas que se cuentan en Las mil y una noches, de los árabes o de los hindúes. Es que usted es turca, Anita.

—¡Pues a mí ni me da miedo! —dijo el viejo Arenas, intrépido y locuaz. Destapó el envoltorio y lo frotó pidiendo los tres deseos.

—¡Así no es! —dijo Anita Salem—, así no es.

—Hay que tener la pata de guacamaya disecada en la mano izquierda y pedir los deseos en voz alta. Pero le digo que debe temer a las consecuencias. Ahora, si va a pedir algo, que sea razonable.

Todos miraban al viejo Arenas y el juego de cartas se había paralizado, nuevamente se hizo un silencio profundo.

—Quiero tres mil millones de pesos —pronunció Arenas.

Un gran estropicio se dejó venir desde la Loma de la Virgen, asustó a todos los habitantes de la Calle de la Punta y salieron de sus casas a ver qué pasaba.

—Fue algo diabólico —se dijo.

La calle se oscureció por un instante y cuando aclaró, Arenas estaba tirado en el piso con la pata de guacamaya disecada en la mano derecha y con dos dedos apenas, el otro dedo de la pata había desaparecido.

—Puede ser que la plata te llegue a través de la maleta que entrega el espanto de la chancletica —dijo Cristóbal Caicedo.

—¡Levántate! —Le dijo Jacinto Zúñiga—, eso es para machos. ¿Usted no es tan verraco, pues? Ahí tiene.

Todos se fueron para sus casas y después la concurrencia de la Calle de la Punta, en corrillos, hacían comentarios al frente de sus casas sobre magias y brujerías que se daban en la casa de Arenas y Jaredia, su mujer.

Nadie se percató de que a la pata disecada de guacamaya le faltaba un dedo. Arena se la había echado en el bolsillo derecho de un pantalón amplio de mecánico y de color gris plomo. Al otro día el pueblo de Necoclí seguía su rutina. Era una mañana del mes de mayo y en la casa de la niña Teresa

una de las guacamayas había muerto. El desconcierto fue tan grande que Teresa lloraba y lloraba sin consuelo.

Anita Salem recordó lo sucedido la tarde anterior y consolaba a su nieta con un amor único de madre.

—Deja que las otras alcen el vuelo, hija —le decía—; deja, que ellas sabrán volver. El destino tiene estas cosas, llénate de vida, que tú las domesticaste para bien, para alegrar los cielos del pueblo. Recuerda que el filósofo Friedrich Nietzsche nos habló sobre el eterno retorno de las cosas, lo mismo que Jorge Luis Borges, cuando decía que al destino le agradan las repeticiones; y le susurró al oído el verso de la canción vallenata que dice:

Por muy alto que vuele y se eleve el águila,
siempre regresa a su nido con precisión,
por muy lejos que yo me valla,
siempre regreso a tu lado
porque tú eres mi nido de amor.

Teresa se quedó por siempre con su abuela, al punto de que su casa, siendo ya una mujer, la construyó en el patio de Anita. Por cosas del destino, de adulta, Teresa compro los terrenos donde estuvo la casa del viejo Arenas y Jaredia.

Esa misma mañana, desde el patio de mi casa pude ver solamente dos guacamayas volando en círculo sobre la Loma de la Virgen.

Me pregunté: «¿Qué le habrá pasado a la otra guacamaya?».

Así como Anita Salem, relacioné los hechos de la tarde anterior con las dos guacamayas, se me vinieron a la mente muchos pensamientos y presagios, hasta recordé un cuento que Larry Franco me había dicho que leyera, muy parecido a estos hechos, del autor inglés J. J. Jacobs, titulado *La pata de mono*.

Las dos guacamayas volaron y volaron, seguí su recorrido hasta que las vi desaparecer por los lados del aeropuerto para no volver jamás.

El viejo Arenas estaba, desde muy temprano, en la playa del pescador, arreglando un motor fuera de borda. A lo lejos venía desde Turbo una chalupa, surcando el mar a gran velocidad. Al llegar al puerto, de ella se bajó un negro corpulento con una maleta en la mano y fue a saludar al viejo Arenas. Le tendió la mano y al sonreír dejó ver su dentadura totalmente enchapa en oro.

—¿Usted tiene la pata de guacamaya? —preguntó el forastero.

—Sí —respondió Arenas.

Inmediatamente le entregó la maleta que traía. Parecía ser muy pesada, era de un amarillo muy intenso. sin mediar más palabras, el forastero nuevamente se subió a la embarcación y velozmente tomo rumbo hacia las costas chocoanas que están al otro lado, al occidente de Necoclí.

En la maleta había una inscripción pequeña que decía: «El espanto de la chancletica», y entre paréntesis una especie de onomatopeya que decía: «Cruaa, cruaa».

El viejo Arenas puso la maleta sobre la arena y continúo arreglando el motor fuera de borda. Muchos pensamientos se le venían a la mente y de vez en cuando miraba la maleta. Miraba para todos los lados y se dio cuenta de que estaba solo en la playa. Su curiosidad le hizo pensar que esa maleta estaba llena de plata y así como el forastero, el diablo aparecía con la dentadura totalmente enchapa en oro, entregándole una maleta a quien solicitara su favor, pero que sabía que debía entregar algo a cambio.

Arenas dejo el motor sobre la popa de la chalupa. Una fuerza extraña le decía que dentro de la maleta estaban los

tres mil millones de pesos que había solicitado la tarde noche anterior. En una vieja carreta de madera montó la maleta, las herramientas de mecánica y se fue a casa. Guardó la maleta en su pequeño taller hecho de tablas de madera y techo de zinc sin decirle nada a su mujer. Todo el día se imaginó miles de cosas. Se le veía inquieto.

Llegada la noche, se acostó junto a su mujer y a las tres de la mañana escuchó que algo se movía en la pieza.

—Deben ser los ratones —dijo Jaredia.

—No creo mucho —contestó él.

Jaredia tenía una cojera congénita y sufría de asma. Toda la vida la habían acompañado estos percances en su salud. Sintió que la pierna le dolía y suavemente con un dejo se quejó.

—Algún día se me quitará este dolor. ¡Dios mío! —exclamó.

El viejo Arenas se sentó al borde de la cama. Todo estaba en tinieblas. Por una hendija de la pieza se veía un fulgor intenso dentro del taller, y se percató de que el movimiento era allá. Se paró y fue al taller. Sentía mucho miedo por la maleta que brillaba intensamente. Tembloroso se acercó y metió entre los bolsillos del pantalón, que colgaba en un clavo en la pared, sus manos. Ahí estaba la pata de guacamaya la sacó con la mano derecha.

«Ahí debe estar la plata que solicité la noche anterior —se dijo, entre incrédulo y con cierto sentido de positivismo—, ahí debe estar». Con ojos de ambición frotó la pata disecada de guacamaya.

De un golpe la maleta brincó sobre un mesón curtido por el aceite y la gasolina de los motores y tras un chirrido agudo y fuerte se abrió mostrando el cargamento de billetes. En ese mismo momento el sobresalto de Jaredia fue tal que se calló de la cama.

—No vayás a decir las palabras mágicas, ¡por favor! —Le grito Jaredia.

Sin saberlo, Arenas leyó en voz alta la onomatopeya que decía: «Cruaa, Cruaa», era el sonido de las tres guacamayas al volar. Eran las palabras mágicas. En ese mismo instante una pareja de esposos, en la calle del Cucharo, por los lados de la casa de Diego Garcés, morían calcinados por el fuego abrasador de la candela diabólica que los quemó en la cama, sin quemarse la cama ni la pieza donde dormían.

—Fue algo extraño —decía la gente.

Murieron abrazados y cuando los encontraron, en medio de los dos, había una pata disecada de guacamaya con un dedo. Dicen en el pueblo que al destino le encantan las repeticiones.

Ocaso caribe

La construcción fue bautizada Ocaso caribe y terminó siendo un ocaso caribe en ruinas.
La plenitud de la edificación mostró la opulencia.
Fueron días fértiles, días de soles y de glorias.
El tiempo, en su inexorable compañía, laceró la orconería.
El dinero hace fiestas, ilusiones volátiles, caen pedazos de palma y del cielo caen rayos fantasmales.

Cuando allí existió el predio, jugaban los niños de la calle de la Punta y otras calles encuentros.
Un encuentro en juegos creativos, iniciadores de la mar.
Referente histórico ceba pesquera, cocoteros al infinito.
Toda alegría pueblerina, ayer y hoy, por estos lares fue hito.
Quedó atrás la casa de la aduanita, existe en el recuerdo.
La Loma de la Virgen, en lontananza, vaga en el despojo cuerdo.

Mangles portentosos vinieron del otro lado del mar.
Selvas vírgenes del Atrato, maniguas intrincadas.
El mar del golfo de agua dulce lamió la corteza maderable.
La palma o el pajón anidó en su seno esporas y lluvia.

El cemento o la piedra crearon estructuras que no habían.
Los obreros hicieron el trabajo que en su tiempo hicieron hormigas arrieras.
Y brotó en su belleza y esplendor Ocaso caribe para que se viera.

Mañana teñida por la bruma, tarde rojiza por el sol, mar de la Punta.
Emelina Arias le contó a su hermano sueños y momentos de la edificación.
Todo era allí, todo sucedía ahí, hasta las iguanas visitaban los techos.
Unas piedra blancas movedizas eran el piso, al igual que flores del jardín.
Para el pescador varitero y su bote, el estadero se reflejaba en el cantil.
He visto sentado en mi peñasco la belleza arquitectónica.
La mente creó ideas; imágenes como senos de una diosa mística.

¿Qué pasó?... Pregunta que no responde el tiempo, quien todo lo acaba.
Impensable que la gloria humana termine resquebrajada por el comején.
Aquellos cuerpos desnudos tan gloriosamente, vieron estrellas.
Se apagó la música, habitan aves nocturnos, vaho a humedad.

Qué sorpresa ver el espectáculo tétrico del techo,
varazón caída en su soledad.
Y este mundo que sangra y muere no es más que otro
inútil ocaso.
Oigo batallas del cielo, cielos agónicos, tempestades,
todo fue un fracaso.

LOS PIES DETRÁS DE LA PUERTA (LOS PIES DE LA CHANCLETICA)

A María Bonoli, Olimpia la Mona, Marcelo Zúñiga y Rosa Moreno, mi madre, quien me contó este cuento; pero muy especialmente a María Bonoli, que supo, con sus narraciones, despertar en mi niñez el aprecio por la literatura.

La Mona de Marcelo Zúñiga, señora alta, elegante y de mucho hablar, dejó los pies detrás de la puerta para no pagar la cuenta cuando llegó el cobrador paisa.

La Calle de la Punta, otrora calle del Limón, se curva en la estación de policía para llegar al mar o, caprichosamente, para llegar al parque de Necoclí. Allí, detrás, está ubicada la Loma de la Virgen y en una de sus casuchas vivía la Mona con Marcelo Zúñiga.

Martes Santo, paisa de baja estatura, le decían en el poblado al cobrador, porque cobraba la mercancía que dejaba fiada todos los martes y como llegaba de forma sagrada y puntual como un reloj suizo, así lo bautizaron. La multiplicidad de cosas que vendía iba desde una platera, pasando por cortes y tela fina, hasta loza china. Eran los tiempos de Turbo y Maicao como poblados de gran bullicio mercantil o lo más precioso aún, eran las mercancías venidas de Panamá.

Por todos estos pueblos venían mercaderes, dejando sus tesoros, pero Martes Santo se hizo popular, por los pies de la Mona detrás de la puerta, y es que no pudo cobrar ese día su cartera por este hecho.

Cuando salió del *Waffe* en la mañana de mayo, caía un copioso aguacero de corte diluvial. Turbo, ensopado en un lodazal nauseabundo, apenas permitía caminar por sus calles. El destino de Martes Santo era Necoclí y las aguas lluvias diezmaron en la travesía marina, al llegar al Totumo.

La mercancía venía bien cubierta en la chalupa, forrada con plástico negro y metida en la paneta. Desde el Totumo se veía toda la curvatura del golfo. El sol matutino afloraba con toda su intensidad Caribe y era fácil ver a Punta Arenas y Cabo tiburón, el Cerro del Águila, la Serranía del Darién y las Bocas del Atrato.

Eran los años 60. Las comunicaciones de estos pueblos eran marítimas. Canoas venidas de Cartagena como la Gracias a Dios, la Santa Isabel y la Santa Rosa, traían mercancía para la supervivencia de los moradores del golfo y a través de pangas, botes y chalupas con motores, a vela o con palancas, se hacía el intercambio comercial poblado por poblado, caserío por caserío.

El puerto de Necoclí, cuando se venía de Turbo, eran las playas del Pescador y si se venía de Cartagena, eran las payas del Turista. La romería de pobladores en la playa, cuando llegaba una embarcación, era grande y mucho más cuando Martes Santo traía sus mercancías. Los coteros cargaban y descargaban, apareciendo un mundo de innovaciones y cosas extrañas para los colonos: perfumes, colonias, joyas, baratijas, alacenas, peltre, telas y, lo más importante, el producto que la Mona de Marcelo Zúñiga le fio a Martes Santo: un toldillo de rengue y un corte de popelina.

Al otro día de su llegada, Martes Santo salió a repartir sus productos y empezó por la Calle de la Punta. Le ofreció a Felisa Moreno, al viejo Arenas, a doña Urbana Balceiro, Anita Salem, a Sara y Cosme Gutiérrez, a Mercedes Baena, a los Galé, a Jacinto, Gregario, Domingo y Félix Zúñiga; a los

Villegas, a los Altamiranda, a Reyes, a Pacha Perea, a Barrerita, a Arturo y Felipe Eljach, a los Espitia, a Claudina Ayazo, a los Tamayo, Óscar Ochoa, a Noé y Andrés Montoya, a Ana de Jesús y Toñita Gómez, Felacho Zúñiga, al viejo Malcriado, a Catalino Julio, a Mercedes y Anita Rodríguez, hasta al farmaceuta Aníbal González también le ofreció mercancía en su recorrido puerta a puerta.

Le faltaba únicamente por ofrecer a la Mona de Marcelo Zúñiga.

Fatídico día en que Martes Santo ofreció sus productos a la Mona.

Ese día, los hermanos Arenas, de nombres Toñito y Berso, empezaron la guerra contra la policía y, por otro lado, ese mismo día empezó a salir, por la noche, el espanto de la chancletica en el callejón de los Espitias, ahí en la Calle de la Punta.

«Cada día viene con su afán», dice el refrán popular.

Que afán el de este día. Los jóvenes Arenas, muchachos fogosos, fornidos y de piel cobriza, venían al poblado de Necoclí de tiempo en tiempo muy especialmente cuando tenían permiso del ejército colombiano, donde eran muy respetados por su fiereza.

Sería el medio día cuando se desató la discusión familiar entre los Arenas. El viejo padre de los Arenas, mecánico de profesión y muy versado en motores fuera de borda, poseía armas hechizas y los muchachos tenían su dotación militar. Se enfrentaron en tremenda discusión y se fueron a los golpes por toda la Calle de la Punta hasta la calle Miramar. La policía, que tiene su cuartel en la misma calle, entró en el conflicto a desapartar la pelea.

Los pobladores de Necoclí gritaban:

—¡Cierren sus casas y tírense en el piso porque ya saben lo que se viene!

Estos enfrentamientos entre la policía y los Arenas eran frecuentes en Necoclí. Se sabe que un militar del ejército, en esos tiempos, no permitía que un militar de la policía lo abordara para requisa u otro tipo de manifestación regular de policía. Se desató la guerra y Necoclí empezó a vivir las atrocidades del conflicto bélico en Colombia.

El viejo Arenas tenía una carabina san Cristóbal con culata de madera. Hizo un tiro a la policía y estos se atrincheraron en la casa de Elida Vergara (la Parapalo) por la calle Miramar. Las viejas casuchas de madera, caña flecha, horcones y palma amarga, generalmente, eran muy desprotegidas: grandes patios con excusados en la parte de atrás eran el común. Ahora la pelea ya no era entre los Arenas, sino ellos contra la policía.

El viejo padre de los Arenas se escondió en la casa de Eva Barrera. Berso y Toñito arenas buscaron protección en otros patios y casas, mientras que el tablerío de la casa de Eva fue perforado por múltiples impactos de balas que disparó la policía. Ahí cayó muerto el viejo Arenas. Y Martes Santo, despavorido, se escondió en el callejón de los Espitias, donde le salió el espanto de la chancletica.

—¡Esta me la pagan! —dijo Berso, refugiado donde el viejo Pablo.

Y así fue. Los Arenas se unieron. En una ocasión le quitaron el armamento a la policía y se organizaron para los cinco hostigamientos que vendrían. Fue tanta la guerra que los cinco policías tuvieron que pedir refuerzo para la protección del poblado, aumentando el pie de fuerza y con incursiones esporádicas del ejército.

En medio de estas balaceras pueblerinas estaban los niños de Necoclí y muy especialmente los de la Calle de la Punta.

Así se criaron con una belicosidad única Indalecio Marín, Aled Montoya, Carmen Zúñiga, el papi Madera, Édison y Julián Mendoza, Alberto Jaramillo, Vicente y Mamey Ramos, Mario Agudelo, Edgar Riaño y los Villegas.

Cuando se juntaban, por las noches, después de jugar la guerra libertad, se llenaban los bolsillos de piedras y salían a levantar las casas del pueblo a Longa, Laja y Peñón. Las gentes de las otras calles, cuando veían juntos esa patota de muchachos, gritaban:

—¡Corran! ¡Corran! ¡Cierren sus casas, corriendo, que vienen los punteros!

Los enfrentamientos de fútbol, que se jugaban en el predio, detrás del cerro de la Loma de la Virgen contra los muchachos de la calle del cementerio, los de la calle del Cucharo y los de la calle de la carretera, necesariamente tenían que perderse, porque si ganaba otra calle levantaban los muchachos a trompada limpia. Así eran los punteros.

Al viejo Arenas, cuando lo mataron, le quedaron los pies detrás de la puerta, lo mismo que a la Mona de Marcelo Zúñiga cuando se negó a pagar la cuenta de Martes Santo. Y Martes Santo, cuando el espanto de la chancletica le salió, dejo los pies en el callejón de los Espitias. Por eso, la chancletica, para espantar a la gente, utiliza los pies de Martes Santo, porque cuanto este la vio, la carrera fue tan grande que llegó hasta el cementerio sin darse cuenta de que no tenía pies, pero del mismo susto.

En su seseo agitado y con sonidos guturales profundos, Martes Santo trataba de calmarse, pero al voltear para atrás, vio en el árbol de suan, que está en el cementerio, una calavera que se movía de lado a lado y lo miraba fijamente.

¡Prummmm! De bruces cayó Martes Santo, privado.

Juano Arenas, hermano menor de los Arenas, era corpulento, fornido y muy atrevido como sus hermanos. Era el más bravo de todos los punteros. Se decía de él que duraba cinco minutos debajo del agua del mar, aguantando la respiración a puro pulmón. Cierto día con un puñal en su boca se hundió frente a la punta en pleno cantil y sacó un mero de 400 kilos. Estuvo forcejeando con el animal por espacio de media hora. Salía a la superficie a tomar bocanadas de aire cada cinco minutos, hasta que lo venció. Era tan descomunal el mero que sus ojos le colgaban. Se le salían de las cuencas. Era una verdadera fiera, al punto que los habitantes de Necoclí no fueron capaces de comérselo.

Otro día, dentro de sus tantas demostraciones de fuerza y resistencia, Juano Arenas se lanzó al mar, nadando desde la playa del pescador y fue tirando brazos hasta la punta de caimán viejo, donde está el barco hundido. Peleó con un sábalo de dos metros, destruyéndole la agalla y lo trajo nadando hasta la playa del pescador.

Juano Arenas estuvo a punto de coger el camino de sus hermanos, pero lo salvó la religión católica. El padre Rafael Gallego, que era el párroco de Necoclí, lo apadrinó y se lo quitó a las garras de la violencia. Las escaramuzas que había hecho lo llevaron a estar preso. En su gesto bonachón el padre lo convenció de que siguiera los caminos de Dios y lo hizo ser sacristán de la iglesia. Fue domado y evitó un trágico fin. De sus hermanos se comenta en Necoclí que después de las cinco incursiones contra la policía, Berso, cuyo verdadero nombre era Bersazar, desapareció por los lados de la zona bananera para no volver más y de Toñito dicen que anda por los lados de Montería.

Entre los punteros había un caso muy particular que lo protagonizaba José Manuel Ramos, alias Mamey. Cuando se

daban los enfrentamientos de fútbol lo invitaban a jugar, pero muchas veces no participaba, aduciendo que se desgastaba mucho.

Indalecio Marín le gritaba:

—Hey, Mamey, ven a jugar, entra.

Y Mamey contestaba:

—No, porque me desgasto.

Pero Mamey no jugaba era conservándose para masturbarse mejor.

Resulta que, en la playa del pescador, por donde desembarcó Martes Santo, en tiempo de vacaciones, las turistas paisas asolean y broncean sus hermosos cuerpos sobre la arena. Mamey, desde la punta, estaba pendiente de las cachacas y apenas veía que empezaban a quitarse la ropa y quedaban en tanga o bikinis, se venía corriendo del predio y se iba metiendo al mar poco a poco, llegaba agua al pecho y se quitaba la pantaloneta, quedaba totalmente desnudo y acariciándose suavemente los genitales se dejaba venir para la orilla. Su imaginación era plena de fantasías y verdades.

Las paisas, boca arriba, o boca abajo, disfrutaban de la brisa, del sol con sus lentes oscuros; escuchaban suave música con sus audífonos y, en la inocencia más pueril, se volteaban de un lado para otro, hacían poses, recogían las piernas, mostraban su feminidad y Mamey, hincado agua al ombligo, disfrutaba de su sexo con movimientos más fuertes hasta explotar su universo, mirando fijamente el monte de venus por encima de la tanga.

¡Qué masturbada se había pegado Mamey!

Con el único que no pudieron los punteros fue con José Trespelos, alias Tituituiti. Le decían así porque era un ardillo robando cocos en la playa. A José Trespelos le daba una crisis muy fuerte de rabia, al punto de transformarse emocionalmente y gemía como mico marimonda en la ciénaga. Saltaba de

forma diabólica y el pelo se le convertía en tres colores. Era el momento de atacar.

—¡Mierda! —decían los punteros—, le dio la crisis a Trespelos, ¡corran!

—¡Corran! ¡Corran!, que viene botando baba por la boca —gritaban. En ese momento no había puntero que quedara por el lado de la punta ni por el predio y menos en la aduanita. Todos se perdían despavoridos.

En su soledad, Trespelos se iba para el palo de matarratón, que estaba detrás de la Loma de la Virgen, y la crisis se le pasaba cuando se zoofiliaba con la burra la Muñeca, de Jóselo Zúñiga. Entonces volvía a la realidad.

En una de estas andanzas, Trespelos vio, por el patio en el alambre de la ropa, el corte de popelina de diez metros y el toldo de rengue que la Mona de Marcelo Zúñiga le fió a Martes Santo, y dijo: «Esto es lo que necesito como trasmallo para pescar por arrastre de noche en la punta».

Trespelos pescaba todas las noches. la chancletica hacía su recorrido por el callejón de los Espitias, asustando a la gente: arrastraba los pies de Martes Santo: «Tlac, tlac, tlac, tlac», se oía.

Luego: rummmm, rummmm, rummmm.

Después: toc, toc, toc, toc, toc.

Después: tic, tic tic, tic.

Ahora: tic tac, tic tac, tic tac.

Enseguida se hacía un silencio para que pasara el otro espanto que recorría toda la Calle de la Punta que era un ánima en pena que subía y bajaba.

Apenas pasaba el otro espanto, la chancletica volvía a sus andanzas con los pies de Martes Santo.

Se arrastraba como culebra: Sssssssssssss.

Trotaba como caballo con herradura: troc, troc, troc, troc, troc.

Iba semejando al caminar a todo animal de este mundo y del otro que tuviera patas, menos a los seres humanos. Al único que fue capaz de remedar fue a los pies de Martes Santo que se convirtieron en patas cuando los dejó en el callejón de los Espitias.

Todas las noches terminaba su recorrido a las 4:00 a. m. en la cueva de los mojanes, en la Punta se metía por las aberturas hasta lo más profundo de la tierra.

Cierta noche, todos los punteros y Trespelos estaban pescando en la punta, había mucha picazón de peces. La noche anterior la chancletica no entró a la cueva de los mojanes porque hubo un viento acandilero que le borró el camino y se encuevó en la aduanita. Ahí pasó escondida todo el día, pero por esas cosas de los espantos, una voz infernal le ordenó espantar a los punteros a prima noche, antes de irse para el callejón de los Espitias.

Se escuchó un estropicio diabólico y apareció la chancletica, que no tenía rostro, sino los pies de Martes Santo, gritaba y gritaba espeluznantemente, acompañada de los mojanes y el ánima. Las sartas de pescados, que estaban en la tierra, cayeron al agua, nadando hacia lo profundo y los pescadores corrían y corrían por la playa rumbo al cementerio, sin darse cuenta.

—¡Esto es cosa del diablo! Por la maldad de ustedes, los punteros —dijo José Trespelos.

Al terminar de pronunciar estas palabras, vio tirado, boca arriba, en el suelo del cementerio, a Martes Santo que balbuceaba las palabras apocalípticas del apóstol san Juan en la isla de Patmos.

Los siete sellos:

Todos petrificados de miedo escucharon. Martes dijo:

«... Vi cómo el Cordero rompía el primero de los siete sellos, y oí que unos de aquellos cuatro seres vivientes decía con voz que parecía un trueno: "¡ven!". Miré, miré y vi un caballo blanco, y el que lo montaba llevaba un arco en la mano. Se le dio una corona, y salió triunfante y para triunfar».

»Cuando el Cordero rompió el segundo sello, oí que el segundo de los seres vivientes decía: "¡ven!" y salió otro caballo, era de color rojo, y el que lo montaba recibió poder para quitar la paz del mundo y para hacer que los hombres se mataran unos a otros, y se le dio una gran espada.

»Cuando el Cordero rompió el tercer sello, oí que el tercero de los seres vivientes decía: "¡ven!", miré, y un caballo negro, y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y en medio de los cuatro seres vivientes oí una voz que decía: "Dos libras de trigo valdrán un denario, y seis libras de cebada a denario también; mas al vino y al aceite no hagas daño".

«Cuando el Cordero rompió el cuarto sello, oí que el cuarto de los seres vivientes decía: "¡ven!", miré, y vi un caballo pálido y macilento, cuyo jinete tenía por nombre muerte, y el infierno le iba siguiendo, y se le dio poder sobre las cuatro partes de la tierra para matar a los hombres a cuchillo, con hambres, con guerras, con enfermedades y con las fieras de la tierra».

En ese momento Martes Santo volvió a la realidad. No llegó hasta el séptimo sello. La calavera que estaba en el árbol de suan no se lo permitió.

Instigó en su sentencia diciendo:

—No podrás ver el séptimo sello y la gloria de Dios.

Los punteros y José Trespelos, todos corriendo en desbandada para el pueblo.

Gritaban y gritaban:

—Sálvense quien pueda —la calavera les insistía:

—¿Por qué corren?, aquí les quedaron los pies, y aquí volverán y calavera serán... La gloria de Dios no es fácil de alcanzar, ustedes son de la tierra y condenados a ella están.

Martes Santo desapareció sin cobrar el último pedido que le hicieron los pobladores de Necoclí. Dicen en el pueblo que se lo llevó la chancletica cuando salió corriendo del cementerio.

Cierto día, un extraño llegó a la casa de la Mona de Marcelo Zúñiga a cobrar el corte de popelina de diez metros y el toldillo de rengue que le había quedado debiendo a Martes Santo. Cuando la Mona lo vio, le dijo a su hijo que dijera que ella había salido y se escondió detrás de la puerta, pero la puerta quedaba alta sobre el piso y se le veían los pies a la Mona.

El extraño, entonces, le dejó dicho a la Mona que la próxima vez, cuando fuera a salir, no dejara los pies detrás de la puerta, porque podrían aparecer espantos, y así fue.

POEMAS A LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

Cuando llueve

A ella siempre le dije que cuando estuviera lloviendo s
acordara de mí.
Se lo dije porque el amor que siento cuando llueve me invad
el pensamiento.
Cae la lluvia en la mañana marina y en la tarde pueblerina.
Es un eco fantasmal que trae sosiego y sentido espiritual.
Atrapa la angustia dormida y la libera en estrellas que se var
Suena, no sé dónde, pero suena, viene de allá, de un mund
que se esconde.

Si llueve en el día, los árboles y las aves se llenan de alegría.
Si llueve en la noche los faroles y lámparas destellan lu
sobrecogedora.
Si llueve es porque el universo canta sonidos de agua.
Si llueve es porque a través de la ventana me pierdo, m
evado.
Es porque los niños agarran la vida en plenitud, corriendo baj
la lluvia.
Vienen vahos, lores gratificantes de la primera lluvia, sobre e
polvo callejero.
Agua caliente de la mar cuando llueve, refugio de beso
salados.

POEMAS A LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

Cuando llueve

A ella siempre le dije que cuando estuviera lloviendo s
acordara de mí.
Se lo dije porque el amor que siento cuando llueve me invad
el pensamiento.
Cae la lluvia en la mañana marina y en la tarde pueblerina.
Es un eco fantasmal que trae sosiego y sentido espiritual.
Atrapa la angustia dormida y la libera en estrellas que se van
Suena, no sé dónde, pero suena, viene de allá, de un mund
que se esconde.

Si llueve en el día, los árboles y las aves se llenan de alegría.
Si llueve en la noche los faroles y lámparas destellan luz
sobrecogedora.
Si llueve es porque el universo canta sonidos de agua.
Si llueve es porque a través de la ventana me pierdo, m
evado.
Es porque los niños agarran la vida en plenitud, corriendo baj
la lluvia.
Vienen vahos, lores gratificantes de la primera lluvia, sobre e
polvo callejero.
Agua caliente de la mar cuando llueve, refugio de beso
salados.

Las actuaciones de la naturaleza, del universo desencadenan muchos cuadros.
El sol naciente y resplandeciente, la luna en las noches romántica y enigmática.
Estrellas luminosas, auroras boreales, vientos que vienen de donde vienen y para donde van.
De las actuaciones del universo, las lluvias, ella es cuadro universal.
Me acojo a sus preceptos, a sus gotas, a su iluminación, a su verticalidad.
Y si el ciclo la lleva, poderosamente regresa a amar a los árboles, a mojar mis lágrimas.
Penetran y surcan la tierra ávida de encuentros con seres que formó, con la piedra y más.

A ella siempre le dije que cuando estuviera lloviendo se acordara de mí.
No hay otras formas de recordarme, es en esos sonidos, en esa tempestad donde habita.
A ella le dije que soy biológicamente humano, porque los besos son sus besos de lluvia.
Sigue goteando en los techos, he recibido el llamado en las cometas, emociones callejeras que fluyen.
La lluvia pinta el arcoíris, colores que existen sin tocarlos los palpo, están ahí.
Cuadro de las lluvias del diluvio universal, visible de forma espiritual.
Ven, lluvia, al cristal de mi ventana, ven y regocíjame que eres la divina pintura universal.

A TU LADO APRENDO, PRINCESA

A la insigne secretaria de educación del departamento de Antioquia, Claudia Restrepo Montoya, motivo de inspiración.

Medellín es una ciudad amplia, cultural y muy paisa; Necoclí es un poblado tropical, sereno y muy caribeño. En la primera vive una princesa en el palacio de la cultura rodeada de boteros, flores y grandes avenidas; en el segundo vive un príncipe fortalecido de aliento marino, bellos atardeceres y filosofando a la vida.

Un buen día de agosto, unos jovencitos y jovencitas se acercaron al príncipe que dormitaba en la playa, por el sopor de la tarde, muy entrada en crepúsculo. La palmera donde de recostaba inclinaba todo su cuerpo hacia la mar. Musitaron al oído del príncipe la siguiente pregunta:

«¿Cómo buscar nuevos horizontes para los jóvenes?».

Sobresaltado en su expresión, el príncipe no dudó en meter la mano en una alegórica mochila Cuna, de donde sacó un viejo escrito que decía: «A tu lado aprendo», y les dijo a los jóvenes: «Solamente así podrán buscar nuevos horizontes».

La princesa del palacio de la cultura caminaba en ese mismo momento por el bulevar de Carabobo con destino a la Alpujarra. Fue entonces cuando un aleteo de palomas, que revoleteaban en el aire, le permitió crear un pensamiento que decía; «La Vida también es un salón de Clases». Pudo darse cuenta de este mensaje cuando dos niños, con uniforme escolar, correteaban las palomas que, alegóricamente, alzaron el vuelo.

La princesa se perdió dentro de los transeúntes de la calle entrada la noche, un buen día de agosto del año 1998.

Al día siguiente, por todos los rincones de la ciudad y el Poblado se esparció una voz de rumor callejero que decía: «Nadie enseña a nadie, todos nos educamos en comunión los unos con los otros». El príncipe Eduardo y la princesa Claudia escucharon el rumor y visionaron desde su sitio el advenimiento del nuevo milenio. Las nuevas voces hablaban de maestros para la vida, de educar para la equidad y de una Antioquia nueva. Eran voces del nuevo siglo, la visualización de una raza pujante con ímpetu de paz.

El príncipe hizo maletas y viajó a la gran ciudad. En su mochila Cuna llevaba un sinnúmero de apuntes entre los que se destacaba que «en los jóvenes el conocimiento debe cobrar sentido humano». Había oído hablar de la princesa Claudia por sus hechos en pro de la cultura, la educación y la búsqueda del otro. Por cuestiones de realeza fue su confidente.

Durante tres años sostuvieron un diálogo sobre «como la cultura sustenta la dimensión humana». Llenos de gran espiritualidad cada uno en las tardes se iban a leer la ciudad y volvían al encuentro en el mismo sitio de la plaza mayor. Al otro día volvían cargados de mariposas, que significaban compromiso; de libros, que significaban amistad; de colores, que significaban diversidad; de unos panecillos, que significaban equidad; de flores, que significaban respeto; de lápices, que significaban trabajo en equipo; de voces y trinos de pajaritos, que eran participación; de abrazos, que era no violencia y de cantos humanos para alabar la vida.

La filosofía fue creando en ellos identidad y reconocimiento del ser. Aprendieron que la diversidad es lo que más nos fortalece, que cualquier diferencia se puede negociar, que la mejor forma de ganar respeto es entregándolo, que nada

reemplaza el amor de la familia, que hay un vínculo entre todos los seres humanos, que el mejor trabajo es el que se hace con todo el amor y aprendieron que la ética y la política deben ser para la reconciliación y para construir Ciudadanía.

Muy llenos de conocimiento, príncipe y princesa, al cabo de tanto encuentro, vieron a lo lejos que se acercaba un remolino de aire, polvo y briznas de llovizna. Escépticos pusieron la mirada sobre el remolino que, en su redondez en espiral succionaba amor, pasó sobre ellos como una ráfaga y al seguirle su trayectoria entendieron el mensaje de Saint-Exupery en *El principito*, de que lo indispensable es invisible a los ojos. Sí, así lo entendieron: Lo verdaderamente indispensable es invisible a los ojos.

Tartamudearon un buen rato. Hubo silencio, largo silencio; es la forma como los amigos se quieren. Al tiempo, la princesa Claudia le sonrió develando su magia de mujer. Era un marfil muy fino el que mostraba. Eduardo, como príncipe, entendió el llamado y de su mochila Cuna sacó una notica que había escrito días antes. Era una letra cursiva que decía: «Te invito a mi tierra». Escrita de forma escueta.

Viajaron por montañas agrestes, surcando valles, paramos, ríos caudalosos, precipitándose con gran fuerza sobre su lecho, hasta que divisaron la planicie bananera: amplia y de cielo desfondado. Estaban en el Caribe antioqueño, en el mar Necocliseño. Al llegar al pueblo divisaron una pancarta que decía: «La diversidad de pensamiento es fuente de equilibrio social». Se miraron y balbucearon: «Así es».

El príncipe, ubicado con la princesa en su palacio, miraba el mar. Ella estaba anonadada con la inmensidad. Veía toda la espiritualidad humana y divina reflejada en aquella gran masa de agua azul, no salía del asombro, propio de quien ve por primera vez a Dios. El príncipe le dijo al oído: «Todas las cosas

del universo tienen conexión, todo es uno. Te invito a conocer mi tierra, para que conociéndola podamos transformarla».

El collar de perlas, caracuchas, corales y caracoles, que el príncipe había, artesanalmente, construido a sus dieciocho años, lo saco de la mochila Cuna con un emblema de mola que colgó en el cuello delgado y limpio de la princesa, musitándole al oído: «Juntos podemos cambiar el mundo». Entonces los dos construyeron la siguiente reflexión:

«El universo en sí se mueve y está constituido por leyes siderales que armonizan una tonada, la música celestial. La música toca nuestra vida, nuestro discurrir diario; en la noche las cigarras, los cocuyos, la luna y el sonido de la mar; en el día hay canción en el sol, en la cadera de una mujer, en la voz ronca de un hombre, en tu colegio, en la calle, en lo que comes hay amor.

»La obra perfecta de la creación está cerca de ti, en tus sentidos. No necesitas tener grandes talentos, ni inteligencias múltiples para disfrutar la vida. Es fácil: quiere al que está contigo, ámalo. Si interpretas los sonidos de su voz, te darás cuenta de lo grande que es. Escucha el mensaje de los pájaros cuando trinan. No dejes que trinen por trinar, ese regalo te lo envío Dios.

»En cada ojo que te mira hay tanta paz, porque su visión te irradia luz. Mira los colores del agua, son tantas las tonalidades del blanco y del cristal que tienes que entender que en la diversidad está la grandeza de lo único. Tu colegio es puro amor; y si quieres comprobarlo, visita a los niños del Preescolar; son tiernos, puros, sin maldad; son puro sentimiento; lloran, cantan, ríen.

»Camina por los pasillos, por zonas verdes y verás jóvenes corriendo, gritando, pateando, brincando, sentados; verás docentes que hablan, leen; verás padres de familias que

traen desayuno, traen amor. Camina tu colegio y disfruta de ver cómo la brisa mueve las palmeras. Es Dios reflejando amor en ese movimiento.

»Hay tanta grandeza cada día que, si miras los escenarios deportivos de tu colegio, si vas a la tienda, si observas el monumento de la Virgen, si lees una cartelera, visitas la biblioteca, entras al laboratorio o, simplemente, te dedicas a escuchar una canción en tu celular, tu cuerpo se siente satisfecho. ¿Y sabes por qué?, porque en cada actividad de tu vida hay algo que crece, algo que te hace humano.

»No queremos que pases un día sin espabilar, si lo haces ya estás muerto. Siempre que espabiles se mueven tantos músculos, hay tanta inteligencia cerebral que cuando abres los ojos, por cada espabilada, sucedieron millones de fenómenos, surcaron tantos alcatraces el firmamento de tu tierra y una gota de agua calmó la sed en unos labios apasionados en un salón de clases.

»Si haces un trazo con tu lápiz o lapicero en tu hora de estudio, entiende que estás trazando los hilos de tu vida. Es una magnificencia escribir, lo es más leer y mucho más hablar. Descubre el universo en el escritorio de tu colegio, en el picaresco grafiti que haces. Llénate de razones, que eso te sirve para llenarte de vida. Vive el día a día; pero vívelo entendiendo la música que hay en cada cosa. Evita cualquier cosa que entorpezca la paz de tu espíritu.

»Abraza a tus amigos y amigas. Quiere todas las cosas de tu colegio, ellas te hablan positivamente, pues son para tu servicio. Tú tienes tantas cosas que otros no tienen. Tienes música, tienes pies donde ponerte zapatos. Otros ni siquiera tienen pies con que caminar. Tú aplaudes y haces sonidos, otros no pueden aplaudir y diariamente te sonríes con una carcajada tan sonora que llenas el universo de música celestial.

»Los adultos mayores tienen grandes enseñanzas. Tú sabes más de computación, pero ellos saben más de formación y esto es lo que importa. nosotros estamos viendo el color rojo de nuestra camisa y sentimos nuestro aliento fresco. Queremos abrazarte para decirte que el rojo es la sangre que todos llevamos por dentro y nos hace iguales. Queremos decirte que nuestro aliento es único e irrepetible, como lo que nos sucede todos los días, por eso lo queremos y lo apreciamos. Habrá un día que ya no lo tendremos. Será tarde para apreciarlo.

»El amor está en los confines siderales, lo hemos espantado. Pero si queremos, de inmediato vuelve a nosotros como un toque de magia, no es sino solicitarlo y él viene, así de fácil es la fórmula.

»Cuando termines tu jornada educativa, sonríe, vete por la calle que te vio venir, ojalá sea caminando, nos construye más. Si te fue mal en este día, no entendiste el mensaje que te envío Dios en ese mal, con seguridad que mañana nuevamente nace el sol».

Se dieron un abrazo fuerte, muy fuerte y fueron felices.

Tu huella

En la playa agreste y llena de palos,
palos venidos del río Atrato,
quedó plasmada la huella de tu amor.
Cada figura dejada en la arena
recuerda lo que fuimos,
inmortaliza los años vividos,
el tiempo que nos dimos.
Un tiempo sin regreso
que carcome mi sentir,
que ha dejado huellas perennes,
que traen recuerdos a mi existir.

Evoco, en la nostalgia, tu figura,
tus pestañas, tu boca, tu sonrisa,
tus cabellos, tus rosas en la cama;
la mar que robó tu vestido de baño
y se fue en la corriente que nos ama.
Playa donde vives, playa universal
conectada a mi existencia.
La playa no termina, como no termina en mí
esa huella que dejaste en la playa de Necoclí.
Tus pies descalzos ahora hacen otras figuras,
son otros tiempos, y quién sabe con quién.

Voy detrás, revisando tus huellas,
percibo tu olor en cada paso,
en cada gránulo de arena lo inhalo.
Vienen gaviotas, dejando su andar.

Tu vaho llena de perfume mis pensamientos.
Todo lo dejaste grabado en la arena.
Primero tú, luego yo... ¡los dos!
El árbol de suan fotografío tu figura.
A los pescadores, a lo lejos, la costa les fulgura.
Amor en movimientos acompasados,
respiración profunda y ojos cerrados.

Brisa marina y oropéndola trinan canciones,
sinfonía natural, canción universal.
Picaduras de jején, brincar de chorlitos,
vuelo de alcatraz, ¡cuánto quedó atrás!
Tu huella es mi sendero.
Sé que mi andar no te guía,
aunque la playa me llevó a tu vida.
Mis pasos desolados se nutren de ilusión.
Huellas de un recuerdo sentimental.
Sigo tirando piedras a las estrellas,
sigo alimentando ilusiones sobre ella.

Tarde infinita, aquella de la playa,
no vuelvas con tus huellas y tus pasos,
deja al tiempo y a la mar borrar,
que se desvanezca como castillo de arena,
que se olvide el trinar de la oropéndola,
que crezcan libertades y se aflojen amarras,
que la marea se lleve los palos de la playa.
Nada queda, tú también te vas.

El alcatraz se va y yo también.
Nos volvemos y nos vamos,
de eso está lleno el universo,
de la bondad infinita de encontrarnos.

RELATO DE UNA DESPEDIDA

A mi hijo Guiner Cardona Pájaro, quien inspiró este relato. Gracias, hijo, por permitirme saber que me amabas como padre. Esos abrazos, en la Terminal de Transporte del Norte, de Medellín, me hicieron feliz.

Siempre he pensado, y con mucha razón familiar, que, entre los sentimientos humanos, el acto que más denota amor es el despedirse de otro ser humano.

La anterior aseveración la comprobé el viernes 22 de enero del año 2010, estando en la terminal del norte, de la ciudad de Medellín. Guiner Cardona Pájaro, mi hijo menor, me hizo entender por qué Fernando Savater, el filósofo, escritor y catedrático español, a su hijo Amador le dijo que «ni en mil años podría pagarte el orgullo de aquella tarde en que supe que mi voz como padre podía darte ánimos».

Amador le contó a su padre un sueño: que estaba en un campo muy oscuro, como de noche y soplaba un viento terrible. Se agarraba a los árboles a las piedras, pero el huracán lo arrastraba sin remedio, igual que a la niña del *Mago de oz*. Cuando iba zarandeado por el aire, hacia lo desconocido, oyó la voz del padre, a pesar de que no lo veía, diciéndole: «¡Ten confianza!, ¡Ten confianza!».

El hecho del hijo salvarse en el sueño, a través de las palabras del padre, es el mismo acto que Guiner Cardona demostró en la Terminal de Transportes, cuando se fue a estudiar a la universidad y se iba a quedar solo en la gran

ciudad. Ese día me abrazaba. Me abrazaba y no se quería separar de mí. Ha sido el día más feliz de mi vida. Si Guiner supiera la felicidad que me hizo sentir, creo que ni en dos mil años podría pagarle tanto orgullo.

Aprendí ese día que el acto humano más grande y maravilloso es la despedida. En este acto afloran todos los sentimientos humanos profundos. Aprendí que el hombre no se quiere quedar solo.

La hora de salida para Necoclí era a las 8:30 p. m., a esa misma hora salió el bus. Casi me deja. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para soltar a Guiner, quien me daba los últimos abrazos mejores de mi vida. Pude presenciar que sus ojos se arrugaban y aquel rostro fue divinamente expuesto a la bondad. Pude observar en toda la terminal que se repetía una y otra vez el mismo hecho.

Corriendo, subí al bus y mientras carreteaba, por los cristales de la ventanilla vi una mano que, desde el interior de la terminal, se movía para allá y para acá. Era el adiós de la mano humana, imagen perfecta del amor. Con su despedida de mano, Guiner me hizo entender que la palabra adiós es encomendarse a Dios, ¿si te vas?, te deseo lo mejor, ve con Dios.

Después de pasar el túnel de occidente y haber escuchado a los diferentes vendedores de baratijas con su verborrea aprendida en mil actuaciones, no podía conciliar el sueño. Aquellos momentos de la terminal seguían dando vueltas en mi cabeza, muy especialmente el de la mano moviéndose para allá y para acá, de izquierda a derecha, de este a oeste, la mano humana en su plenitud.

«¡Qué magia!», pensé. Verdaderamente el cerebro ha hecho de la mano una de sus más grandes creaciones: tacto, trabajo, abrazos y lenguaje humano como las despedidas. Ya sé porqué los niños, una de las primeras lecciones que aprenden

es a mover las manos para despedirse. Toda mamá, cargando en su pecho al bebe, cuando alguien se va o ella se va, al oído le susurra al hijo: «Dígale chao, adiós», le coge la manito y se la mueve. Es lenguaje puro. Es dejar la presencia en el otro.

La película que habían puesto en la pantalla del televisor en el bus no me gustó, porque desde el principio fue matando gente, y para mí fue final y capítulo cerrado. Al llegar a Santa fe de Antioquia, donde los buses hacen una ligera parada, se subió un muchacho moreno de unos veinte años, un poco ebrio y con media botella de Aguardiente Antioqueño en la mano, medio escondida para que el ayudante no se diera cuenta. Se sentó a mi lado, me saludó y empezamos a conversar.

Me ofreció un trago, accedí a tomármelo, pero le dije que no quería beber: uno solo y no más. El bus subía hacia Manglar. El joven me contó que acababa de despedir a su novia, una muchacha paisa de Medellín, que pasaron todo el día juntos, pero ella tenía que irse para la casa y el, regresar a su tierra turbeña. La historia me hizo regresar treinta años atrás cuando yo tenía dieciocho años.

Qué problema era irme de Necoclí para Medellín a estudiar y dejar los míos, mi gente, mi madre, mi novia y la tierra que tanto se añora. Verdaderamente a uno le siembran el cordón umbilical donde nace. Recuerdo que antes de subir al bus escalera, que me llevaría a Turbo, tenía que embriagarme, no podía salir de Necoclí sobrio porque la tristeza de la despedida me partía el alma. En Turbo me terminaba de emborrachar para dormir toda la noche en el bus y despertar ya en Medellín.

El compañero de viaje, que venía conmigo, se quedó dormido. Bajé a comer en Manglar con un frío que calaba hasta los huesos. Pedí una apetitosa bandeja paisa. En la mesa donde comía, debajo del vidrio y sobre el mantel, había una frase que decía: «Solo se ve bien con el corazón, lo esencial es

invisible a los ojos». Me acordé enseguida de que yo había leído ese texto en el libro *El principito* del escritor francés Antoine de Saint-Exupery.

Después de comer, el bus arrancó rumbo a Cañasgordas. Medio dormí bajo la pesadez del estómago. Aquella frase de la mesa no me dejaba dormir o eran los acontecimientos de la terminal de transporte. Una nebulosa mental me aproximó al capítulo XVIII del libro, de la frase anterior y decía:

El principito atravesó el desierto y no encontró más que una flor. Una flor de tres pétalos, insignificante...

—Buenos días —dijo El principito.

—Buenos días —contestó la flor.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó amablemente El principito.

—¿Los hombres? Creo que hay seis o siete. Hace años los vi, pero no se sabe nunca dónde se encuentran, el viento los lleva, no tienen raíces, y eso les disgusta mucho.

—Adiós —dijo El principito

—Adiós —dijo la flor».

Y recordaba, mientras mi amigo de silla y viaje dormía, que el amor de Guiner Cardona hacia mí era porque lo había domesticado. Cuando un ser humano tiene necesidad del otro es por los lazos, por el encuentro, el vivir juntos. Eso crea un amarre indisoluble.

Siempre he tenido un presentimiento de mal augurio en la carretera entre Uramita y Dabeiba, creo que el carro se va a ir por el precipicio. Por eso, casi no duermo en este trayecto y muchas veces, cuando lo he hecho, me sobresalto con cualquier ruido y creo que es el fin, pero yo sé que los elegidos estamos en camino hacia Dios y el hombre con sueños puede hacer

realidad el milagro de la resurrección y la vida. Guiner, a esta hora, ya debía estar en el quinto sueño, pasando su primera noche solo, pero acompañado de mí con el pensamiento desde la distancia y abrigado con los abrazos de la terminal.

En esa conexión nocturna, de padre a hijo y para mitigar el trayecto carreteable, escuchaba la música suave de unos armoniosos vallenatos que venían en el audio del bus. Además, pensaba que hay un elemento esencial constitutivo y valorativo de todas las cosas que es el hombre. Como la vieja frase filosófica que dice que «el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son», el pensamiento se me cargaba de nostalgia, de ideas, de los ronquidos de mi compañero de viaje, de la gente despidiéndose en la terminal y de lo que estaría soñando Guiner que me decía: «que te vaya bien, papá, que Dios te cuide».

Es un sentimiento universal que sucede hasta en sueños. Desearle lo mejor al otro cuando se despide, simplemente porque de pronto no lo vuelve a ver, es un acto valorativo de la humanidad.

Ensimismado en mis pensamientos, con un poco de clarividencia y entrando a Dabeiba, el bus tuvo que parar. Un indígena emberá estaba en la mitad de la carretera, vestido perfectamente con toda su indumentaria, muy pintado el rostro y parecía estar ebrio. Por más que el chofer pitó, no se apartaba. El ayudante tuvo que bajarse y hacerlo a un lado. Como yo viajaba en las sillas de adelante, leí en el suéter que tenía puesto el indígena una palabra que decía «Maktub». Recordé que, en un libro de Pablo Coelho dice que en árabe esta palabra significa «está escrito».

«¿Qué será lo que está escrito? —Me preguntaba—. Debe ser algo para la humanidad — me decía».

Nuevamente la clarividencia afloró. He podido entender que la inteligencia son ráfagas divinas que nos vienen por momentos. Guiner seguía mandándome ráfagas de sueño con una intensidad para que entendiera el grito humano.

Guiner, Guillen y Neguill Cardona son tres hermanos que se comunican a través de una gesticulación gutural, emitiendo un sonido muy característico que me ha llamado mucho la atención. A esa forma de comunicarse la he llamado el grito humano, el mensaje de Guiner a través del sueño era manifestarme lo que existe más allá de las palabras: actos como el abrazo, el beso, el guiño de ojos, la sonrisa y la despedida entran en esta fascinación que solo se entiende cuando arrastra voluntades.

En una ocasión Jorge Luis Borges, el gran escritor argentino, al ser entrevistado por un periodista, al terminar la entrevista se quedaron conversando sobre el lenguaje que existe más allá de las palabras y sobre la inmensa capacidad que el ser humano tiene para entender a su prójimo.

—Le voy a poner un ejemplo —dijo Borges. Y empezó a decir algo en una lengua extraña. Al final, le preguntó de qué se trataba. Antes de que el periodista pudiese decir nada, el fotógrafo que estaba con él respondió:

—Es el Padrenuestro.

—Exacto —dijo Borges y lo estaba recitando en finlandés.

El indígena atravesado a la entrada de Dabeiba me indicó con su actitud que la despedida *uno A* es la muerte. La última despedida, la irreversible, la que más duele. Yo creo que los humanos, antes de morirnos, nos despedimos y hasta los animales también. Hay una corazonada y un instinto que indica la partida. Por eso, los santos olios de la iglesia católica o el alcatraz acompañando al otro antes de la partida final.

Yo he tenido el presentimiento de muchas despedidas mortales. Muchos me han dicho adiós: Pachito Martínez se despidió de mí y lo hizo de la forma más hermosa, a través de una sonrisa, se fue para siempre y para siempre me quedo con su sonrisa perenne. La perra Miel Nerea, antes de que la matara un carro al salir de la casa, me movió la cola y en sus ojos vi el adiós, lo pude interpretar después.

Ahora entiendo los ritos humanos: los velorios, las nueve noches, el llorar despidiendo el difunto, sencillamente, como dicen en Necoclí, no queremos quedarnos solos. Así de sencillo.

Ensimismado con estos pensamientos, apreció por la ventana del bus la llovizna que caía sobre el pavimento al llegar a Mutatá. En esta población llueve de forma diluviana. Las grandes montañas antioqueñas están cerca y permiten este fenómeno. Lo grandioso de todo es que cuando llego a esta población, creo estar en mi tierra y descanso, descanso de los precipicios y del sector comprendido entre Uramita y Dabeiba. Piso tierra plana. Y al fondo se ve la explanada urabaense. Una vez, de tantas, la guerrilla hizo su aparición y nos tocó dormir en el bus toda la noche. Esa vez iba hacia la ciudad de Medellín. Del bus bajaron a un hombre joven de aspecto paisa, se lo llevaron y hasta el sol de hoy. Esa vez pude ver la tristeza de los precipicios humanos en la carretera y la nostalgia de la despedida de alguien que nunca conocí.

Los paisanos empezaron a quedarse en Chigorodó, Carepa, Apartadó, Currulao y Turbo. Todos iban despidiéndose. Mi amigo de silla y viaje hizo lo mismo: un apretón de mano y percibí el olor cobrizo, fétido del alcohol en su boca al decir: «¡Nos vemos, suerte!». Como él, un día se despidieron Marinelda Jordán, se fue para Estados Unidos; Misael Martínez y Daniel Urango, se fueron para Cartagena; el flaco Peña y Fátima Marmolejo, se fueron para Apartadó; Tony Cortez

y Sandra Merlano se fueron para España; Sandra y Lucho Cardales, para Medellín; Julio Medellín, Luciano Medrano, Pachito Martínez y Tripichada se fueron del todo.

En su cuento *Exfuturos*, Héctor Abad Faciolince, gran escritor colombiano, en el libro *Traiciones de la memoria*, dice que, para añadir caos y fantasmas a esta explosión de fantasmagoría, es la vida, el ser humano se inventó el juguete fantástico de la literatura. Y dice que los seres humanos somos insaciables, que hay más personajes en la literatura que personas en la china: queremos presencias, presencias, buscamos evadir nuestra definitiva soledad, no hacemos otra cosa que luchar por no estar solos, y como los vivos no nos dan abasto, entonces vivimos en perpetua conversación con los fantasmas, con el niño que fuimos y con el hombre que ya no seremos.

Despuntaba el alba en la punta de Caimán Nuevo. Pude ver la mar naciendo al día, la plenitud del golfo de Urabá. Un halo de fragancia marina llenó mis pulmones. Eran las 6:00 de la mañana y la recta de la carretera de los indios Cuna conducía a Necoclí. El bus llegó a las 6:30 de la mañana. Nereyda Pájaro, mi mujer, me esperaba en casa. Toqué la puerta y ella me abrió. La besé, la abracé. Ella hizo lo mismo y sentí el mismo abrazo de Guiner en la terminal. Fue un instante de éxtasis. En ese momento escuché que sonaba en la radio una canción del cantante español Nino Bravo que decía:

Al partir un beso y un adiós,
un te quiero, una caricia y una flor,
es ligero el equipaje, para tan largo viaje
las penas duelen en el corazón.

Más allá del mar habrá un lugar
donde el sol cada mañana brille más,
forjarán mi destino, las piedras del camino,
lo que nos es querido siempre queda atrás.

Guiner Cardona quedó atrás y yo lloré en silencio, sin que Nereyda Pájaro se diera cuenta.

Desilusión

Neguill, quiero verte antes de morir, apenas te vea me muero.
Ya mi sangre está sembrada en ti, mi aliento te entregué.
Te dejo mi hidalguía, mi sentimiento amoroso; te dejo mi ser, todo, todo, todo.
Ven, ahora, hijo, abrázame que ya estoy muerto, yerto y frío; abrázame que ya no estoy.

Nieto, fui el cantor de ilusiones. Canté por tierras ajenas, buscaba la alegría.
Anduve en valles, montañas, sabanas; por la vida anduve lleno de impresiones.
Viví a plenitud amores escondidos, amores con sentido, vida fructífera y abonada.
Me voy por el camino que tenía que recorrer, el camino sin regreso, del cual viene la tonada.

Neguill, esperé tu presencia, aferrándome un poco a este mundo, a un sueño.
Me diluía en mañanas y noches tormentosas. Solo el pájaro que vuela conoció mi dolor.
Venía surcando el mismo aire de mi partida.
Hubo un encuentro en mi pensamiento, nos cruzamos como aves; tú venías, yo ya iba.

Hijo, los pájaros seguirán surcando los cielos; tú eres mi herencia, mi querer.
Debes seguir la huella que un día te mostré a través de tu madre, que es mi ser.
Cuida el palo de guayabas que en tu patio sembré, es símbolo de nacimiento.
Yo no he muerto, me fui mostrándote un camino que guiará tus sentimientos.

Anhelo abrazarte, anhelo escucharte, anhelo verte, el vértigo de la muerte así me lo decía.
Déjame partir con la alegría de esa ilusión. Todos los días se empieza en el corazón.
Dile a Celmira que cada día la quiero más, como en el mensaje de la tablilla.
Que busque alegrías, que eso fui yo; que se consuele en mi amor, que él aún le brilla.

Se fue el cantor, se apagó su voz; que ahora trinen nuevos pájaros.
Vine a la tierra de la cual me voy volando hacia el horizonte.
Tus lágrimas, Neguill, mojaron mi rostro... me sanaste.
No llores más, diles a todos que voy feliz, que ya vino Dios a sellar este contrato.

UNA NOCHE MÁS

A Lucho Gómez (Cabeza), Jorge Peña (el Flaco) y Francisco Martínez (Pachito), Forjadores de mi juventud, gente que tiene sabor a sal marina, como Misael Martínez, con quien conocí lo que es ser amigo.

La tarde rodaba tranquila bajo el manto quieto del atardecer portuario. Guillermo caminaba sin cuidado por el pueblo con tranquilidad pasmosa y sombría. El vaivén de su andar y la vegetación cercana lo confino en transmundanos pensamientos. Admiraba la vida —se decía—. Quería realizar cosas que su juventud le quitaba. Se embriagaba en soledades y a menudo en el alcohol, quizás matando el tiempo o el tiempo matándolo a él, pero su vida era un rodar de ilusiones callejeras.

Lucho Gómez, más conocido como Lucho Cabeza, viejo amigo de parrandas e ilusiones le dijo al Flaco.

—¡Hey, viejo Cofla, coja usted el ancla, vale!

—¡Mierda! Este man si es flojo, vale.

En ese momento la mirada perdida de Guillermo encontró vida, sonrió burlón y se acercó al lugar donde se organizaban los implementos de pesca. Era un sitio bastante típico de aquellos que invitan al cuchicheo entre amigos del mar, rodeado de frondosos almendros, cocoteros y un apacible árbol de mango del cual pendían hamacas hechas con el mismo nylon de las redes y del cual brotaba una abrazadora sombra tropical.

Lucho Cabeza es un tipo de buena estatura, moreno, de esos que su estadía en el mar les da un aspecto de forzudos, piel reseca, barba frondosa y áspera, manos amplias y fuertes, cabellos desordenados y un hilo de esperanza y de paisaje en su mirar candente, como un sol caribe de medio día durante el mes de enero.

Con el motor en hombro, un fuera de borda de cuarenta caballos de fuerza de color gris plomo, una cabuya en la mano, una totuma para achicar el agua que entra a la chalupa y una olla en donde lleva arroz con coco y pescado frito, parte rumbo a la playa.

Guillermo le sonríe al encuentro.

—¿Y qué, viejo Memo, vamos a pescar o qué? —pregunta Lucho Cabeza.

—Ah... listo —contesta Guillermo.

—Cojé ahí los canaletes, pues, y vamos —dice Lucho Cabezas.

Con semblante incrédulo Guillermo, que andaba de tenis, pantaloneta y con camiseta en el hombro, aceptó la invitación.

El Flaco, cuyo nombre es Jorge Peña, es el hombre de confianza de Lucho Cabeza en todas sus peripecias de mar y tierra y hasta en el aire; son buena yunta, de impacto da la sensación de pesadez, de tranquilidad, de ser flojo, pero cuando entra en labor acaba con aquel cuento de la pereza caribe.

Se van a la playa. La arena es bastante polvorienta, blanca y miles de cristales brillan en un son multicolor al recibir los rayos del naciente crepúsculo. En la chalupa se organizan los aparejos desde ancla, trasmallo de cale y motor, hasta los hombres que, en danza cotidiana, merodean la playa en busca de un vivir que se encuentra allá en el fondo de la mar.

Apostados a lado y lado de la chalupa la danza continúa hacia el mar. Llega a su aposento y revive la esperanza de un luchar pueblo pescador.

El motor se enciende roncando estrepitosamente como señalando el presagio de una tormenta, entre charlas y vaciladas de ambiente de toda la concurrencia.

Lucho Cabeza le había dicho a Francisco Martínez en la playa que se diera la vuelta por el otro puerto si quería ir a pescar, ya que su tío don Tomás Pájaro, que era el dueño del equipo de pesca, un veterano representante del típico costeño hecho a punta de la rudeza de la tierra caribe, conservador de su vivaz elocuencia y pertinaz alegría, no quería que fueran más de tres pescadores.

Así sucedieron las cosas. Se van los tres pescadores con uno más que quería hacerse a la vida del mar.

Serían las tres de la tarde cuando todo empezó en este viaje. Al alejarse la chalupa de la costa, el poblado se iba haciendo cada vez más pequeño, hasta el punto que desapareció como por arte de magia, quedando atrás solamente agua y serranías azulosas a lo lejos que dibujaban igual que las nubes graciosas figuras a sus antojos. Entre ellas, Guillermo pudo ver en la nebulosa de su conciencia un remolino gigantesco, negruzco que pronto desapareció y que no tuvo importancia. Había silencio y el viaje hacia el sitio de ceba pesquera transcurrió entre la admiración de aquel nuevo pescador y su encanto por las cosas del mar.

Una vez organizadas todas las labores de calar las redes en la ensenada de Río negro, a eso de las seis y media de la tarde, los tres pescadores y el aprendiz se dedicaron a disfrutar de su plato de comida tropical. Se dieron algunas conversaciones sobre el oficio y comieron hasta jactarse como buenos costeños.

Cerrada la noche, Lucho Cabeza, con una sonrisa burlona apretando un cigarrillo con sus labios, dispuesto a encenderlo, murmuro lo siguiente:

—Ah, viejo Memo, ¿usted había pescado antes?

—Que va, viejo Lucho, es la primera vez que yo me retiro tanto de mi casa por el mar.

—¡Mierda!, viejo Memo, si le contara. Vea, no es por meterle miedo ni por nada, pero, vale, el mar es jodido y cuando se emberraca hace lo que le da la gana.

Mientras conversaban, la chalupa flotaba en su basto lecho marino, amarrada al trasmallo dejándose llevar a la ronza. Cada uno de los pescadores organizaban su momentáneo dormitorio, en el cual se abrigarían con plástico de polietileno negro y algunas mantas. En aquel sitio la brisa era ligera y fría, salpicada por algunas gotas de agua que mojaban los fogosos cuerpos ávidos de sueños y aventuras marinas.

—Viejo Memo —dice Lucho Cabeza—, no es lo mismo cantarle a la inmensa belleza del mar de día usted que es poeta, que a una pavorosa noche de invierno caribe. A esta solamente le cantamos nosotros los pescadores que vivimos con ella y nos congraciamos entre sí.

—Vea, viejo —dice Lucho Cabeza—, un día después de haber llevado una marihuana de Necoclí a la otra costa, en el tiempo de la marihuana y que esto estaba bueno, cuando regresaba, yo venía feliz, me había ganado un buen billete, pensaba en comprarle ropa a mi hija, a mi mujer, pensaba en el pueblito y divertirme con ustedes, vale. ¡Mierda!, de pronto todo se oscureció, no veía nada, se me perdió el rumbo. ¡Oiga, me perdí! Imagínate, uno solo atravesando el golfo y perdido. Me venían a la mente tantos pensamientos. Me imaginaba que aquello era obra del diablo por mi pecado de estar trabajando con marihuana, pero inmediatamente surcaba velozmente

otro pensamiento que me indicaba las bondades económicas de este trabajo y me deba cuenta de que en el pueblo todos lo hacíamos, como trabajo que ha sido y que lo demás eran interpretaciones.

»En medio de la oscuridad, creía que mi chalupa se iba a partir en dos y me asaltaban una cantidad de vivencias juveniles, de origen más bien fantástico como que iba a ocurrir una erupción volcánica en medio del mar, en la cual yo estaría en el centro del cráter y me pulverizaría. Pensaba caer al agua e inmediatamente me tragaría un dragón o ir saliendo del agua para subir a mi chalupa y un gran pez me partiría en dos.

»Pero lo que más me atormentaba era que por ser tiempo de semana santa, que habíamos aprovechado para el tráfico de la droga por el recogimiento de la gente, me venía la sanción de naufragio. Ya que años tras años, ustedes saben, por la imprudencia de los cachacos de no respetar los días santos se ahogan dos o tres de esos carajos. Mierda, hermano...».

—¿Y qué hizo, viejo Lucho? —preguntó Guillermo.

—¡Qué va...! ¿Y qué iba a hacer? Al principio sentí miedo, echee, pero no llovía, no había viento, no soplaba nada, no sabía qué pasaba, hermano; no sé qué fenómeno ocurría y eso que yo me conozco todo este golfo y sé de vientos, brisas y más, pero esa vaina, no sé qué fue, viejo. Seguro que no sé qué fue. Algún día me daré cuenta de que fue lo que pasó, porque yo prometí investigar esa vaina.

Y entonces continua el Cofla, quien había escuchado la narración entre el asombro y lo incrédulo con la mano apoyada en la barbilla.

—¿Y que hizo, viejo Lucho?

—¡Ajá¡ —dijo Lucho Cabeza—, ¿y qué iba hacer? Me calmé, no sabía para dónde coger y no podía ponerme a gastar gasolina. Hermano, cogí mi ancla, la eché al agua, cuadré mis

tablas en la chalupa y me acosté. Cuando desperté sobresaltado de un mundo de ronquidos y sueños, me sorprendí, miré para todas partes y me di cuenta de que la corriente me había sacado del golfo, pero conocía la serranía costera, y así prendí el motor y para el pueblo, mi hermano.

Guillermo, entre ilusorio e impávido, pregunta:

—¿Y por qué se cerró así la tarde, viejo Lucho?

A lo cual Lucho Cabeza contesta:

—Viejo Memo, el mar, le estoy diciendo, es jodido de noche, no sé por qué, vale, pero de día casi siempre es tranquilo y amplio, pero de noche casi siempre cambia y son muchas las cosas que pueden suceder.

Lucho siguió contando una serie de historias de vivencias marinas, entre las que eren verídicas, fantásticas e ingeniosas. Los pescadores se quedaron dormidos con la historia del barco fantasma.

El silencio lo había opacado todo en aquel solitario paraje de zona pesquera. A eso de las doce de la noche, Lucho Cabeza, que seguía perdido en la penumbra, aspirando un fuerte cigarro y perdiendo el pensamiento, escarbándose las ideas por las cosas de la vida, llamó a sus compañeros a realizar la primera operación de revisar el trasmallo. Halaron alrededor de quinientos metros de brazadas sin encontrar pez alguno, solo suspiros y ensoñaciones.

—¡Carajo! —dijo Lucho Cabeza—, esta vaina me huele a otra cosa, debe ser que ese hijueputa barco anda por ahí, porque de no ser así, ya hubiéremos cogido así sea aguamala.

Acababa Lucho de decir su argumento, cuando el viento fue volviéndose pesado. Inmediatamente se vino un temporal con viento y agua. Los escuálidos pescadores quedaron petrificados ante el cuadro que se presentaba ante sus ojos.

Un enorme barco, con grandes reflectores que enceguecían, se abalanzaba hacia ellos con ímpetu amenazante. Una vez casi encima de la pequeña chalupa, desaparecía quedando todo tranquilo y a oscuras, para volver a reaparecer a lo lejos, encaminarse nuevamente hacia la pequeña embarcación, formando un gran oleaje y nuevamente desaparecer.

Era de un color gris plomo y se parecía a los galeones ingleses de los primeros tiempos. En él no se veía ser viviente alguno y cuando aparecía era abrazado por un resplandeciente fuego que quemaba. Muchos pescadores de la ensenada de Río negro lo habían visto, ente ellos los Villegas, Abrahán y el viejo Pórtela y argumentaban que era el espíritu viviente de un viejo pirata que apareció hace muchos años por estas costas y naufragó al cruzar por Punta Arenas.

Desaparecido el barco, los impávidos pescadores empotrados de cualquier forma, abrigados con plásticos de polietileno, temblando de frío y miedo, titiritaban su indefensa situación.

El flaco Jorge, Alias el Cofla, que bastante pendiente de la sentencia que Lucho Cabeza había plasmado en sus cerebros, sobre la adversidad de las noches marinas, se sobresaltó.

—¡Hey, viejo Lucho, nos hundimos, mi hermano!

Todos desesperados gritaron al unísono:

—¡Mierda!, si la chalupa esta chavada de agua.

—Achique, viejo Memo —grita Lucho Cabeza.

Guillermo, en ese momento, se acordaba del remolino gigantesco negruzco que pronto desapareció en la nebulosa de su conciencia al iniciar este viaje y lo relacionaba con este momento.

—Rápido, viejo Memo, que nos estamos hundiendo, vale, achique, achique.

—Viejo flaco, vamos a halar esta vaina —dice Lucho.

—¡Hey!, Pacho, cogé el canalete y tratá de cuadrar la chalupa.

Pero en ese momento cuadrar chalupa significaba ponerla en cualquier dirección. Era tanto el contraste del viento y de la mareta, de la oscuridad de la noche y de la desenfrenada lluvia, que todo aquel paisaje de quietud y ensoñación marina se transformó en una árida y bestial lucha entre el hombre y la naturaleza.

Mientras Lucho Cabeza y el Cofla halaban el trasmallo, Pacho reencuadraba la chalupa y Guillermo la achicaba. El azote natural seguía su lección. Ni la ilusión perdida de Guillermo escapaba a aquel naufragio. Su cuerpo se convulsionaba. Quiso encomendarse a Dios, pero una vieja idea de rebeldía hacia él le creaba un sentimiento de culpa y quizás en su mente quedó un trance entre sí y no. No hubo decisión que se recuerde. En sí, pensaba decirle a Lucho que mocharan el trasmallo que, por cierto, tenía más de setecientos metros de largo, lo dejasen en el agua y se fueran; pero oía tartamudear a Lucho diciéndole al Cofla que ese trasmallo no lo podían dejar perder.

—¡Hale!, viejo flaco —gritaba Lucho a unas manos que empezaban a suministrar sangre al agua.

El lapo de agua continuó, se recogió el trasmallo. La chalupa quedó casi totalmente achicada y quizás reencuadrada en cualquier dirección, pues la luz del pueblo, que da un reflejo en el firmamento, que orienta a los pescadores en las noches rionegreras, hacía mucho rato que había desaparecido, lo mismo que la luz del faro. Todo era tinieblas.

—¿Y ahora qué? ¿Para dónde vamos? —dice Lucho Cabeza.

Hay silencios y miradas perdidas. Lucho comenta:

—Si me pongo a dar vueltas, se nos acaba la gasolina y es peor.

—Estén pendiente cuando relampaguee, por si de pronto ven la costa.

Caras largas, desconciertos, intranquilidad y un matiz de desesperanza, hasta cruza por las mentes empapadas de agua la posible pérdida y con ella, el naufragio. Se piensa en dónde se puede estar. Si la corriente los sacó del golfo, están en mar abierto y a cualquier lugar de la tierra pueden llegar, si es que llegan. Hay frío y tensión.

En un gran relámpago el Cofla grita:

—¡Mi hermanito, allá está el faro! —Y señala hacia la luz tenue.

—¿A dónde? —grita Lucho.

—Espera, espera, que relampaguee para que veas —argumenta el flaco.

—¡Ah, sí! —Es el grito esperanzador de aquellas miradas.

—¡Compadre, hale el ancla! —Le grita Lucho a Pacho—, vamos para el pueblo.

Aquel necio y aguerrido pescador ya sabía qué rumbo tomar. Renació la esperanza y las inclemencias naturales siguieron acompañándolos hasta el pueblo. Y en las redes la vida, que aquellos pescadores esperaban en el puerto, no se hizo ver.

Fue una noche más.

POEMAS A LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

Malecón de las Américas

Eres, Necoclí, la playa de vida perenne,
sitios de recuerdos borrascosos, indelebles:
la Punta, el Pescador, Mar verde, la Hojarasca,
Calle Miramar, Rafael Julio, el Matadero;
la Boquita, paseos en balsa, isla de los politos.
Playa sin fin de esteros y cocoteros,
vas creciendo con la mar y la marea.
Otrora manglar de amores furtivos,
ahora el cemento te cubre y fulgura
para que nuevas generaciones
de historia en tu malecón alardeen cultura.

Convertida en Avenida de las Américas,
mundanal ruido desespera.
Lanchas motora, besos salados.
El pescador artesanal va por la ensenada,
el alcatraz y la gaviota, por la enramada.
Del Atrato la madera leña se vino,
formadora de economías pueblerinas,
ennoblecen tu belleza las farolas citadinas.

Bajo la sombra de los cocoteros y almendros
los viejos pescadores, en ensoñación,
tejen y tejen las esperanzas de un pueblo
que ve con orgullo caribe el malecón.
Desaparecieron las caracuchas,
se fue el cangrejo azul,

tus nuevos hijos ya no comen
el icaco en su esplendor.
Los chorlitos ya no corren su alegre danza,
dejaron de jugar con las olas en la playa,
por la presencia humana en lontananza.

Malecón de las Américas,
500 años forjaron tu leyenda:
españoles torturando al indígena.
Paga de una ignominia que da pena.
Rastro de playa curvilínea,
ya no hay moros en la costa,
se fueron para siempre de la arena,
para siempre vendrán en la atarraya.

LA MANDA

Los personajes que habitan el territorio necocliseño son dignos de admiración: el Chispas, Copita 01 y el Migue, entre otros, así serán.

Tanto el Chispas como el Concha de cocos, terminaron borrachos el viernes santo en Necoclí y Mompox, respectivamente.

Al Chispas la silla de material en cemento le sirvió de cama y cobija en el parque, frente a la Iglesia de la Virgen del Carmen, de Necoclí. En otra banca, construida en el mismo material y con la misma forma, se arrullaba el Concha de cocos, en el Parque Sucre, frente a la Iglesia de San Francisco de Mompox.

El ñeque que bebían era barato y en la etiqueta de la botella se leía una sentencia: «El exceso de alcohol es perjudicial para la salud». Con el Chispas se habían embriagado Copita cero uno, el Migue, Lázaro y pare de contar. Con el Concha de cocos estaba el combo del Mello, Callito, el Tigre, Ojo de vidrio y tantos más. Lo que me llevó a recordar otra sentencia del escritor francés Antaine de Saint-Exupery, en su libro *El principito*: «La tierra no es un planeta cualquiera, cuenta con siete millones y medio de borrachos y unos dos mil millones de personas mayores».

Como se habían emborrachado no pudieron pagar la manda (la peregrinación) y el castigo devino era inminente. De los siete viernes santos que había prometido el Chispas

asistir a la procesión sin cortarse el cabello, le faltaron tres; al Concha de cocos, bajo los mismos viernes santo le faltaron dos. No asistió a cargar, vestido de nazareno, el pesado mueble con el sepulcro del Señor.

—¡Qué vaina! —dijo Mélida Coneo—, eso es asunto de Satanás —mientras iba pasando las semillas de su camándula, orando musitadamente palabras poco entendibles, alguien a su lado, vestida totalmente de negro, le dijo:

—El viernes santo es el viernes santo y uno no puede estar prometiendo mandas para no cumplir. Te acordarás de mí.

Como personas mayores, el señor Víctor Serrano y el expresidente Samper, ese mismo día, su manda en Mompox consistía en el disfrute de un concierto espectacular de música sacra y clásica a las diez de la mañana en el templo San Juan de Dios. Luego asistirían, a las seis de la tarde, a la solemne procesión del Santo Sepulcro, acompañado de la Virgen de la Soledad, que saldría del templo de San Agustín y terminaría en el templo de San Francisco.

Como personas mayores, ese mismo viernes santo, el exalcalde de Necoclí, Ismael Porto y el alcalde, Edison Yanes, paseaban por España en manda por los 500 años de historia de Necoclí, mientras la procesión salía del nuevo hospital San Sebastián de Urabá, hasta la parroquia Nuestra Señora del Carmen.

Mompox está a orillas del río Magdalena, en el departamento de Bolívar; Necoclí, a orillas del mar Caribe en el departamento de Antioquia. Dos pueblos cargados de historia, de identidad cultural parecida y con un toque de religiosidad propio de la cultura Caribe.

—¡Qué ironía! —dijo la mujer totalmente vestida de negro—, cada cual paga la manda a su estilo de vida, mientras

el Chispas y el Concha de cocos se ahogan en el alcohol, a otros Dios les fortalece el espíritu como personas mayores.

Había que hacer nuevamente la vaca o pedir un poco de limosna en la procesión para comprar el ñeque. «Esta vida no tiene regreso —pensaron ambos allá y acá—, terminaremos cargando nuestra cruz».

Eran las diez y cuarenta y cinco de la noche cuando se dirigieron al cementerio del pueblo, dando tumbos y traspiés como en la procesión Momposina. Llegaron a las doce en punto. La honda herida que llevaba el Chispas en la cabeza era la misma del Concha de cocos en los pies; el uno por cortarse el cabello y el otro por no haber cumplido de nazareno.

Desde el río Magdalena se vino una brisa suave, pero tan fría que penetraba hasta los huesos, y en remolino llegó al cementerio. Del mar Caribe se escuchó un estruendo de tempestad que anunciaba algo sobrenatural en el cementerio Necocliseño.

La voz que anunció el despertar de la borrachera les dijo en la noche totalmente oscura de abril:

—Quítate la aseguranza que tienes en el hombro del brazo derecho.

Viajando entre nubes no podían recordar la oración que les había enseñado su abuelo para protegerlos de todo mal, hechizos y brujerías en este mundo.

—Compadre Goyo, está en esta o en la otra —preguntaron al unísono el Chispas y el Concha de cocos.

—Saben ustedes, Chispas y Concha de cocos, que yo pertenezco a la otra —dijo compadre Goyo. La gusanera aquella que deambuló por sus casas durante tres días, y que todo lo que tocaban le caía gusanos de una vez, es preludio de no pagar la manda; porque aquella señora desconocida que pasó mirando fijamente a sus casas, había enterrado tierra de

cementerio sacada un viernes santo a las doce de la noche, revuelta con sal y los pelos del Chispas y el Concha de cocos para crearles un mal.

—Compadre Goyo, por el sacramento que nos juramos aquel día en la iglesia, el día de la Santísima Virgen del Carmen, cuando bautizó al menor de los pelaos, ¡sáquenos de esta!

—¡Ay!, Chispas y Concha de cocos —dijo Goyo con voz de ultratumba—, prendan las siete velas y los siete cirios que dejaron de prender el viernes santo por andar bebiendo. Recuerden que sus mamás murieron en una agonía con las carnes podridas en el cuerpo y cuando exhalaron el último aliento, pronunciaron las palabras: «Señor caído». Inmediatamente de sus cabezas salió un enjambre de miles de piojos que le recorrieron todo el cuerpo. Es tu manda no cumplida.

El sábado de gloria las personas mayores celebraban en sus pueblos la gloria del Señor y muchos de ellos pudieron ver al Chispas y al Concha de cocos, que venían del cementerio, alegando por la tercia de ñeque que les dio un turista que pasaba en la mañana por el cementerio y que les cantó este poema.

POEMAS A LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

CANTO A LA TRISTEZA EBRIA

Yerto sobre el pasto estéril del suelo universal
roncaba sin sentido mi vaguedad humana.
Miraba en la profundidad del sueño
la creatividad de la vida en el universo.
Quise ser poseedor de la ternura de la noche,
y me embriagué en la soledad de mi tristeza.

Falto de voluntad caminé divisando la madrugada campestre.
Ensopado en la llovizna naciente me reí y quise llorar.
Venía desvanecido en mí ser, en mi orgullo personal.
Dando tumbos, traspiés y vociferando mi locura,
era yo un sin sentido de la podredumbre social,
que no tenía flores, matices de colores, ni valor universal.
Era la locura más bestial de proeza y la virtud.
Era el canto del eco seco en la pared y nada más.

Perdido en el alcohol y vejado social
me senté a mirar la oscura noche,
no encontraba soluciones a mis voces.
Me abrazaba una ansiedad más profunda que la noche,
escuchaba cantos nocturnos,
escuchaba música sin son de cosas fantasiosas, de andantes de la noche su compañía equivocada
cercenado por el rayo, fui partido como el cielo.
Pulverizado en mil pedazos, caí desvanecido.

Yerto sobre el pasto estéril del suelo universal
miré las estrellas que titilaban sin cesar.
Una aureola de imágenes volátiles
fueron nublando mi razón,
y me hundí en los agujeros negros del espacio sideral.
Busqué en esa profundidad infinita
los círculos que amarran la vida,
y en cíclicos movimientos quedé sin valentía.

Loco en mi locura naufragué en los brazos de Morfeo.
sin saber de sitio alguno, de mujer desnuda, ni de mariposas en aleteo.
La sombra abrupta de la noche,
fue mi toldo y mi aposento.
Especial fue la brisa matutina,
que susurraba la canción del dormido.

La verdad de los sueños encontrados ya no era la de antes.
El choque enérgico y fugaz de las fibras cerebrales lo destruyó todo por completo.
Moribundo de la vida, frágil cual brizna inmaterial.
Fui fiesta en corraleja, canto de bullerengue y sabor a coco celestial.
Fui un sueño, nada más, que cerró con la borrasca,
los sueños infantiles del ayer.
No fui mis primeros juegos ni fui el sueño de mi madre.
Anduve en la penumbra más sutil, sin temor,
yerto sobre el pasto estéril del suelo universal.

Hijo, levántate que despunta el alba y pareces un paria de la fiesta.
Te volviste el cosmético más apetecido de la feria.
¿Qué ha pasado con tu don de hombre sabio en Dios?
Quedaste relegado como el canto sirenal,
perdido de eco en eco, ataviado al bulevar.

Me voy por la calle desolada, muerto en la vergüenza de mi yo,
a llorar mis penas tristes, a cantar mi tormento al sol.
Ya no hay lágrimas del alma, hay penas del desierto,
hay oasis de ternura y un filamento de esperanza.
Me paré en mitad de la calle a gritar mi locura bohemia,
quería desgarrarme por dentro para cambiar mi humanidad.
Solamente la voz sollozante de mi madre, mujer, e hijos construyo en mi atardecer el amanecer de la esperanza.

Renacido en mi cama de enfermo,
escuché aquellos gritos que clamaban,
y pedí que me escucharan.
volví los ojos al cielo,
y en las alturas me encontré gritando a los cuatro vientos:
yo soy, yo puedo, todo por mí y el amor.
Yerto sobre el pasto estéril del suelo universal,
era yo un sin sentido de la podredumbre social,
era la escoria, la basura y nada más.

EL GATO ARAÑA CULO

A mis campesinos cordobeses que habitan la campiña Necoclíseña, su folklor, su cultura, me permitieron beber en las aguas de la identidad caribe. Soy porro Sinuano.

Para Jafet Mosquera y Jorge Correa la jornada de trabajo, ese día, transcurría como todos los días, hasta que el gato araña culo hizo su aparición.

El viejo sesentón que llegó a la oficina, como todos los clientes, buscaba solución a una de las triquiñuelas que define la contaduría pública; pero ese día, don Tomás Buendía, no pudo solucionar su problema por la presencia del gato araña culo.

La oficina está ubicada en la calle de la iglesia, tiene dos compartimientos: uno para Jafet y otro para Jorge, quien siempre recibe la clientela sentado, muy cómodamente, frente a su computador. Jorge ordenó a don Tomás que se sentara, mientras su compañero de labores despachaba al otro usuario del servicio.

Don Tomás Buendía tenía aspecto de personaje cordobés, de esos que habitan la campiña Necoclíseña. Alto, un poco delgado y con sombrero vueltiao; vestía como campesino sinuano Necocliseño y miró hacia la silla; ahí estaba el gato en el asiento del mueble. Mientras Jafet conversaba con su cliente sobre la legalización de la Cooperativa Pesquera, don Tomás miraba a Jorge un poco indeciso y desconfiado.

En el computador de Jorge sonaba muy quedo la canción del cantautor brasileño Roberto Carlos Un gato en la oscuridad, y Jorge volvió a insistir.

—Don Tomás, ¡siéntese!

Para ese mismo tiempo, Nereyda Pájaro había comprado un cubrelecho muy bonito que lucía perfectamente sobre su cama. Daba una agradable sensación romántica en la habitación, porque tenía un cielo estrellado, con un azul intenso y unos ositos pandas que sacaban la manito derecha y mostraban sus garras.

La mañana de octubre, cuando por mis responsabilidades rectorales, entre a la oficina de Jafet Mosquera, era uno más de sus innumerables clientes, ya que él llevaba la tesorería y contaduría de los fondos de servicios educativos de la Institución Educativa Eduardo Espitia Romero.

—Don Tomás, ¡siénteše! —Volvía a insistir Jorge Correa, pero el viejo daba vueltas y miraba el gato en la silla.

Los ositos panda del cubrelecho de Nereyda Pájaro se veían inmersos en un paisaje de pinos propio de la china, adornado con soles y medias lunas que tenían caras humanas; lo abullonado de la cama invitaba a acostarse y soñar con la felicidad.

—Buenas —dije al entrar en la oficina.

La canción de Roberto Carlos ya terminaba, pero pude, por las notas musicales, saber que era ella. En Colombia uno siempre tararea esas canciones por ser de la generación de los 70. El hombre Caribe es muy romántico, con sensibilidad bolerista, pero, además, por cultura nos pasa lo de don Tomás y el gato.

—¡Por detrás ni mierda! —dijo don Tomás—. ¡A mí me respeta!

Jorge quedó impávido. Estupefacto y sorprendido miraba a don Tomás, quien le dijo:

—Tú estás como el cuento que le sucedió a mi compadre Román, que vino roto de Apartadó después de una revisión de próstata. Lo rompió el médico cuando lo revisó con el dedo índice de la mano derecha. No se puede bañar en el mar con el agua al ombligo, porque es mucho el barbullo que le sale, ¡conmigo no! —dijo don Tomás.

Jafet terminaba de atender al señor de la Cooperativa Pesquera que venía del Roto, en las bocas del Atrato. Se habían organizado con aportes de una ONG y él les llevaba la contabilidad; cuando lo despidió le dijo:

—Tráigame un gatico que yo también como.

La intriga de don Tomás al escuchar esta expresión fue total y lo confundió aún más.

—¿Qué más, Jorge? —Volví a saludarlo.

—Nooo, aquí... bien, diciéndole a don Tomás que se siente, mientras el jefe termina, pero se montó en un video todo raro y no se quiere sentar.

En ese momento escuché a Jafet que le dijo al señor del Roto:

—A mí también me gustan los gatos (especie de pescado barbudo), ¿cuándo me va a traer unos?

—Ahora que vuelva —respondió y terminó diciendo—, se los dejo con Jafet.

—Vea, don Jafet —dijo Tomás Buendía con voz seca y ronca—, no sé qué es lo que está pasando; si es que me están mamando gallo, me voy. Yo conozco mucho de este mundo y, ¿quiere que le diga una cosa?, ahí donde está ese gato, no me voy a sentar.

De adolescente don Tomás Buendía vivió una experiencia en su casa que le causó fobia hacia los gatos. Por las precarias

condiciones económicas en que vivió, la maleta de su habitación, donde guardaba la ropa, era una caja de cartón de Aguardiente Antioqueño. Guiado por los consejos de su abuela, sagradamente y con mucha dedicación, guardaba, doblaba y acomodaba sus prendas de vestir en la caja.

Cierta mañana, que iba para el colegio, cuando se fue a vestir, la gata de la casa, que estaba preñada, había parido dentro de la caja, sobre su ropa. El espectáculo era tan grotesco a su vista, pues todo estaba lleno de sangre, manchas, gatitos maullando y ropa sangrada y desarreglada.

Con nauseas corrió a donde su mamá a contarle lo sucedido y de ahí en adelante quedó con dicha indignación.

Poco tiempo después su primo, José Peña, le contó una tarde que su mamá le había servido la comida y la dejó destapada sobre la mesa. La gata se le comió la presa, y este, iracundo, cogió la gata, la echó dentro de un costal, le amarró la boca al saco y lo tiró a la quebrada que estaba crecida y pasaba cerca a su casa.

Pero don Tomás tenía muchas previsiones con los gatos. En sus noches de desvelos, en plena oscuridad, escuchaba los maullidos siniestros y le parecían de ultratumba. No lo dejaban dormir. Había escuchado, de niño, tantas historias de gatos negros para brujerías y hechizos, pero lo que más le llamaba la atención era que el gato tenía espinas en el pene y cuando penetraba a la gata, al sacar el miembro, las espinas se abrían y rasgaban el interior de la gata. Lo que producía el quejido nocturno del animal.

—Don Jafet —dijo Tomás Buendía—, ¿usted conoce la historia del gato Beppo, de Jorge Luis Borges, el gran filólogo y escritor argentino? ¿Sabe usted que él murió ciego y que tenían que quitarle su amado gato para que no se sentara encima de él en el mueble? Pues, mire lo que dice Héctor Abad

Faciolince, destacado escritor colombiano, una vez que visitó al escritor Borges en su casa de Buenos Aires: «Hay pinturas por todos lados; y retratos. Me quedo mirando un original y una copia. Quiero decir, hay un gato sentado en el sofá, un gato real, y ese mismo gato está pintado en un cuadro encima del sofá. No sé cuál de los dos se muestra más indiferente a mi presencia y mi visita».

»Sabe usted que muchas personas, que visitaron a Borges en su casa, lo recuerdan acariciando un gato blanco que ronroneaba en sus piernas, era Beppo. Y Jorge Luis Borges decía: "Entre los justos está el que acaricia un animal dormido". No se olvide». —Insistió don Tomás Buendía, que seguía sin poderse sentar, mirando el gato en la silla.

—Yo acaricio un gato vivo —dijo don Tomás—. Pero le dijo una cosa, don Jafet, la sensación psicológica que voy a sentir sentándome en esa silla, no es la misma si acaricio el gato con mis manos. ¡Es que por detrás ni mierda! —dijo don Tomás—. ¡Yo soy un hombre!

—Pero es que no le va a pasar nada, don Tomás —dijo Jafet.

Jorge Correa se reía burlonamente, y decía:

—Vea, pues, en la que se montó este señor.

Jafet se sentó en la silla para que don Tomás viera que no pasaba nada. Don Tomás preguntó:

—¿Y qué siente, don Jafet?

—Nada, nada —dijo Jafet.

—Ajá, y ¿por qué se mueve?, ¿por qué no se queda quieto? —dijo don Tomás—. Me imagino que es mucha la picazón que siente. ¿O es que las espinas le vienen rasgando por dentro?

Jafet se paró de la silla y nuevamente le ordenó a don Tomás que se sentara.

—¡Ni por el diablo! —contestó don Tomás—. A mí ese gato no me va a joder por detrás.

De la misma felpa que está hecho el cubrelechos de Nereyda Pájaro con la pintura del osito panda, está cubierta la silla unipersonal de la oficina de Jafet y es el mismo osito panda que tiene su mano derecha mostrando sus garras, que si don Tomás Buendía se sienta, lo rasga por dentro y le araña el culo.



POEMAS A LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

Tramo vial Necoclí-el Totumo

Apareció ella, como dice William Ospina,
estuvo aquí hace poco, como una diosa en fuga.
Viajando en mi camioneta, vino la sagrada imagen,
en la tarde solemne los dioses me dieron
clarividencia.
Al lado y lado de la vía esplendor natural,
árboles de matarratón, ciruelos, mangos, cocoteros,
la quebrada de Emilio, agua hacía la playa y el estero.

Cedros, robles, guayabos, ceibas y arracachos,
pastizales para el ganado, el vaquero Chavelo,
recorriendo potreros,
aguas turbias del río Bobal, ícono de la tierra;
mamoncillos, guácimos, churimos, limoneros,
espectras sombras caprichosas sobre el pavimento.
En cada figura una geometría de tierra y el viento.

Tekas, campanos, cultivos de maíz, yuca y arroz,
espejo de agua con Lotus deslizantes y saltarroyos.
Más allá inmenso espejo de mar con barcas
transeúntes.
corral para el ganado que recuerda a cachimbo.
Guayacanes, mangles; a lo lejos, balsaminas y jobos.
Montículos volcánicos humeantes del carbón del
algarrobo.

Poblados del Bobal, el Carlos, Casa blanca, el Totumo.
Abetos, indio encuero, cañaguaduas, guanábanos y papayos,
olletos, nonis, corozos, palma de vino, río Caimán.
Brazos de la gran arboleda beben el aire que los mueve.
Centelleantes los rayos solares desvanecen la corpulencia arbórea.
Una nube de insectos se refugia susurrando que están en guerra.

Qué información surca en las aguas del río Caimán,
poseen un idioma que el jugueteo de niños descifró.
Años otrora, muy arriba en sus aguas primigenias,
el árbol de suan, siempre fiel a sí mismo, fue testigo,
y en las tardes como esta, sus aguas fueron festín de infantes.
Y allá se ve la colina del cerro Yoki por instantes.

La tierra de Urabá filtra por doquier plátanos y bananos.
Es una mezcla de potasa que se hiso un día
de leyendas de seres libertarios.
De alcatraces, Maríamulatas, azulejos y canarios,
de tantas hojas interminables caídas de árboles,
del sudor del colono, de las sales de la mar.
De los armadillos, micos, venados, guaguas y el palmar.

Ver correr los árboles en fuga,
vaivén caprichoso de la vida, todo fluye en este tramo.
El hueco del cangrejo husmea la prisa de los árboles.
Se hace la noche con chubasco y nubarrones.
Nazario que está desmandado, crece con emociones.
Y los árboles del totumo encantado crean la leyenda
fiel del poeta angustiado.

EL RECTOR DE LAS CONCHAS DE COCO

A mi amigo inmortal: el rector Vicente Mira Cuello, a su madre Eusebia Cuello. Ellos inspiraron este cuento.

El día que lo acribillaron a balazos fue idéntico al día en que su madre lo parió. Los nueve tiros que penetraron su esencia corporal, sustentaron los nueve momentos dolorificos que tuvo su madre al parirlo. Fue una tarde amugada, cercada por un gris plateado del que refleja el mar a las tres de la tarde cuando se aproxima tiempo húmedo.

Guillermo había nacido en un hogar donde la vida y el silencio de lo desconcertante se atumultuaban con un gran alborozo. Era humilde como todo lo que le rodeaba, incluso todo aquello llegaba a un estado tal que se convertía en inocencia. Su madre, que lo concibió por un infortunio de la vida y el querer desinteresado, se esforzó en todo momento por llevarlo al buen camino, del cual él, más tarde, decía con jactancia:

—El camino de la vida que me trilló mi madre.

Desde pequeño a Guillermo le tocó ganarse la vida, ya que la inframinieconomía familiar apenas si daba para realizar vendajes con lo cual sustentaban el hogar. Como cualquier niño del pueblo tuvo, a punta de imaginación y ensoñación, una infancia feliz.

Desde muy temprano, al despuntar el día, se iba, entre oscuro y claro por unas calles pedregosas y amplias que terminaban en la playa, a cargar maletas por un peso, desde la

playa al centro del poblado. De los pocos viajeros que quedaban por su tierra a la cual él decía, a su temprana edad, que amaba con una sinceridad y respeto comparable a el amor que se siente por lo de uno.

Luego de unos cuantos pesos, de sentir el vaho alegre del amanecer portuario, de cruzarse tantas sonrisas y golpecitos de mano con todo el vecindario, corría despreocupadamente por calles silenciosas y abiertas a todo.

Abiertas al susurro del viento, venido del mar, al cantar del enamorado y de las aves, al mugir del ganado cercano en las praderas vecinas, al aleteo del chorlito, danzando juguetonamente en la playa y a las filas interminables y bien acompañadas de alcatraces que se despedían en busca de alimentos a otros lugares. Llegaba con la misma despreocupación a la playa y de una voltereta, que se repetía siempre que algún chico entraba al mar, se divertía alegremente con sus amigos, jugando al *fó* y al *Zapateo*. No había perdedores ni ganadores; siempre había juego, muestra de despliegue físico y nada más. ¡Alegría en los corazones!

Luego iba a casa donde lo esperaba un plato de plátano sancochado con pescado frito que degustaba con un placer glotónico. Un vaso de agua, traído de los pocitos, servía como sobremesa y se sentía harto como su entereza espiritual.

—¡Guillermo! —gritaba la mamá desde la cocina.

Vivían en una casucha hecha de cuatro horcones, palma amarga como techo, amarrada con bejuco de pipigua y cercada con caña flecha, ubicada después de la casa principal cuyo aspecto era bastante tugurial, pero denotaba una limpieza y pulcritud física muy parecida al palacio presidencial de la capital.

—Ahora que termines de comer te vas con Lucho a buscar las conchas de coco secas para asar las galletas de limón. No

te demores, acuérdate de que hoy fue poco lo que ganaste en la playa —decía Rosa Moreno.

—No te preocupes, mami —decía Guillermo—, ya llegará el día en que yo te sacaré de esta vida miserable y podremos vivir como humanos.

—Uffff, Pacho —decía la vieja—, de las esperanzas vive el pobre hijo mío.

—Así es, mami —decía Guillermo—. Peor es vivir sin esperanzas. Ya vez, llegará el día en que se me dé la oportunidad en esta vida y en cualquier vida todos tenemos oportunidades, momentos de alegrías y tristezas. Ese es el gran misterio del vivir, pero los hombres tenemos que vivir para buscar la danza de la felicidad.

—¡Bueno, carajo! —decía la vieja—, ¿de dónde vaina sacas tanta cosa?

—De observar las cosas, madre. Ahí en ellas está todo: en un grano de arena, en una flor, en una mariposa, en un canario, en el águila, en la serpiente, en las estrellas y en ti, mujer, que lo eres todo. No te olvides, tu misma me lo dijiste: «Las estrellas alumbran la inmensidad, tus ideas ahondan la inmensidad».

—Bueno, vete a buscar las conchas de coco —dijo la vieja.

En el poblado todas las calles conducen a la playa. «Ahí está el gran misterio de la vida», le decía Guillermo a Lucho, ya rumbo a la boquita del maestro Isidro, en la búsqueda de las conchas de coco secas, que albergan la felicidad de muchos hogares costeños.

A la salida del pueblo, en un recodo del camino, se encontraba empotrado el cementerio casi que encima de las olas del mar. Muchas bóvedas habían sucumbido a la acción inexorable del tiempo y del mar. Al pasar por el lugar los dos jovenzuelos tuvieron una visión que los petrificó por instantes. Mudos y tambaleantes por el silencio tétrico de la muerte,

echaron a correr con tanto ímpetu que llegaron a la montaña de conchas de coco secas, que servían para la felicidad de muchos hogares costeños, y no se habían dado cuenta. Si no es por la aparición de un señor de bastante edad montado en su burro en posición de pies entrecruzados, abarcas tres puntadas y un grueso tabaco encendido, que los detuvo y les inquirió:

—¡Bueno! ¿Y qué les pasa, hombre? ¿Por qué corren tan despavoridos como alma que lleva el diablo?

Los jóvenes, con sus costales de fique en el hombro, pantalones mochos de dril, remendados, descalzos y con camisetas escotadas, gritaron al unísono:

—¡La muerte!, vimos a la muerte y caminaba sobre el cementerio por unas calles que conducían a la playa.

—Bueno, bueno, muchachos, cálmense, y cuéntenme qué fue lo que les pasó —dijo el viejo, mientras se fumaba un gran tabaco—. ¿Cómo así que ustedes vieron a la muerte? Eso es imposible, la muerte no se puede ver.

—Pero sí la podemos sentir —dijo Guillermo—, y sentir las cosas es verlas y vivirlas.

—Caramba, muchacho, y ¿cómo era? —dijo el viejo, botando una bocanada de humo cenizoso que empapaba el ambiente.

—Era parecida al silencio y a la alegría y era volátil. Al silencio porque sustenta la vida, le da raíces; y a la alegría porque hace de la vida un acontecer, algo que es; y es volátil por que se esparce suavemente en todo el ambiente y se desvanece por los caminos que conducen a la playa.

—Bueno —preguntó el viejo un poco preocupado y desconcertado—, ¿y ustedes qué buscaban?

—Conchas de coco secas para la alegría de muchos hogares costeños —contestó Guillermo.

—Hasta luego, y que la pasen bien, muchachos —dijo el viejo—. No se vayan a tropezar ahora con la vida, puesto que hasta donde me doy cuenta, ustedes son la propia vida.

Guillermo y Lucho recogieron, hasta donde sus fuerzas se lo permitían, las conchas de cocos, de las más secas.

El camino del cementerio a la boquita del maestro Isidro era de una naturaleza exuberante, colmada por almendros, mangos, cocoteros y guayabos que invitaban a los altos espíritus a extasiarse con la grandeza de todo aquello, a sentirse reconfortado con la vida y la muerte, a sentir paz y sosiego bajo la sombra de un gigantesco suan que oscurecía el panorama y del cual bajaban las iguanas a conversar con la fuente diáfana de un arroyuelo que se precipitaba desde lo alto de la montaña produciendo la más diosa melodía en su trasegar por piedras, raíces y animales.

Listos para partir a casa, luego de algunas divagaciones mudas, sin respuestas, que se convertían en lagunas cerebrales, cuando se les apareció el maestro Isidro, y con voz ronca y candente les dijo:

—Buenas, buenas, muchachos.

—Buenas —contestaron los muchachos con cierta mofa burlona, la cual captó al instante el maestro.

—¿De qué se mofan? —preguntó el maestro y prosiguió—, ¿de mí o de ustedes mismos?, porque al burlarse de mí, que soy un viejo decrépito, lo están haciendo con ustedes mismos, que son unos jóvenes llenos de vida —puntualizó—. Miren, les voy a contar —dijo el maestro Isidro, los muchachos guardaron silencio y admiración—. Hace ya bastante tiempo, recién venido del Chocó, me topé con un pueblo respetuoso y digno de su gente; pero hoy en día, los muchachos no guardan la debida compostura para con sus congéneres. Todo se ha convertido en un fluir de desesperanza e ingratitud. Nosotros,

antes, nos servíamos todos y teníamos todo para comer, no era si no verlos llegar a ustedes a esta tierra para que tuvieran cocos, yuca, guanábanas, armadillo ahumado y demás. Así como, también, tenía una mano tendida con ganas de pulsar la otra y sentir el fluir de la sangre amiga y una sonrisa amplia que te invitaba al diálogo nocturno y sereno. Se respetaba al viejo, así como al joven, puesto que al faltarle a algunos de los dos era faltarle a la humanidad. El amor no se fundamenta en uno mismo, sino en la medida en que uno le es útil al otro. —decía.

Guillermo sintió pena por las palabras que les acababa de decir el viejo maestro, agachó un poco la cabeza. Lucho continuaba ensimismado, viendo una muchedumbre de pájaros que aleteaban en el horizonte, al fin y al cabo, se decía, los viejos tienen la razón.

El maestro Isidro continúo diciendo:

—El respeto no es doblegarse ante el otro. Su fundamentación moral y real reside en la sapiencia del otro. Por pobres de espíritu que seamos, tenemos un saber y en eso radica no mi diferencia con el otro, sino mi ayuda en lo que yo soy hacia el otro. ¿Qué es la selección de las especies si no, lo que yo entrego de mi para fundamentar al otro, para hacerlo? Ya comprenderás que todas las cosas tienen su fundamentación en las otras cosas, por las que son y se dan. Eso es el respeto y así continúa la marcha de este saber que se llama hombre. Mira, jovenzuelo, te la pongo más fácil. El respeto es el respeto a la diferencia, diferencia que acerca el uno al otro, puesto que el otro la necesita.

El maestro Isidro continúa relatando:

—En la clase de sociales, que dictaba esta mañana, cuando comentaba con los muchachos de cuarto grado sobre los derechos humanos, al hablar sobre el respeto al hombre y al ser del hombre, así como la tolerancia que debemos gastar

con nuestros semejantes, un niño levantó la mano y me dijo: «profe, si yo siembro una mata de yuca, la cuido con esmero, crece y se desarrolla con todo su potencial, ella es diferente a mí; pero yo la quiero porque me va hacer útil, porque en ella yo encuentro mi vida. Respetar es conocer en el otro lo que él es y yo no soy; yo no soy, pero lo necesito». Así es —le decía el maestro al niño—. Te vas a dar cuenta de que el hombre de hoy no es sino un puente para construir al hombre del futuro, como dice en su obra un gran pensador. Y todo esto se dará en la medida en que los jóvenes reconozcan la diferencia de hechos, mas no de esencia —y terminaba—. Esas conchas de cocos secas, ya lo vez, servirán para la felicidad de muchos hogares costeños. Para yo llegar a este estado de decrepitud ha sido a través de un proceso intenso y largo que sirvió para sustentarlos a ustedes y que las conchas de coco me sustentaron a mí.

Era alrededor de la una de la tarde con un sol asfixiante y abrazador cuando los jóvenes se despidieron de la playa cercana y del vapor del agua salada se expelía un vaho de mariscos. Todo este ambiente y las situaciones anteriores marcaron a Guillermo de por vida. Hasta el infortunado día en que el sicario le disparó a quemarropa y le metió los nueve tiros que penetraron su esencia corporal, y marcaron los nueve momentos dolorificos que tuvo su madre al parirlo.

—¡Caramba! —Se decía Guillermo, ya camino al pueblo—, este viejo me ha dado una gran lección. Cuando grande voy a ser educador y voy hacer recto moralmente, en el sentido de construir mi personalidad y mi ser.

Así mismo, la visión de la muerte lo atormentaba y entre extravíos y aleteos de mariposas se fue olvidando hasta llegar a casa, donde lo esperaba, como almuerzo, una taza de claro con panela y una madre impaciente por la tardanza.

—¿Por qué te has demorado tanto, hijo mío? —preguntó la vieja Rosa—, me imagino que te topaste con el maestro Isidro y empezó con sus enseñanzas.

—Es cierto, madre, y he decidido ser como él; quiero ser educador —dijo Guillermo.

—¡Carajo, hijo mío!, pero ¿qué es lo que te sucede? ¿A quién estás frecuentando que me desconciertas con tus cosas? ¿De dónde carajo voy a sacar para educarte? Sabes muy bien que lo que trabajo solo alcanza para comer.

—Un día de estos, ya verás, madre, que las cosas cambiaran. El maestro Isidro me dijo que las conchas de coco secas sirven para la alegría de los hogares costeños y yo creo que sí. Quiero ser educador, porque quiero aprender. El maestro Isidro me dijo que el verdadero educador no es el que enseña, sino el que aprende con sus alumnos. Yo creo que sí es así, madre. Los hombres en el mundo aprendemos con los otros hombres, nadie enseña a nadie.

—Bueno, tómate el claro, te reposas y te vas con Lucho a buscar la leña. La traes bien seca para que arda y ojalá sea de vara —concluyó la vieja.

Mucho rato después, cuando el sol se había calmado un poco, Guillermo y Lucho salieron de la casa, bordearon el pueblo y se fueron a unos potreros que daban a la playa lejana del golfo.

En el pueblo de Necoclí las cosas seguían su curso normal. Era tiempo de un verano prominente y seco. Las pocas casuchas del poblado, de aspecto melancólico, enardecían debajo el sopor del zinc oxidado, que incrementaba aún más su desesperanza. La gente se hacía debajo los almendros y mangos para sofocar un poco el calor, ya fuera en una hamaca de pita o sentados de una forma inclinada en unas sillas hechas de madera y cuero de

vaca, a cuchichear los aconteceres del día y a perder la mirada en el recodo infinito del atardecer portuario.

Por un camino lleno de robles y guayabos los jovenzuelos llegan al sitio de labranzas y se topan con dos burras mojinas, a las que acuden inmediatamente y se zoofilian con ellas. El acto fue de increíble grandeza, de plena vitalidad y éxtasis espiritual, que los dos jovenzuelos quedaron bastante extenuados.

—¡Caramba! —dijeron ambos—, que cosa tan sublime, es como si uno se encontrara consigo mismo.

El cura del pueblo, que los había estado espiando, puesto que él trillaba ese mismo camino en sus habituales andanzas de reconforte espiritual, se les acerco y les dijo:

—¿Quién demonios son ustedes? ¡Ave María purísima!, ¡Dios mío! Hasta dónde ha llegado tanto pecado; esto es obra de Mefistófeles. Los denunciaré ante sus familiares para que los castiguen por este perjuicio al ser del hombre.

Muy sereno, Guillermo, escucho al cura y arguyó:

—¡Caramba!, ¿en qué ha de perjudicar algo que me ha sustentado? El sexo es sustentador de la existencia humana, señor cura. El maestro Isidro me enseñó que lo que es útil al hombre, lo es a la humanidad. Y el sexo lo es; mas no creo que lo sea la castidad, la cual embrutece y crea resentidos sociales; además, si usted les da naturalmente el curso a los acontecimientos biológicos, la existencia se lo agradecerá.

—Pero no ves hijo mío que...

—¿Que qué? —Interrumpió Guillermo con posición envalentonada—. ¿A caso perjudica mi cuerpo, mi alma o mi relación social?

—Pero eso es biológica y racionalmente amoral, ¡infames!, ¡desvergonzados! —dijo el cura.

—Lo acepto, señor cura, pero le recuerdo que hay dos tipos de sexo —puntualizó Guillermo—. El sexo biológico y

el sexo sentido —prosiguió—. El biológico te emparenta con tu hembra: hombre, mujer; burro, burra; toro, vaca, etc., pero el sexo sentido corre por cuenta mía y no tiene fundamentación moral que no sea en mí, yo soy quien lo sustento. Además, acuérdese, en cuestiones de sexo no hay nada establecido, no se ha dado la última palabra, es problema de Dios y estos problemas los resuelve la razón.

El cura pronunció una oración en latín, se persignó rápidamente y partió.

Los muchachos, luego de recoger la leña seca de vara, se fueron a juguetear y bañarse en la quebrada de la Media Loma, donde hacían unos hoyos a ras de agua, en el barranco por donde metían su miembro viril y con el lubricar del barro y el agua se masturbaban exitosamente hasta la plenitud.

En este fluir se pasaba la niñez y adolescencia de Guillermo, conociendo las cosas a través de las cosas mismas.

Su madre, siempre impaciente por la demora, se paseaba de la sala a la cocina, vociferando una serie de dichos. Muy entrada la tarde, aparecía el muchacho con una mojoces del cutis por el agua turbia de la Media Loma, y el espíritu lúcido idéntico al del que ha contemplado a pleno atardecer, una puesta del sol portuario.

—¡Mira, muchacho! ¿con qué te vienes ahora? —dice la madre—. No me vas a decir que estabas conversando con el cura.

—Precisamente, mamá con él era —contesta el muchacho.

—¿Y qué te dijo? —preguntó la madre.

—Sigo aprendiendo que en las cosas mismas está su explicación y tienen su razón de ser. Con él aprendí que Dios tiene su razón de ser en sí mismo, que es la moral que surge de las cosas mismas y es la esencia misma de las cosas; que es la libertad... Mamá, el cura me dijo que Dios es una fuerza que

me impulsa a seguir, ya que él encierra la verdad. Dios es una búsqueda de mi mismidad, él constituye el vacío que siempre me atormenta, acuérdate que lo que más atormenta al hombre es no tener raíces —y proseguía—. Dios está en nosotros.

La mamá enmudecía y se iba entre pensativa y gloriosa hacia la penumbra de la cocina. La comida era un plato de arroz con coco, ensalada de aguacate, tomates y cebollas, una tajaditas de plátano verde y una posta de pescado jurel. La sobre mesa era un vaso de agua traída de los pocitos.

Al entrar la noche, como poseídos por una tradición milenaria, los pueblerinos se hacían en la puerta de alguna de las cosas vecinas, los concertes más allegados a dialogar los aconteceres más buenos de la vida. Guillermo se acostaba en una banqueta, boca arriba con un ritual canino que más bien pasaba desapercibido y, entre ires y venires de su nebulosa cerebral, trataba de encontrar en el firmamento las constelaciones de Orión, Andrómeda, Osa Mayor, Hércules y Centauro y las que siguiera imaginando su mente. Se divertía con esa actividad hasta que caía en los brazos de Morfeo perdido en la penumbra del silencio de la noche.

Así pasaban los días de Guillermo entre lo asombroso del pueblo y la cotidianidad de sus estudios. Pero fue una mañana de prodigios en vacaciones cuando un señor alto, de tez almidonada, cabellos lisos, buen vestir, cuerpo lánguido y paso sereno a quien le llevaba la maleta, le dijo:

—Jovenzuelo, tú me has sido muy simpático. Te hago unas preguntas

—Claro que sí —dijo Guillermo.

—¿Qué haces? —preguntó el foráneo.

—Estudio para ser educador. Busco las cosas en las cosas mismas. Me divierto con la vida y le llevo conchas de coco secas a mi mami, para la alegría de muchos hogares costeños.

—¿Y qué año cursas?

—Octavo grado —contestó Guillermo, que no le quitaba la vista a su cliente, admirándolo en su paso seguro y fluir de manos.

—¿Con quién vives?

—Con mi mamá y dos hermanos.

—¿Tu padre? —preguntó el forastero.

—Hace mucho tiempo, cuando apenas contaba con un año de vida, se marchó del pueblo, dejándonos solos y no hemos sabido nada de él. Los mayores me han dicho muchas cosas de él, pero eso no interesa.

—¿Qué quieres decir con lo de las conchas de coco? —preguntó el foráneo.

—Que sirven para la alegría de muchos hogares costeños —concluyó Guillermo.

Aquella persona que acababa de llegar, venia de la capital, nombrado como alcalde de Necoclí.

—Qué voz más serena y sonora tienes —decía el burgomaestre—; es de un timbre grave.

—Eso me han dicho muchos clientes —contestó Guillermo.

—¿Y a que juegas? —preguntó.

—Yo me divierto jugando a la guerra libertad, al escondidijo, al yule por las noches; algunas veces contemplo las estrellas y descifro las constelaciones; de día juego en la playa, correteando a los chorlitos, tirando semillas al mar para que los perros me las traigan, pesco en la punta, leo libros, tiras cómicas y admiro los atardeceres.

—¿Y por qué quieres ser educador? —decía el allegado.

—Porque quiero aprender. El maestro Isidro me ha dicho que el verdadero educador no es aquel que enseña sino el que

aprende con sus alumnos interrelacionados con las vivencias de la comunidad.

El funcionario se admiraba y le ayudó a llevar la maleta.

Llegados a la residencia, el uno recibió la paga del otro y se despidieron. Guillermo se fue a casa con el fin de ayudar a su madre a asar las galletas de limón, las panochas con dulce de coco, los panes de sal con el calor que producen las conchas de coco secas y la leña de vara. Más tarde salía con una tártara en la mano a vender su producto en el poblado.

Fue en esta actividad cuando nuevamente Guillermo se encontró con el alcalde y entre charlas y risas se contaron pormenores del uno y del otro. En una de esas, el alcalde preguntó a Guillermo:

—Y como educador, ¿te gustaría desempeñarte en qué área del conocimiento?

—A mí me gustan todas las áreas —dijo—. Se me complica un poco la cosa con las matemáticas, pero ya a cada una le cogí el maní con unas indicaciones que me dio el maestro Isidro. Por ejemplo, qué es la religión si no la búsqueda traumática e indeterminada de Dios, de una forma ciega y acrítica. La filosofía es la búsqueda de los últimos constitutivos de que están hechas las cosas a través de la razón, es la vida libremente elegida cuando se han encontrado raíces. El idioma es la forma teórica del conocimiento, la representación de las cosas que son y las que no son, a través de la palabra expresa y de múltiples manifestaciones más. Las ciencias naturales y exactas son la construcción teórica de las cosas que son a través del entendimiento —y seguía—. Las matemáticas son la instauración determinada de lo numérico a través de una representación concreta —y proseguía—. El álgebra es la representación de los números por medio de letras presentando

un número cualquiera, por eso, una ecuación es una igualdad de dos términos.

El alcalde, admirado del muchacho, lo miraba escuálido como era, de tez mulata y cabellos rizos, tal cual como era con su bandeja llena de panes.

El jovenzuelo continuaba:

—La historia es el estudio del hombre en el tiempo, donde este hace parte de ella; donde está lo humano, aparece la historia, la geografía, sin razón de ser en su determinismo y poder físico. Todas las cosas son del hombre porque el hombre es todas las cosas. El arte es la inspiración divina, lo que es de uno —el alcalde enmudecía y el muchacho continuaba—. Por ejemplo —decía—, hay términos que se definen por sí mismos. ¿Qué es la sociedad si no el zoológico humano mal estructurado?; el Estado es coerción y poder. La verdadera democracia es el producto convivencial de un pueblo de dioses, es utópica para los hombres y la política es la porquería más grande que ha inventado el hombre cuando se convierte en politiquería. Ahora, yo quiero ser rector y educador para organizar y dirigir la educación en mi pueblo. Quiero mostrarles a mis semejantes que a través de una vida moral fundada en el sí de las cosas llegamos a Dios y cuando esto sucede alcanzamos la plena libertad.

Todo esto condujo al alcalde a comprometerse con el joven y a ayudarlo a sacar adelante sus aspiraciones.

El alcalde determinó algunas partidas por concepto de auxilios sociales para la comunidad, y así ayudó a Guillermo. Con esto se fue a la capital con el receloso consentimiento de su madre, quien en el pueblo seguía haciendo vendajes y lavándole la ropa a los cachacos. Con lo poco que ganaba, le mandaba al hijo algunos artículos y algún dinerito.

En la capital Guillermo terminó sus estudios de bachillerato y universitarios en prestantes instituciones educativas. En sus ratos de ocio embriagaba el espíritu con los recuerdos infantiles del amanecer portuario, se recordaba corriendo indefinidamente detrás de los chorlitos y los momentos de plenitud en la quebrada de la Media Loma. El sentimiento era tan profundo que algunas veces dejaba rodar unas lágrimas por sus mejillas y apretaba fuertemente los labios, recordando su infancia al lado de Lucho y de su madre del alma.

Fue el mismo alcalde quien, tiempo después, lo recibió como profesional y le hizo el acta de posesión como rector-educador del colegio de Necoclí. Después de los protocolos pertinentes, se organizó una reunión en el salón parroquial por parte de las más destacadas personalidades del poblado para presentar a un hijo del pueblo que se ha hecho a punta de cochas de coco secas y de la madre lavarles la ropa a los cachacos.

La cosa se hizo con bombos y platillos. Había alborozo en los espíritus y clamor en la comunidad porque las cosas le salieron bien a este buen muchacho. Vinieron los discursos del alcalde, el cura, el presidente del concejo, el representante de los padres de familia, el jefe de distrito, el gamonal de la población y el nuevo Rector-Educador, quien lucía la misma pinta, que se había puesto el día de su graduación y que le había regalado su madre, producto de una serie de ahorros y sacrificios, compuesta por una camisa manga larga color marfil, enrollada hasta el antebrazo, un pantalón de dril y zapatos de cuero de vaca mojina.

Al levantarse de la silla que ocupaba, hubo un silencio profundo y luego se dejó venir un estrepitoso bullicio de aplausos y gritos de alegría que colmaron todo el recinto. Después de los saludos protocolarios dijo:

—Pueblo de Necoclí, la esperanza no tiene color de campo, sino color de fuego, color ardiente como este sol que nos alumbra. La esperanza no es pasiva, la esperanza es inconforme y no es lo último que se pierde, sino lo primero, porque crea vértigos, en los espíritus altos e irrumpe violentamente. La esperanza no es de siglos, es de fracciones de tiempo, porque el tiempo en nuestras vidas son generaciones, generaciones de miseria y soledad, de abandono y olvido, generaciones de esperanzas; yo antes decía lo contrario y heme aquí fustigado por la esperanza. La vida no nace, la vida siempre es, y es esperanza y es color de fuego.

»La riqueza de nuestra población está en nosotros mismos, en desesperanzarnos a encontrar las cosas en la cosa misma. No esperemos, que del cielo no nos viene nada, actuemos. Nuestra riqueza está en este amplio mar que muestra la amplitud y libertad de pensamiento y genera sabiduría. No maldigamos el hecho de haber nacido en esta tierra, ella es prodigiosa. Comprendamos el hecho de haber nacido y haber sido explotados miserablemente por la ignorancia.

»Señoras y señores presentes, yo estoy aquí porque soy parte de nuestra historia. A mí me concierne lo de aquí. Soy la historia viva de un querer de pueblo olvidado. Soy la historia que arde bajo el sopor de las conchas de coco y que ustedes deben conocer. En lo que me compete, sacaremos, así sea pegados de lo imposible, la educación adelante. Un pueblo culto que se sabe así mismo, es un pueblo de dioses.

»Este es un día claro, amplio y perfumado por la brisa marina. Es un día de impulso, de comienzo de vida, de vida intelectual que acrecentará la vida misma. Hoy nos reafirmamos como pueblo, como poder. Hoy no venimos a un colegio, venimos a la vida, porque ella es conocer; en la medida que todos conozcamos, en esta misma medida viviremos. Esto no es

un pueblo de muertos y yo no vine a morir, vine a perdurar con ustedes y como ustedes han perdurado en el olvido. Algunos que otros me entenderán, pero la vida en el tiempo no muere, ya comprenderán.

»Pueblo de Necoclí —seguía Guillermo en su discurso—, quiero agradecerles la oportunidad que me dieron para vivir y corretear chorlitos en la playa y de sentir el vaho alegre del atardecer portuario. Lucharé, pues, por la educación de este pueblo. ¡Que viva la vida y el saber! —Puntualizo».

No presagiaba, Guillermo en aquellos momentos, la desgracia que se cernía sobre él. Muchos fueron los apretones de mano, las palmaditas en el hombro y otro mundo de reverencias. Aquella reunión había sido la primera que se hacía a un rector del colegio de Necoclí (Eduardo Espitia Romero) y terminó con un jolgorio carnavalesco, del cual poco participó Guillermo por lo que al otro día tenía reunión con profesores y era más bien apático a estas celebraciones.

La reunión con los profesores fue programada para las ocho de la mañana. Ese día amaneció bastante despejado, con un sol radiante. En la sala de profesores cada uno ocupó su puesto. Había unos ventanales amplísimos por donde penetraba la brisa fresca venida de la mar y un tablero en el fondo, al frente del cual se hizo Guillermo. Al otro lado se encontraba una mapoteca que contenía mapas del todo el mundo y láminas de biología de todos los organismos. En una de las paredes había una frase hecha con letras de papel silueta y pegada en la pared que decía: «En el silencio encuentras sabiduría y raíces a tu ser», la cual Guillermo identificó con su infancia silenciosa y alegre.

—¡Muy buenos días, compañeros! —dijo Guillermo.

—Muy buenos días —se escucharon algunas voces—, sea usted bienvenido.

Quiero que sepan que vengo como rector-educador, mas no como administrador de esta institución. La administración se la dejamos a la comunidad. Después de una serie de pesquisas y de mirar necesidades, mi compromiso es el siguiente:

»Como representante directo de la comunidad quiero educar conjuntamente con ustedes. Serán ustedes mi mano derecha, vamos a rescatar el nombre de nuestra institución y digo nuestra, porque de eso se trata. Buscaremos todas las fórmulas posibles para que este colegio se lleve en el corazón y el sentimiento ciudadano. Siempre he pensado que las cosas se quieren cuando son de uno, cuando las sentimos nuestras; con lo anterior no quiero decir propiedad, ni particularidad, sino colectividad y generalización. Vamos a despertar y vitalizar el sentimiento de lo humano; lo humano, ante todo, conocer al hombre a través del pueblo, sus cosas connaturales y culturales, lo regional antes que lo nacional, que el estudiante recupere la palabra y el aprecio por la lectura, que busquen nuevos valores que sustenten la vida».

La reunión se desarrolló poco a poco entre sentimentalismos y querencia. Hubo proyecto para cada cosa y cada cosa con su proyecto. Se habló de los clásicos y sus últimos métodos pedagógicos y primó la idea de montar un método propio que se acogiera a las necesidades educativas de la región. No hubo actividad educativa que no pasara por el rallador y se le buscara alternativas de solución. Hasta el punto de que todo este engrandecimiento de la disciplina educativa laboral creó en las mentes una idea de renacer que impulsaba a la querencia en las labores educativas. Terminó la reunión y comenzó un nuevo inicio en la visión educativa sobre Necoclí.

Con el querer de los educadores, el trabajo comunitario y el acicate emprendedor del neófito rector se fueron dando las cosas en el colegio de Necoclí. Vinieron algunas ayudas

monetarias por parte de entidades estatales y de algunos ricos pudientes de la comunidad, lo que se materializó en obras e incremento educativo y en el desarrollo ecuménico del espíritu Necoliseño.

Una buena mañana de abril, despejada por el sol naciente y después de muchos logros en la institución, Guillermo se encontraba en su oficina escarbándose la cabeza por la buena marcha de la educación. Era un recinto de forma cuadrada con una puerta de entrada y dos grandes ventanales de hierro que daban a un amplio campo de almendros y cocoteros. Del techo pendía un ventilador con unas aspas a medio andar. Recostado a una de las paredes se encontraba un atril que contenía una biblia abierta en la página setecientos veinte, en el salmo 91 que decía:

«El señor es nuestro refugio, el que vive bajo la sombra protectora del altísimo y todo poderoso, dice al señor: "tú eres mi refugio, mi castillo, ¡mi Dios, en quien confío!". Solo él puede librarte de trampas ocultas y plagas mortales. Pues te cubrirá con sus alas y bajo ellas estarás seguro. ¡Su felicidad te protegerá como un escudo! No tengas miedo a los peligros nocturnos, ni a las flechas lanzadas de día, ni a las plagas que llegan con la oscuridad, ni a las que destruyen a pleno sol; pues mil caerán muertos a tu izquierda y diez mil a tu derecha, pero a ti nada te pasara. Solamente lo habrás de presenciar. Verás a los malvados recibir su merecido. Ya que has hecho del Señor tu refugio».

Con esta lectura diaria, Guillermo se sentía súper protegido de todo conato contra su ser tal cual como se lo había hecho saber su madre ya de adulto. Sin embargo, las balas asesinas no respetaron el día de su muerte, cuando se las incrustaron por nueve veces tan miserablemente como a un perro. Había también en el recinto unos estantes que contenían

libros. Pegado a la pared, un cuadro de la imagen de Jesucristo en la cruz que decía: «Señor mi Dios, tú eres mi protector». También había un escritorio de madera santa cruz muy bien trabajado que le daba armonía a todo aquello.

Estando en estas vivencias se le presentó un emisario de Misael Cruz (gamonal y politiquero de la región, quien en algunas oportunidades se había metido la mano al dril para ayudas educativas) con un mensaje escrito en un papel amarillo y a letra suelta que decía: «Señor rector, necesito conversar algunas palabras con usted sobre organización y manejo de la institución educativa, ya que me he enterado de algunas situaciones de anormalidad que denigran de nuestro gran centro de estudio, donde necesitamos educar política y moralmente a toda la comunidad que así lo exige. Como ha sido nuestro compromiso, lo espero a las siete de la noche en mi casa. De usted. Su amigo, Misael cruz.

—Dígale que a esa hora estaré —dijo Guillermo después de leer el papel, haciendo un ligero movimiento con la cabeza.

Para ese tiempo en Necoclí se habían sucedido muchos cambios naturales y sociales. De corretear a los chorlitos en la playa se había pasado al jugueteo de corretear con cizañas a guerrilleros en el monte para cazarlos como animales de presa apetecida. O de observar a las iguanas que bajaban del suan a conversar con la fuente diáfana del arroyuelo que se precipitaba desde lo alto de la montaña, produciendo la más bella melodía, se había pasado a mirar la fuente de agua del parque, por la cual nunca había salido un chorro ni luz artificial que despertara el más mínimo sentimiento de admiración, ya que había quedado mal construida por un grupo de expertos en politiquería.

Las cosas, en su mayoría, habían sido remplazadas por otras tantas, y el hombre se había convertido en lobo del hombre,

en animal de rapiña. Del transporte a pie o a lomo de burro por caminos de abrupto paisaje cocotero, se pasó a transportarse en tanquetas de guerra del ejército nacional. Necoclí se había convertido en zona roja como lo pregonaba la prensa capitalina. Había aparecido la guerra de la marihuana, del abigeato, de la guerrilla, la guerra del gobierno, del paramilitarismo, del secuestro, de todas las guerras que podían aflorar en la mente perversa y diabólica del poder.

A las siete en punto estuvo Guillermo en el sitio acordado donde ya se encontraban el alcalde, el cura, el capitán del ejército, el comandante de la policía, algunos concejales, representantes de la comunidad y concurrentes husmeantes. El ambiente era tenso y la situación a tratar era de vida o muerte para la comunidad y la institución educativa.

El varón político inició la reunión:

—Copartidarios, buenas noches —su voz era ronca, seca y tajante—. Nos hemos reunido con el fin de buscar la solución a un problema que nos aqueja a todos. Y es que esa maldita plaga del comunismo está traspasando las paredes de nuestra institución educativa y los muchachos están echando para el monte. Es ahí donde se están organizando todo tipo de actividades delictivas e ilícitas que atentan contra los buenos principios y la moral cristiana. No más en el día de ayer mi hijo vino hablando dizque del camarada Marx y Lenin. ¿Qué educación es esa? ¡Carajo! En vez de estar enseñándole las oraciones y el catecismo del padre Astete y las buenas normas de comportamiento que exige la santa madre iglesia. ¿Qué opinan ustedes? —Y prosiguió enumerando una serie de hechos de conducta moral y educativos desde prostitución, hasta embeodes de algunos educadores.

Hubo murmuraciones y comentarios en el oído y cada uno fue dando su opinión sobre el problema, generalizándose la solución por la vía de hecho, acabarlo a sangre y fuego.

Luego tomó la palabra Guillermo y argumentó:

—Yo pienso que el problema es de fondo y no de sentimentalismo, según lo han expuesto. Con matar al hombre no ganamos nada. Las acciones bélicas siempre han traído grandeza para algunos cuantos sustentadores del poder y miseria para la gran mayoría de la población. Matar al hombre es matarnos a nosotros mismos. A Cristo lo mataron ante toda la población como escarmiento y lo que se logró fue que se esparcieran sus ideas de amor altruista. Así que Cristo no murió, aún sigue vivo. Sus ideas están con nosotros. No hay que matar al hombre, lo que hay es que acabar con las ideas si son perjudiciales para la gran masa de la población. Lo que hay es que crear un discurso positivo, ya que es el discurso quien sustenta la acción. Yo los invito a la tolerancia y a la diversidad de opiniones, a aceptar el proceso dialéctico de lo natural y social, a nuestro compromiso con el hombre. De no ser así, veremos derramar sangre por los siglos de los siglos —y concluyó diciendo—. Seamos como los niños que, una vez se conocen, hacen amistad desinteresada. Todo en ellos es inocencia y un vivir. ¡Imitémoslos!

Todo quedó acordado para presentar alternativas de solución a las tres y media de la tarde del día siguiente.

Como de costumbre, Guillermo, terminada su jornada laboral a la una de la tarde, se quedaba en la institución, organizando detalles y buscando qué hacer mientras daba la hora del almuerzo. Ese día había obviado almorzar y se enfrascó en su comunidad y cotidianidad. A las tres de la tarde en punto recordó el pensamiento del maestro Isidro sobre que «las conchas de coco secas servían para la felicidad de muchos hogares

costeños», y se vio en el cristal del pensamiento fugazmente en su infancia feliz. Salió rumbo al sitio de encuentro por una calle que conducía directamente a la playa y donde se perdía el pensamiento en la plenitud del mar. Al paso le salieron tres hombres de aspecto campesino. Uno de ellos, revolver en mano, sin mediar palabras le disparó a quemarropa. Sacudido por el fragor y los fogonazos de las balas, corrió instintivamente a la casa vecina, buscando protegerse, y cayó en plena sala, boca abajo, con el brazo izquierdo bajo la cabeza, la pierna izquierda estirada y la otra encogida, formando un cuatro tal cual como dormía en su casa de niño. Agonizante sobre el charco de sangre, el criminal se acercó y fusiló con saña demencial, escuchando el último aliento de vida de su víctima que decía:

—Todos los caminos y las cosas conducen a perpetuar la vida. Lo que justifica la muerte es la vida misma, de eso se trata.

Y murió.

¡COLAPSO!

«En el pueblo de Necoclí se ve de día en día una vieja señora maletona, con pañoleta en la cabeza, de chanclas y paso lento, que deambula por las calles, partiendo cuanto hijo nace en el pueblo, para sustentar aún la vida. Y cada vez que muere o matan a un coterráneo, la ven llegar al cementerio, acompañando los cortejos fúnebres con flores tropicales y llora torrencialmente en la tumba del rector de las conchas de coco».

Megamadre

La veo venir desconsolada,
arrastrando su pasado.
Destella la tristeza de un pueblo,
de una vida.
Es ella madre universal, fugaz rayo de la nostalgia.
Es una ilusión infantil, realidad de la esperanza.
Encorvada por los años, su trasegar va llevando.
Deambula por las calles llenas de violencia y olvido.
La han llamado, la han martirizado, la han vejado y hasta sus creaciones la han crucificado.
Cuando el pueblo apareció en el umbral de la esperanza, esperábamos la plenitud de las cosas por hacer.
Empezaste como madre y mujer a regular sueños y creaste con tus mano un mundo por hacer.

Matrona, madre, mujer e hija.
Fuiste mujer de la desdicha
mientras abrigabas en tu ser el sueño de la vida.
Te han llamado Eusebia Cuello, un canto del amanecer.
Llevas en tu nombre un pueblo por hacer.
Recibiste a Jesús, José y María.
Recibiste flores, serenatas y alegrías,
y hoy recibes de tus hijos este canto, madre mía.

En tu historia están anotados todos los vivos y los muertos.
Cuando te veo, Megamadre, se me salta el corazón,
aunque verte significa el verdor del pasto invernal.
Porque cuando hablas, recoges años de historias sideral.

¡Puja, puja, puja más!, un esfuerzo más.
Ya viene, sé valiente, hija mía.
fueron expresiones primigenias.
¡Fuerza, mijita!, que la vida está por nacer.
La vida está en flor y en Necoclí es un honor.
Cantabas al lado de la progenitora
la dicha del alumbramiento.
Ahora el universo te canta, madre mía,
la tonada celestial, la tonada de mil sones,
la tonada del encuentro, porque por ti somos necocliseños.

A Eusebia Cuello, con cariño y amor

EN LA PLAYA, LEYENDO BAJO LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

A Sandra Cardales, Gladis Martínez y a la gloria eterna de Fanny del Socorro Restrepo Muriel. Ellas y sus capacidades intelectuales me hicieron crecer.

Estado y Ciudadanía se fueron para la playa de Necoclí y se sentaron en las bancas del malecón bajo la sombra de un almendro. Los dos miraban fijamente a la mar y sus pensamientos se perdían a lo lejos en el horizonte. Era por la tarde y el sopor del día se había sumido en un clima fresco y suave. Estado salió del letargo y le preguntó a Ciudadanía.

—¿Has oído hablar de Ética?

—Sí —contestó Ciudadanía.

—¿Y de Política?

—Si —también.

—¿Y de Sociedad?

—De esa, mucho más —dijo Ciudadanía—. ¿Y por qué me lo preguntas?

—Es que, en la Institución Educativa Eduardo Espitia Romero, por estos días, tienen una discusión filosófica sobre esos temas y yo quisiera participar.

—Pero lo puedes hacer —dijo Ciudadanía.

—¿Es que son tan difíciles los temas? —dijo Estado.

—No —dijo Ciudadanía—. El hombre los ha hecho difíciles y complejos, pero a la larga son naturaleza pura, pura naturaleza social. Esos mismos temas existen en las sociedades

animales, incluso en las más simples. En ellas hay leyes, normas y tienen sus propias normas éticas, sociales, políticas y se siguen con rigurosidad, con una rigurosidad que raya con la perfección. Se rompe esta perfección cuando sucede una hecatombe natural, que sería igual a una hecatombe social. ¡Escucha Estado! —dijo Ciudadanía—. Estoy mirando la profundidad del mar y veo grandes sociedades marinas, cardúmenes de sierra, de róbalo, de tortugas, de sables, de sardinas; grandes sociedades marinas juguetean de aquí para allá, de allá para acá como en una danza universal cuya melodía es el viento de la mar. Buscan su alimento bajo las estrictas normas éticas, políticas y sociales de la naturaleza.

»Mira qué belleza la bandada de gaviotas y de garzas, van rumbo al manglar y los alcatraces se van para la ensenada de Río negro. Allá, en Puntarenas, son sociedades perfectas con líderes y demás divisiones. Yo creo que ellas son la inteligencia divina, la perfección de un Dios. Allá en Río negro todos viven bien, que es, en sí, el fundamento de la ética, la esencia misma de la ética. Vivir bien. Hay una armonía entre los peces del agua, los animales de la tierra y las aves del manglar.

—Ciudadanía —dijo Estado—, desde que yo me conforme como tal, como Estado, cuando el hombre por ti se asoció, por querer ser ciudadano, sucedió lo que sucedió.

—¿Y qué fue lo que sucedió? —preguntó Ciudadanía.

—Que el hombre se dio cuenta de que es un ser social por naturaleza, como escribió el pensador francés Juan Jacobo Rousseau. Ahí aparecieron los problemas y, por lo tanto, aparecieron la ética y la política, verdaderos rompecabezas humanos.

—Te dije que el hombre es quien los ha hecho difíciles y complejos —contestó Ciudadanía—. Toda sociedad se rige por principios naturales, que son los mismos principios sociales.

Lo que pasa es que el hombre piensa y razona, va y viene. En ese momento la inteligencia humana trabaja en espiral, los demás seres siempre van lineales. ¡He aquí el problema, mi querido Watson, elemental!

—Pero si todos los grandes pensadores, desde el génesis humano, las tablas de Moisés, pasando por Sócrates, Platón, Aristóteles y Savater, que hoy por hoy sabe tanto de ética, no han hecho sino definir estas cuestiones, ¿por qué seguimos empantanados en el lodo? —Insistió Estado.

—Por la bruma aquella que se ve en el horizonte turbeño —contestó Ciudadanía— desde aquí del malecón. Mira cómo se pierde la línea costera. Así mismo se va disolviendo la naturaleza política y ética del hombre en la sociedad. Se va diluyendo por un fenómeno muy humano: la corrupción.

—¿Quieres decir que todas las sociedades humanas han sido corruptas? —replicó Estado—. Entonces yo no tengo razón de ser.

Y Ciudadanía dice:

—Las sociedades humanas, humanas son, y en el devenir de los tiempos serán chavistas o uribistas, castristas, berlusconistas, sarcoscistas o lululista. Digamos que pueden ser obamistas o nazistas. En el fortuito cambiar de los tiempos, como dice el poema *Desiderata,* todo puede ser un tesoro. Lo social, ético y político de la naturaleza humana es como aquella serranía del Darién que vez al frente: perenne. Es el hombre quien dinamita la montaña, quien sacaba lo cimientos de la naturaleza humana social, y él mismo es quien puede dinamitar toda la serranía del Darién y abrir una brecha para vaciar el golfo de Urabá y con sus aguas construir un Estado perfecto.

Se cerraba la tarde. Los almendros seguían brindando frescura y sombra marina. En los laureles las Maríamulatas

trinaban locamente. Ese desenfreno se me parecía a la sociedad humana, cada uno por su lado.

—Como estado, yo lo soy todo. Todo se complementa en mí y yo tengo existencia por ustedes, para solucionarles sus problemas. Yo no soy corrupto; soy estado, nada más.

—Mira, estado —contestó Ciudadanía—, nosotros, los ciudadanos, somos el problema y tu existencia es buena o mala de acuerdo a nuestro actuar. Mira los ciudadanos que pasan por aquí, vienen a pasear por el malecón; la diversión, como la salud y la educación, es una de las grandes necesidades que tú necesitas resolver. Te pregunto: ¿Qué ignominia es esa de secuestrar un ser humano por esta o aquella razón y confinarlo a la degradación humana? Los otros seres no secuestran. La lucha en toda la tierra es por la vida, mas no por el poder. Nosotros en ti podemos vivir, si así lo queremos, social, política y éticamente.

»Cuando secuestras a un ser humano le quitas lo ético, lo político y lo social. Cuando ese mismo ser humano no tiene salud, educación, trabajo ni diversión le quitas lo ético, lo político y lo social. Cuando lo liberas de aquellos secuestros, se vuelve un ser ético, político y social.

»En ese crepúsculo que se cierra allá en la costa chocoana hay tantos matices de colores: la ética es el amarillo, la política es el azul y lo social es el rojo. Y el barco bananero, que ves surcando la mar, es el Estado que se aleja porque los ciudadanos somos indolentes ante la tragedia humana. Vámonos, más bien, que se vino la noche y empieza a llover».

Volver

El cielo necocliseño, con su misma fotografía
hizo recordar sueños infantiles, visión pueril.
El pensamiento vagaba en la mente del niño,
y en ese cielo azul, desfondado, aleteaban los gallinazos.
Volvió la danza de los negros gallinazos.
Lo que propició la mismisidad del tiempo, de lo eterno...
Los cientos de goleros iban y venían, danzaban.
El niño se perdía en el firmamento, vagaba en la inmensidad.
Recorría pueblos y ciudades, sitios de imaginación.
Es la mañana veranera de marzo. Es Necoclí en el viento.

Cincuenta años habían de transcurrir para evocar,
para recordar la imagen eterna, lo cíclico.
La Maríamulata trinó en el mango el mismo canto,
el mismo viento venido de las orillas y mares chocoanos,
cantaba la misma canción sobre los viejos almendros.
Los alcatraces y las garzas hacían el mismo recorrido.
Borges me conversaba al oído, murmurando en eco,
que al destino le agradan las repeticiones.
Y así quedó claro que las hormigas arrieras
cumplen con el eterno retorno de las cosas nietzschenianas.

El arrullo del palomo, a un lado del nido, no ha cambiado de entonación. Los sonidos no son diferentes.
La voz humana ha creado otros sonidos, pero humanos.
Volver a ver los goleros, por cientos, jugando, enseña que esto sigue igual, como las sombras humanas, que permanecerán, solo pernoctan.
Por más que vueles con los goleros, no te irás.
Demostrado está que la naturaleza se reinventa, todo vuelve. Vendrán otros mitos, otras leyendas.
Vendrán lagartos, árboles, minerales; pero dinosaurios serán.

Los gallinazos volarán, y volarán, en espiral; se fueron.
El niño volvió a nacer de un vientre materno.
Los tiempos son precisos y cambiantes, ¿es el tiempo?
No eres otra cosa que lo que eres: lo repetido.
He ahí la grandeza de la existencia: se existe.
Te vas mezclando en todo, que eres todo.
Vuelas creyéndote gallinazo, y te ves en todo.
Ya sé porqué la Maríamulara trinó otro canto
y el pájaro carpintero picoteó tan duro el coco
que el agua derramada en la tierra la hizo germinar por siempre.

El cangrejo manzanillo del manglar sigue salivando igual.
La desforestación del mangle trajo civilización.
Ahora el sol brilla más intenso, las caracuchas se fueron.
Los robles volvieron a cubrirse con sus flores moradas y los guayacanes de amarillo.
Los niños siguen jugando con lo que más les gusta: la tierra y el agua.
El río Mulatos aún no ha recorrido el camino que debe surcar.
Porque «lo esencial es invisible a los ojos», Heráclito y Exupery, por fin, le dijeron al niño
que vivir cerca al mar produce paz y alegría,
que los nobles espíritus deben volver con vuelos de gallinazos.

SI TIENES SABOR A COCO Y HUELES Y MAR: ERES PROFETA EN TU TIERRA

A Rosa Moreno, mi madre y a todas las madres cabeza de familia de Necoclí y el mundo, que con ahínco, tesón y sentido de madre han sacado sus familias adelante. A mis maestros Juan de Dios Arango y Rosalba Hernández.

Si con estudio llegas a saber muchas cosas; de la vida aún puedes aprender muchas más.
Catón.

El refranero popular reza sabiamente: «¡Nadie es profeta en su tierra!». Es una voz que susurra entre cocoteros, amplias playas, mares infinitos y alegría caribeña. En Necoclí, municipio antioqueño de la costa caribe colombiana, no se pudo cumplir este refrán.

Doña Rosa Florida, negra de origen chocoano, con vozarrón de mando y de forma enérgica, advierte al hijo que juguetea por la calle.

—¡Guillermo!, si quieres ser alguien en la vida, estudia y sé disciplinado. Es la herencia de los pobres.

Debieron transcurrir treinta y cinco años para que el rector de las conchas de coco recordara en la oficina de rectoría, tras el tic tac del reloj, que pende en la pared y en el sopor de la tarde caribeña el poder de aquella sentencia que se grabó en su memoria como recuerdo perenne.

En los pueblos apartados, se decía en su pensamiento fugaz y olvidados por el centralismo estatal, a uno le toca, como pobre, enfrentar la vida a puño limpio como vendedor callejero, lustrabotas, vivir del rebusque y ganarse la vida, día a día, en actividades informales para salir adelante.

—Recuerda, Guillermo —insistía Rosa Florida—, ¡tu padre es médico, y aunque no vivió contigo, aunque te abandonó, te regaló la inteligencia! Tienes que ser un profesional.

—¡Madre, así será...! —dijo Guillermo con mucha seguridad.

Muy comprometido con la profesión que ejercía su padre y ayudado por los habitantes del pueblo que alimentaban su ego diciéndole:

—¡Tu papá fue muy buen médico! ¡Guillo, mediquito, usted tiene cría! ¡Ese es el hijo del médico! —murmuraban las personas mayores al notar su presencia.

«Seré un gran profesional, voy a estudiar mucho y seré de los mejores de mi pueblo», se dijo una buena tarde de enero al iniciar sus estudios de bachillerato en la hoy Institución Educativa Eduardo Espitia Romero, del municipio de Necoclí.

Doña Rosa Florida, sin ser profesional de título universitario, pero sí con una experiencia única, ejercía de enfermera en el pequeño poblado. Lo que le granjeó excelente amistad con docentes y personas de bien en la comunidad. Fuera de poner inyecciones en la vena y sueros recetados por el médico rural practicante, venido de la Universidad de Antioquia, para sostener la familia hacía sus recetas de coco y de sabor exquisito eran sus panochas y cocadas. Con las conchas de coco secas atizaba el fuego sobre la tártara, tapa que va encima de la paila, para asar las galletas y los panes que luego Guillermo vendía en el poblado.

Cualquier día, estaba en grado octavo, la maestra Rosalba Hernández le encomendó a Guillermo una exposición de biología sobre los crustáceos. Este la hizo con tanta maestría que la docente le recomendó ser maestro. Y así se lo hizo saber a doña Rosa Florida; pero él ya había recibido este mismo consejo de su maestro de quinto de primaria Juan Arango y de Héctor Giraldo Toro, rector en aquel entonces del colegio.

Ese fue el detonante para que, desde ese instante, se decidiera su vocación como maestro.

—¡Esto es un exabrupto! —dijo Caliche, habitante de origen paisa que llevaba algún tiempo viviendo en Necoclí—. ¿Cómo así que un costeño, un negro, estudia Filosofía? ¡Pasará hambre! No creo que le vaya bien. ¿Cómo así que el nuevo maestro de Filosofía del colegio es Memo? —Y terminó diciendo—: Nadie es profeta en su tierra.

Como Licenciado en Historia y Filosofía, de la Universidad Autónoma Latinoamericana, de Medellín, Guillermo fue nombrado un 20 de abril de 1988 como docente oficial en su colegio, donde antes había estudiado bachillerato.

Precisamente, llegó a dictar Historia y Filosofía. De estudiante fue becado en la universidad por su excelente desempeño al obtener altas calificaciones. Y por su propia querencia se inclinó por las ideas marxistas de la época, pero fue más estudioso de pensadores como Nietzsche, Popper, Freud, Descartes y fue, además, un asiduo lector de la vida y obra de Vladimir Ilich Ulianov (Lenin) hasta el punto de que a su primer hijo lo bautizó con el nombre de Vladimir.

Las clases de filosofía para grado décimo siempre empezaron con la lectura de las tres transformaciones que Federico Nietzsche da a conocer en el primer texto de su *Así habló Zaratustra*. En grado once iniciaba sus lecciones refiriéndose al pájaro Kiwi, de Australia como fiel representante

de la evolución, ya que es un pájaro que no tiene plumas, sino pelos. Esto le granjeó al maestro que los estudiantes, desde la primera clase que dictó, lo apodaran «El pájaro Kiwi».

—¡Ah!, Guillermo —preguntó Rosa Florida de forma burlona—, ¿por qué los alumnos te dicen pájaro Kiwi?

—Madre, porque yo quiero que mis paisanos entiendan las cosas fundamentales que tú, sin querer, me hiciste entender. Cuando me contaste lo de Caliche, me propuse ser profeta en mi tierra. Y por eso quiero que ellos sepan que la evolución es realidad, que la vida se transforma, que todo pasa, todo cambia, que no me puedo bañar dos veces con la misma corriente de un río como lo enunció Heráclito de Éfeso. Que las cosas son un acontecer y que debemos tener muy claro que la vida es una constante transformación. Pero lo que más quiero, madre, es que sepan que sí puedo ser profeta en mi propia tierra. La vida está llena de estos ejemplos: Gabo es profeta en su tierra. El Pibe Valderrama, Juanes, Lucho Herrera, el Compositor Villamil, Lucho Bermúdez. La vida está llena de ejemplos. Simplemente debemos dejar que el espíritu se convierta en camello, y el camello en león, y el león en niño, para que la noche amanezca en nuestro corazón y la realidad se abra, como una flor, en nuestro espíritu. ¡Eso quiero de mis paisanos! —Precisó Guillermo.

Las clases de historia se convirtieron en las historias de la comunidad. Necoclí, como primer poblado fundado por los españoles en tierra firme americana en el año 1509 por Alonso de Ojeda, pasó a ocupar grandes propuestas pedagógicas de investigación que terminaron en la organización de encuentros, escritos, poesías, eventos que se fueron convirtiendo en tertulias. Ocho años de cátedra comprometida, abriendo campo hacia la lectura, creando sentimiento identitario en programas radiales,

eventos folclóricos, fueron propicios para ir desmitificando el refrán. Había credibilidad en el hijo de la tierra.

—Oye, Memo —le dice David Toro Ayazo—, voy a montar una librería. ¿Qué me aconsejas? Me he enterado con que a ti te gusta mucho leer y que estás recomendando unos libros a los estudiantes, ¿qué te traigo?

—¡Qué bien, David! Qué bueno que en mi pueblo se monte, por primera vez, una librería. ¡Hacía falta!, sabes, David. Yo recomiendo a los estudiantes en Sociales *Colombia Hoy*, *Las Venas abiertas de América latina* y algunos textos sueltos, en especial documentos sobre Urabá para que los estudiantes los fotocopien. En Filosofía te puedes conseguir *Teoría del conocimiento*, de Hessen, *El principito*, de Exupery; *Las preguntas de la vida*, de Savater y todo lo que él haya escrito. ¡Ah!, hay unos textos que los llaman recetarios, podemos conseguir algunos. Además, sería bueno que consiguieras mucha literatura, cuentos y novelas...

A partir de ese momento el coco empezó a tener más sabor y el mar a oler más a mar; Guillermo se propuso construir un eslogan y en las clases les decía a los estudiantes: «Seré feliz el día que encuentre en la playa leyendo a un estudiante Necocliseño bajo la sombra de un almendro». Esta frase era su caballito de batalla para estimular a los jóvenes hacia la lectura.

Eduardo Blanco, rector de la institución en ese entonces, al ver la popularidad, la aceptación y el compromiso institucional que tenía el maestro Guillermo en la comunidad, le propuso:

—Guillermo, yo necesito conversar con usted en rectoría.

Allí nació la idea de ser coordinador y adentrarse en la parte directiva de la educación. Se ganó el concurso oficial. Ocupó el primer puesto para coordinador y durante dos largos años se desempeñó como tal.

—¡Sandra Cardales!, tú debes asumir el reto de ser la docente de Filosofía, eres licenciada y, como Necocliseña, tienes todos los pergaminos. —dijo Guillermo.

—Así es —contestó Sandra.

—Bueno, te debes comprometer y sabes que hay que preparar a los pelaos para que asistan al Encuentro Nacional de Filosofía que se hace en Cartagena para estudiantes de grado décimo y undécimo —concluyó Guillermo.

—No te preocupes —contestó Sandra Cardales.

Cada año, desde que la Universidad Autónoma Latinoamericana, de Medellín, y luego el Colegio Comfamiliar de Cartagena, a través del Licenciado Wilfrido Ruiz, organizaron encuentros de estudiantes en el área de Filosofía. Guillermo participó con una representación de su colegio en estos eventos. Sandra continúo la tarea.

Fue en el año 1998, luego de haber ganado el concurso oficial de méritos para ser rector de la Institución Educativa Eduardo Espitia Romero, que Guillermo se propuso, dentro de su proyecto de vida, construir y orientar un PEI con experiencias significativas que representaran a la institución en la zona de Urabá y el departamento, tanto desde lo académico como de lo comunitario.

Para ser profeta en su tierra, Guillermo lideró, organizó y asumió grandes eventos comunitarios y de formación académica que se realizan en su comunidad, tales como: Festival Nacional del Bullerengue, Fiestas y Reinado del Coco, encuentros académicos, desfiles y capacitaciones entre otros. Fue docente Universitario

—Caliche, me permites y te cuento una historia. Siéntate y te narro algo de mi vida —dijo Guillermo.

—Con mucho gusto, señor maestro —contestó Caliche.

—Escuche, gran señor: Yo miro la escuela como el templo del saber y el conocimiento y, a la vez, como el lugar donde se dan los procesos de socialización, donde se construye sociedad; la escuela es una familia grande, muy grande, que socializa al individuo. Sabemos que la institución educativa instruye y educa, esto es, instruye conocimientos y habilidades y educa en hábitos y valores. En la primera desarrolla pensamientos; en la segunda desarrolla sentimientos. La escuela es ciencia y tecnología y a la vez convivencia; mucha más convivencia. —Y continúo diciendo—: En este sentido lideré el desarrollo del PEI con unas propuestas pedagógicas muy socializantes que nos mostraran en la subregión y el departamento. Desde nuestro PEI montamos un Congreso de Filosofía para estudiantes de grados 10.° y 11.° que nació municipal, luego regional y hoy es departamental, experiencia significativa y exitosa de la cual soy fundador. Este año se realiza la XXI versión y participó seleccionada como experiencia significativa en el VIII Foro Departamental de Educación en Antioquia.

»Amigo Caliche, un PEI con identidad dinamiza procesos. Es el acicate para que la comunidad se promueva desde la escuela. Organicé, con otros compañeros docentes, el Encuentro de Ciencias Políticas y Económicas que va en su 9.ª versión y es un evento socializante y muy crítico de la realidad política y económica del país; con ponencias muy interesantes de estudiantes de 10.° y 11.° grado del municipio. Esta experiencia también ha sido presentada a nivel departamental en foros educativos.

»Nuestro PEI trabaja veinte subproyectos con vinculación de todos los estamentos de la comunidad educativa, destacándose fundamentalmente como proyectos, los dos anteriores y los encuentros de Historias en Inglés y el Festival de Danzas y Arte estudiantil.

»Y, además, Caliche, desde agosto del año 1998 y de forma continua, hasta hoy, he venido liderando, programando y locutando un programa radial educativo con el nombre de *El leer del pueblo.* Este programa nació con la intensión de proyectar el PEI de la Institución Educativa Eduardo Espitia Romero y la institución misma a la comunidad. Toda la estructura radial del programa es educativa y de identidad cultural. A la fecha se han transmitido 206 horas radiales todos los sábados en el horario de 9:00 a. m. a 10:00 a. m. por la Emisora Necoclí Stereo.

»Este programa, como dinamizador del PEI con perseverancia, visión y con su basta audiencia, posibilitó que en mí naciera la idea de darle a Necoclí, a través de un concurso abierto en todo el municipio, su escudo, la bandera y el himno de Necoclí. Presenté la propuesta por escrito al alcalde municipal Osvaldo Urango Barraza y al Concejo Municipal para que fuera avalada en el año 2001. A la propuesta se le dio el sí. Y desde el programa radial *El leer del pueblo* se organizó, por intermedio de la institución educativa, todo el evento.

Necoclí no poseía estos símbolos y en octubre del mismo año, en el marco del Festival Nacional del Bullerengue, se dieron a conocer la bandera, el escudo y el himno; luego se institucionalizaron creando cultura e identidad de pueblo.

»¡Caliche!, te cuento, también, que la Institución Educativa Eduardo Espitia Romero ha experimentado un gran cambio desde mi gestión. Mi vida y mis actos con el ejemplo y el ejercicio de la responsabilidad son muestra del trabajo que se ha hecho en la comunidad. Se puede evidenciar que la autoridad no viene de la norma, sino que emana del ejemplo de vida; de las fortalezas académicas, pedagógicas y organizacionales. El rendimiento académico de los estudiantes viene en aumento en Pruebas Saber e ICFES, lo que se puede constatar a través

de las cifras. Los eventos pedagógicos como experiencias significativas han posibilitado nivelarnos en algunas áreas con los estándares nacionales, y se nota la influencia de estas experiencias. Algo a resaltar es que nuestros estudiantes, que terminan bachillerato, están ingresando en mayor número a las universidades.

»Te digo que con el PEI, como promotor de una nueva organización escolar que busca conformar comunidad educativa, construyendo identidad cultural a través de la cultura del conocimiento y la convivencia, he dinamizado los procesos de planeación, ejecución, seguimiento, control, evaluación y retroalimentación; esto me ha permitido fortalecer el liderazgo y el trabajo en equipo.

»Caliche, además, visionando el norte económico de mi pueblo, con 95 km de playa en el mar caribe, y definido en el Plan de Desarrollo Municipal, el turismo como renglón «uno A» de la economía, me hizo pensar para el año 2000 gestionar una Media Técnica para la Institución Educativa Eduardo Espitia Romero en este renglón.

»Con acompañamiento de la Corporación Ambiental de la Universidad de Antioquia y toda la comunidad educativa se gestionó la aprobación de la Media Técnica en Ecología y Turismo ante la Secretaría de Educación Departamental en el año 2003, programa educativo que, estratégicamente con otras propuestas turísticas y arqueológicas, ha venido apuntalando un futuro promisorio para nuestros estudiantes y para la comunidad en general.

»Quiero que sepas, amigo, que el 1.° de enero del año 2004 ocupé el cargo de Secretario de Educación del municipio. Cargo que acepté, desempeñándolo hasta el 14 de mayo de 2006, dos años cuatro meses trabajando por la educación con calidad en mi pueblo. Hoy, nuevamente, estoy al frente de la

institución insigne de la educación Necocliseña: el Eduardo Espitia Romero.

»Como estudiante, docente, coordinador, rector y Secretario de Educación de mi municipio tengo inéditas más de cincuenta poesías, cuentos, relatos y actualmente escribo, ya muy avanzada, la monografía de mi pueblo que llevará por título: "Necoclí en la historia"».

—¡Guillermo! —dice Caliche—, ahora que hablas de poesía me he enterado de que tienes un espacio radial y en él, una sección que se llama Ventana del poeta. Ya te he escuchado, es algo muy interesante.

—¿Quieres que te lea una, Caliche? Escucha —dice Guillermo—. Esta se llama... Pero antes quiero decirte: ¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gente de tan corta vista mental que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues esta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquella le da el deseo y la fuerza de vida. ¿A dónde irá un pueblo de hombres que haya perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos?

La poesía se llama *Rosa Moreno.*

—Lo felicito! —contestó Caliche con voz muy ronca, por los años.



POEMAS A LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

Rosa Moreno

En la canción de la cuna nació mi madre,
en su arrullo sutil nació mi poema.
En su genialidad creció y floreció la vida,
en su aliento, la ternura que me invade.
Fueron testigos sinfonías marinas del caribe,
el aleteo de gaviotas y la marcha del cangrejo,
del crujir omnipotente que me dio la vida.

Vine del rincón de las flores, de la humana penumbra material;
del vacío, de la nada, de la idea,
del placer mental y viril,
de la erección y ovulación más sutil.
Roces de manos, besos y fricción fatal.
Nací desde tus profundidades como celestial.

Fue el impulso creador que me dio la vida.
Fue el amor que te hizo ver mariposas...
mariposas de efímero vuelo en tu rosal.
Madre que me pariste de tu seno.
Madre que me hiciste del amor sensible.
Cuando niño suspiré en tus brazos.
Construiste mi existencia y yo construí la tuya.

Eres rosa en primavera.
En invierno florida te encuentras.
El moreno de tu nombre, de tu piel,
me dio la identidad, Madre mía.

Esa identidad que necesito para ser.
Tus sueños, mis sueños, tus desvelos en la vida,
para ser tu creación más sentida.

Tu epopeya laboriosa sustentó mi ser.
Llevas de la raza el sentido de lo humano,
que no hay expresión en lengua alguna,
que jure tu santo nombre en vano.
En una flor están todas las flores,
en un hombre están todas las mujeres.

Eres Rosa Moreno, obra del universo,
salida del mar caribe y de las tierras chocoanas,
igual que todas las cosas,
eres obra en creación.
En tu arrullo, madre, está mi existir,
está el canto que alegra mi corazón.

EL VERDADERO NECOCLISEÑO

A todos los nativos y habitantes del territorio, Necoclí es su tierra, nuestra tierra.

El verdadero Necocliseño se conoce cuando le dice a su pueblo cariñosa mente «Neco», primer pueblo fundado por españoles en tierra firme americana en el año 1509 con el nombre de San Sebastián de Urabá. Al llegar los españoles encontraron una cultura milenaria: los Cunas, nuestros hermanos mayores.

Se vanaglorian porque en sus casas todas las tardes cenan arroz encocao con pescado frito y tajadas de plátano verde. Mínimamente debe haber ido, una vez en su vida, a la ensenada de Río Negro, disfrutar de sus paisajes y haber consumido ostras vivas con limón y sal.

En las mañanas su dieta alimenticia es plátano sancochado con sable salado y un vaso de agua de la Ciénaga de Marimonda o el Salado. En el almuerzo puede tomarse un vaso de mazamorra, o peto, donde Elisa Rodríguez o comer las arepas de huevo «Parapalo», de Claudina Vergara, en la esquina de la Trilladora.

Si quiere ser Necocliseño de verdad, en el mes de enero debe disfrutar de las Fiestas del Coco, torear con la sábana de la abuela en la corraleja, bailar fandango y tomar, para calmar el guayabo, refresco de patilla en las mañanas. Furtivamente con su amor va a la punta y en el palo de uvito, al atardecer o amanecer, se roban un beso y algo más.

El Necocliseño que no haya pescado en la Punta no es Necocliseño, y mucho menos si no ha recibido los consejos sobre la pesca de José Trespelos. Se caracteriza por ser divertido, de risa amplia y gran amigo del foráneo. En su casa, por lo general, hay un palo de coco en el patio o de mango. De niño debe haber jugado en el mar al zapateo, recoger corozos de playa y jugar a los gallos. Para el tiempo de mango, en paseos de amigos, viaja a las playas de Cañaflechal a recoger gran variedad de mangos, especialmente los «cachetechola» y de «puerco», donde «todos los palos», el mocho Nicolás o Conce Gómez, o donde los chocholes.

El Necocliseño, antes, cuando niño, debe haber hecho conjunto con amigos muchas cosas en la playa y conoce el pintoresco barrio la primavera, también conocido en otro tiempo como Pueblo Balsa o Pueblo Mondongo. Para el mes de mayo disfruta de su comida más auténtica: arroz de cangrejo, cangrejo guisado o cangrejo con plátano sancochado. Debe haberse bañado con amigos de infancia en la **quebrada** la media loma, Cerro Pelao quebrada o en la represa la guitarrita. Pero, eso sí, antes debió haber ido a buscar mangos en los nueve palos. Desde la loma de la Virgen, del cerro Tiburote o de la loma Jacaragua ha divisado la panorámica de Necoclí, ha presenciado un paisaje fresco salpicado de tonalidades verdes y de un intenso azul marino.

Conoce las familias Espitia, Zúñiga, Galé, Porto, Giraldo, Jaramillo, Cruz, Caicedo, Yabur, Urango, Barrera, Gómez, Pájaro, Madrid, Hoyos, González, Enríquez, Montoya, Rodríguez, Julio, Góngora y Garcés. Así mismo, ha oído hablar de personalidades como Elisa Barrios, Francisco Julio, Cristóbal Cacedo, Manuela Camacho, Jacinto Zúñiga, Eusebia Cuello, Rosana Perea, Manuel Barrera, Lito Cataño, Sosa, Natividad González, Manuelito Córdoba y Carmen la Gorda. Ha oído de personajes como: se la Pilló, Plutarco el Loco, Carrillo, Piyama,

el Gago, el Ñañe, Todo los Palos, el Tula, Pico de gallo, Calletano, el Borrachito, Lengua brava, Come yuca, Emilio parte hueso y la Yoli.

En la Semana Santa, el Necocliseño auténtico, prepara con su familia comidas tradicionales como fricaché de pescado, arroz de fríjol negrito, ensalada de aguacate y los dulces de mango, papaya, groncella, ciruela, ñampi, coco y plátano maduro. Las mujeres, cuando rayan el coco, se untan el afrecho en las piernas y brazos como crema suavizante **buscada en las cercas**. Otrora **(en otros tiempos)** los hombres necocliseños, mínimamente una vez en su vida, se deben haber zoofilizado con una burra. Tenían amores con la María Carquito.

Se cree que, durante la Semana Santa, el jueves y viernes, quien se baña en el mar se ahoga, especialmente los cachacos, porque son muy atrevidos. Todos los días en la casa del necocliseño se realizan diversos juegos como dominó, lotería y cartas. Los pescadores como Nicolás Rodríguez, los Villegas, Abraham, Tomás Pájaro, Portela, el Profesor del Río Necoclí, el Pancho y los de la calle del Cementerio ni siquiera en estos días tocan el mar, porque pueden sacar una vaina rara. El sábado, Gloria Pentalfa Hernández y familia, esperan hasta las 12:00 de la noche para celebrar la Gloria de Nuestro Señor Jesucristo con fiesta hasta el amanecer.

Seguramente, un necocliseño, en el Totumo, ha oído hablar del estadero Porto Alegre, Jabiru, de la familia Medrano y Liñan. En Zapata de la Bola Roja, Toño Eljach y el viejo Zúñiga, en Caribia del señor Ventura y Bienvenido Peña, en Mulatos del palito de mango, del palo de almendra y de Francisca de la Hoz, más conocida como Pachita, debe haber oído hablar de Fofogen y barriga de toldo en las Changas, en el Mellito de Manuel Escobar, los Mercado y Abad Martínez, en Pueblo Nuevo de don Tobón, en el mello Villavicencio, de la mamá pura y Juan López; boldo hablaras veredas el Vale, el Bobal, Casablanca, la Comarca, de los indígenas del Volao y Caimán Nuevo entre otras veredas

POEMAS A LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

Cuando llueve

A ella siempre le dije que cuando estuviera lloviendo se acordara de mí.
Se lo dije porque el amor que siento cuando llueve me invade el pensamiento.
Cae la lluvia en la mañana marina y en la tarde pueblerina.
Es un eco fantasmal que trae sosiego y sentido espiritual.
Atrapa la angustia dormida y la libera en estrellas que se van.
Suena, no sé dónde, pero suena, viene de allá, de un mundo que se esconde.

Si llueve en el día, los árboles y las aves se llenan de alegría.
Si llueve en la noche los faroles y lámparas destellan luz sobrecogedora.
Si llueve es porque el universo canta sonidos de agua.
Si llueve es porque a través de la ventana me pierdo, me evado.
Es porque los niños agarran la vida en plenitud, corriendo bajo la lluvia.
Vienen vahos, lores gratificantes de la primera lluvia, sobre el polvo callejero.
Agua caliente de la mar cuando llueve, refugio de besos salados.

de las peleas de gallo fino entre las cuerdas de los Maniguetos, Cucho, la Registro, Pipín, la Terraza y los Bobaleños. Como gallero debe conocer a Mañe Galé. Sabe que Filenia, Pentalfa, Felicia y Mayo Oyola, Rosario Berrío, Felisa Moreno, Carmen la Gorda, Concha, Basilia, Cucho, Danielito y Eloisa Garcés han sido miembros del Bullerengue Necocliseño, orgullosamente el mejor de Colombia. Además, debe haber cantado el estribillo bullerengüero: *Que te valla bien, Eloa, que te valla bien.*

Debe, el necocliseño de pura cepa, comer merengues y cocadas de ajonjolí donde Mariquita que, por cierto, es una mujer; galleta de limón donde Enrique Carrascal, hechas por Matía Agamez y Casilda; debe haber asistido a una fiesta, como mínimo, donde Felicia Oyola y, por lo menos, haberse tomado un trago de Aguardiente Antioqueño en cualquier esquina con Yoli, Ekín Betancur, Armando Espitia, Gabriel Castrillón, Pedro Pérez, el Chucero, Pachito Martínez, el profesor Palacio Calderón, Chimilo o Guillermo Cardona.

Un necocliseño sabe decir expresiones como: has llegado más tarde que la leche «Ni te luce barriga de toldo», «ve coco, busca tu rayador», «coge tu mazca» o «ááábrete». Sabe que el primer pasaje comercial del mundo no fue en Nueva York o en París, sino donde Jaime López, donde tenían como productos especiales para la venta Leña y Carbón.

Ha oído hablar del carro Tuki-tuki, de la carreta del vale, de nombre *no te preocupes*, vendiendo pescado por las calles del pueblo, de los cocheros Roberto Negrete, el Cholo, Emigdio Pájaro y Maquilón; del técnico del equipo de fútbol del magisterio: Marteloto (Román Becerra), de Pipiciego el vende cangrejo; ha caminado por la calle del Cucharo, la calle del cementerio, la Punta y conoce los pintorescos y alegres barrios La primavera, Parroquial, Simón Bolívar, Caribe, que antes era un bajo manglar. Debe haber paseado en balsa por

sus canales, dándole la vuelta a la isla de los politos y el barrio *todos no van,* donde vive el personaje más locuaz del pueblo: Justiniano Lobo.

Necocliseño que se respete le ha comprado rifa a Ramirito Martínez o al Vaca y si no a Santiago Caicedo. Un Necocliseño de verdad sabe que la playa del turista era el puerto de las canoas venidas de Cartagena tales como la «Gracias a Dios», «La santa Rosa» y «La santa Isabel». Conoce donde es el hoyito de tinana y la boquita de Emilio.

El Verdadero Necocliseño sabe que en el parque central antes había una loma que se derribó a punta de dinamita y se convirtió en la plaza de mercado.

Hoy un Necocliseño debe haber paseado por el malecón de las Américas, haberse tirado clavados desde el puente, sobre las aguas del río Bobal, saber que donde está la casa de Nuestras Culturas antes fue el centro de salud, pero antes el Colegio Eduardo Espitia Romero y que la Loma de la Virgen ha sido el mirador natural del paisaje y panorámica Necocliseña.

Hoy por hoy, un Necocliseño de verdad debe conocer el faro del cerro del águila, haber visto en las noches de julio desovar las tortugas caná o las carey, conocer el mangle del río Necocli; sabe quién es Abel el loco, el mocho Nicolás y Ascanio. Debe saber por qué el parque Educativo se llama Mar de risas.

Un Necocliseño de verdad sabe dónde queda el tradicional restaurante el Ganadero y que donde está el actual edificio de la alcaldía, antes quedaba la escuela prefabricada. Un Necocliseño debe haber ido, en parrandas de amigos, a las tres de la mañana a comprar aguardiente donde Rosa Moreno y recibir la botella por el hueco hecho en el piso. Otrora, esa noche, debía haber robado gallinas en cualquier patio del pueblo, lo que hacía parte de la parranda y no pasaba nada. Hoy un Necocliseño sabe dónde quedan los barrios Cristóbal

Colón, Villa Alejandría, Juan Pablo Segundo, Quicentenario, Perlas del Caribe y María Antonia. Pero debe saber, también, que hay un sector en Cristóbal Colón que se llama el Poblado, comparándose con el Barrio el Poblado, de Medellín.

Su destino final es el árbol del suan y conoce los versos más hermosos que se le han escrito a un pueblo, hechos por Pedro Carvajal.

La llamada Perla del Caribe,
de la cual solo Dios es el dueño,
un encanto que al mundo sonríe,
es la tierra del Necocliseño.

Necoclí es la Playa de Antioquia

Mar Caribe inmenso
Dicha de ciudad
Deslumbra mi pueblo
En su despertar
Con un fin progresivo
De tu dignidad
En los viejos tiempos
De la historia real.

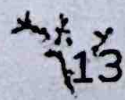


POEMAS A LA SOMBRA DE UN ALMENDRO

Esencias necocliseñas

Un cangrejo manzanillo en el manglar, mascota de infantes.
Huecos por miles en zona pantanosa protegen la coraza animal.
La garza observa el movimiento de los pececillos bajo el agua.
Y muy arriba, en el cielo, desfondado los alcatraces, continúan su marcha.
¿Qué te insinúa la forma como vuelan los alcatraces?
¿Qué te sugiere la infinidad azul del cielo de tu tierra?
Parece que el agua de la laguna te dice algo en su movimiento.
Los peces nadan por el impulso vital y la garza blanca hacia ellos va.
Huecos del cangrejo manzanillo perforados por esencia vital.
Raíces del manglar incrustadas en el pantano y en el agua tejidas.
Es la espuma de la mar que brota del crustáceo salivadas de vida.

Hay mangos, icacos y cocoteros en la interminable playa necocliseña,
muchos maderos venidos del río Atrato construyen figuras fantasmagóricas,
habitantes humanos de la tierra caminan descalzos para allá y para acá.



Otros habitantes de la tierra, los aires y la mar
deambulan a su antojo,
el antojo de los habitantes que deambulan parece
que un código los guía.
Siempre hacia allá sábalos, sierras y jureles. Siempre
hacia acá gaviotas.
Allá Maríamulatas, azulejos y canarios. Acá chorlitos,
lobos y tortugas caná.
Cada huella dejada por humanos y borrada por la
brisa y la mar.
Define la esencia, banalidad de las huellas en la luna
que sube la marea.
Cada madero de la playa, de donde vino, navegó
para decirte algo.
Y enterado expresan, al igual que los cocoteros,
mangos e icacos, cuanto valgo.

En la jerga caribe del necocliseño expresan los
sonidos, voces del mar enardecido.
Del corpulento cedro de la vereda el Carlos caen
fragmentos del follaje como llovizna.
El barco fantasma de Río negro crea vértigos
nocturnos en los pescadores de Purta Arenas.
El mono marimonda aúlla en la ensenada,
irrumpiendo el sórdido vacío selvático.
El sórdido vacío selvático te humaniza si eres frágil de
sentidos.
El aullido de la marimonda y el discurrir del agua
cenagosa envían mensajes.
Las tertulias nocturnas en la playa de Río negro se
adormecen por los zumbidos de zancudos.

Todo se precipita bajo plásticos negros como cobijas, y el rumor de la mar.
Hay tanto por decir y tanto llamado cuando se desprenden las flores de los árboles.
El camino veredal recibió tus huellas y la tierra feliz espera que tus manos.
No maltraten la trilla que dejaste. Para que siga el canto caribe más humano.

Por dónde suena el canto bullerenguero de Basilia en la calle del Cementerio?
Qué gusto tiene el arroz encocado de la mujer de Jacinto Zúñiga, en la calle de la Punta.
Las galletas de limón de Elisa Rodríguez, en la calle principal.
Carimañolas con pescado de Simiona y Claudina en la calle de la iglesia.
Morcilla de la polla, queso de chachán, en la calle del Cucharo.
Las calles primigenias y polvorientas de otrora definieron los sabores.
La loma concéntrica, como epicentro, distribuyó las calles y el faro luminoso.
Ya no está la loma ni el palo de pepo, de Daniel Urango, para jugar a las canicas.
Ahora está un parque con frondosos almendros y antes un mercado pueblerino.
Quiero conversar con el hombre que siempre me acompaña: Dios.
Y escabullirme en las noches nococliseñas en vericuetos de soledad y hablar los dos.

Aún huelen en mi cuerpo los baños con la flor amarilla y la balsamina.
Las mujeres negras y cholas con poncheras en la cabeza perdieron el rumbo hacia la quebrada.
Corralejas en festival con toros bravos semejando como herencia el círculo romano.
Tierra del Mello y el Mellito, de Pueblo Nuevo y el Totumo. Hay verdes montañas.
Tierra de mulatos y zapata. Hay mar, tierra de changas y caribia. Hay espigas de maíz.
Nunca he estado tan cerca de mí mismo, así como la geometría de las aguas.
Visito los reinos de mi infancia que carcomen mi sentir en estos versos.
Algo perturba mi mente atestada de recuerdos de viejas glorias abismales.
Traigo los dones de una tierra prodigiosa nublados en crepúsculos de atardeceres.
Soy hijo de turbias razas que hicieron de esta esquina americana.
Un rinconcito del planeta donde el aire es mi sangre y la Tierra es mi hermana.

Deseo partir ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar al estilo de Poeta español del Machado.
Dejo mi tierra a quien le pertenece: indígenas cunas, de voz tule.
Ellos sí saben bajar las estrellas y tocarlas entre sus aguas al anochecer del río Caimán.
Vuela este pájaro que hay en mí a husmear los litorales del caribe.

Percibo la mola con tantos colores y caminos caprichosos, figuras antropomorfas.
Un día vendrá el español a desandar pasos por San Sebastián.
Y será el faro por el cerro del Águila quien anunciará con estrepitosa luz que hay moros en la costa.
Ahora los viejos se nos están yendo, pero María Bonoli dejó la inspiración.
Los niños deben pintar, como Pedro Carvajal, cuadros patéticos del Necoclí de antaño.
Y en ese camino largo, que nunca más desandaremos, oiremos voces y la luna bajará
Al frente de la punta en el árbol de uvito para que nos encontremos, ¡carajo!

El verdadero Necocliseño se conoce cuando le dice a su pueblo cariñosa mente «Neco», primer pueblo fundado por españoles en tierra firme americana en el año 1509 con el nombre de San Sebastián de Urabá. Al llegar los españoles encontraron una cultura milenaria: los Cunas, nuestros hermanos mayores.

Se vanaglorian porque en sus casas todas las tardes cenan arroz encocao con pescado frito y tajadas de plátano verde. Mínimamente debe haber ido, una vez en su vida, a la ensenada de Río Negro, disfrutar de sus paisajes y haber consumido ostras vivas con limón y sal.

Si quiere ser Necocliseño de verdad, en el mes de enero debe disfrutar de las Fiestas del Coco, torear con la sábana de la abuela en la corraleja, bailar fandango y tomar, para calmar el guayabo, refresco de patilla en las mañanas. Furtivamente con su amor va a la punta y en el palo de uvito, al atardecer o amanecer, se roban un beso y algo más.

El Necocliseño... conoce el pintoresco barrio la Primavera, también conocido en otro tiempo como Pueblo Balsa o Pueblo Mondongo.

La presente obra podría no seguir un marco teórico habitual para presentarse en un mismo tratado. Lo cierto es que, sus relatos, poesías, vivencias y la manera de explorar y analizar estereotipos culturales, combina vivencias y costumbres a partir del impulso psíquico de lo imaginario e irracional. El predominio del sentimiento sobre la razón, la originalidad, la fantasía y la admiración por la naturaleza nunca mueren dentro de las tradiciones orales como un fiel reflejo de la idiosincrasia de los pueblos del caribe, y en este libro se desgranan para la simplicidad.

Aquí las poesías cobran vida mediante la cotidianidad de ese existir perenne que se le arrebata al olvido. El contexto aflora entre escombros del pasado y se rediseña para conformar otros relatos; cada final es el comienzo de una nueva historia de intriga más apasionante.

Junto al Romanticismo, una nueva faceta apela al ensayo para comprender al neocolisemo en su dimensión histórica y cultural; sin embargo, en los momentos en que el Surrealismo se opaca con la realidad intrínseca y escueta de la vida, la sombra de un almendro abre sus hojas como el pergamino donde uno puede leer el paisaje provinciano que llena el vacío de la soledad y disipa el sopor de la canícula.

Larry Franco.

EL GAVIERO

ISBN 978-958-48-7427-6